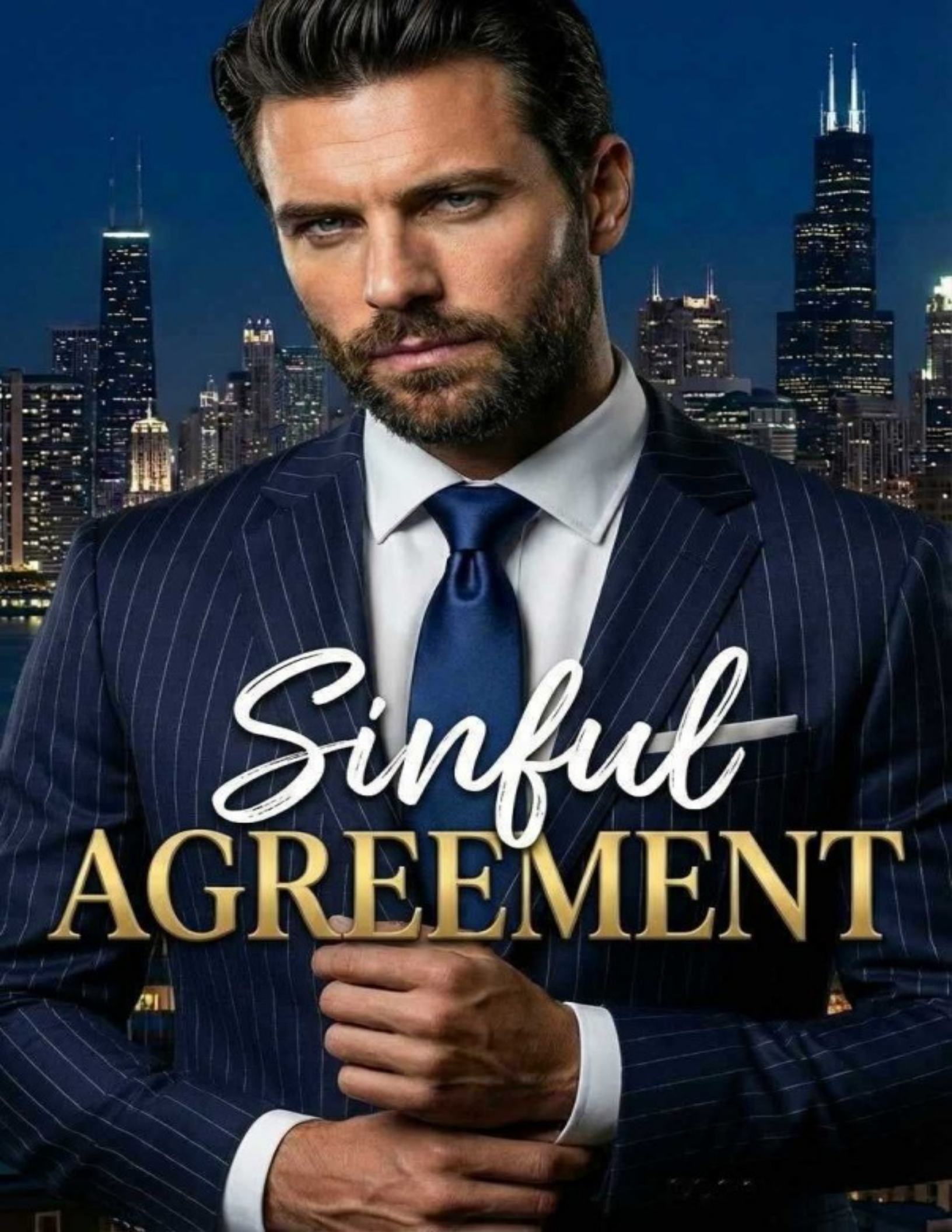

Sinful
AGREEMENT

Sinful Agreement

Un romance de matrimonio falso con el mejor amigo de mi hermano

Madison B. King

Indice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 1

Ida

La lámpara de araña está torcida.

Tres centímetros, quizá cuatro... pero lo veo, y en cuanto me he dado cuenta, no puedo pensar en otra cosa.

—Marco, la lámpara central tiene que ir diez centímetros hacia la derecha —digo por el auricular mientras hago malabarismos con la tableta en la mano izquierda y la copa de champán que alguien me ha encasquetado en la derecha entre los dedos.

—¿Diez? ¿Está segura, señora Flint? En realidad parece bastante recta...

—Diez centímetros, Marco. Ni cinco. Ni ocho. Diez.

Silencio al otro lado.

Luego: —Se hará.

Así me gusta.

Dejo la copa de champán en la primera bandeja que encuentro y me aliso la falda de mi vestido de noche azul noche mientras recorro con la mirada el Gran Salón de Baile del Flint Hotel.

Trescientos invitados entrarán esta noche por esas puertas. Inversores, directivos, políticos, periodistas y, entre medias, unos cuantos famosos seleccionados con pinzas para asegurar la presencia mediática necesaria. La gala de aniversario por los cincuenta años de Flint Enterprises es el evento del año en esta ciudad, y hay exactamente una persona responsable de que esta noche todo salga a pedir de boca.

Yo.

Ida Flint. Veintiocho años, subdirectora del departamento de relaciones públicas y chica para todo extraoficial de la empresa familiar.

Oficialmente, mi padre, Arthur Flint, es el rostro de este imperio. Él da los discursos, estrecha las manos y se deja fotografiar en las portadas de las revistas económicas. Yo, en cambio, me encargo de que el escenario esté montado, los micrófonos funcionen y el champán esté a la temperatura adecuada.

La gloria para él, el trabajo para mí.

Así ha sido toda mi vida.

—Las composiciones de hielo para la recepción han llegado, pero el catering dice que las brochetas de gambas tardarán otros veinte minutos —me informa Julia, mi asistenta, que viene hacia mí a toda prisa con la coleta al viento.

—Pues dile que tiene quince. Las puertas abren en media hora y no quiero que los primeros invitados se encuentren con bandejas vacías.

Julia asiente apresuradamente y vuelve a desaparecer.

Respiro hondo, reviso por quinta vez la distribución de los asientos en mi tableta y muevo uno de los arreglos florales de la mesa principal dos dedos hacia la izquierda, porque si no la simetría falla.

Mi padre lo llama obsesión. Yo lo llamo profesionalidad.

Y precisamente esa profesionalidad es el motivo por la que esta Gala ha pasado en los últimos tres años de ser una aburrida cita obligatoria a convertirse en uno de los eventos sociales más codiciados del sector. No es que nadie me lo agradezca. En el programa dice: Un evento de Flint Enterprises. Ni una palabra sobre mí. Ninguna mención a que llevo cuatro meses invirtiendo setenta horas a la semana en esta noche.

Pero así es como funciona cuando tu apellido es Flint y tu padre se llama Arthur. Trabajas el doble que los demás y recibes la mitad del reconocimiento.

—Ida, querida, el salón está impresionante.

Mi padre aparece de la nada a mi lado, exactamente como hace siempre. Traje a medida, cabello plateado, la sonrisa de un hombre

acostumbrado a entrar en una habitación y convertirse de inmediato en el centro de atención.

—Gracias, papá. Están terminando de ajustar las lámparas de araña y...

—Perfecto. Escucha, quería avisarte: Leo viene hoy.

Levanto la vista de la tableta. —¿Viene Leo? ¿Desde cuándo le interesan a Leo las galas de la empresa?

Mi hermano y los eventos sociales obligatorios se llevan más o menos tan bien como el fuego y las cortinas de seda.

—Ha aceptado entretener a unos cuantos inversores. Ya sabes lo encantador que puede ser cuando quiere.

—Leo siempre es encantador. Ese es el problema. Sobre todo con las invitadas. Aunque a sus maridos, a menudo, no les parece tan encantador.

Mi padre sonríe con indulgencia, como siempre que critico a mi hermano. Esa sonrisa paternal de «ay, Ida, no seas tan estricta» que me saca de quicio, porque traducida no significa otra cosa que: a tu hermano se le permite todo y a ti no.

—Sé amable con él. Por cierto, trae a un amigo.

Algo en la forma en que mi padre enfatiza la palabra «amigo» me pone sobre aviso, porque tengo un mal presentimiento.

—¿A qué amigo?

—Damon Reed.

Se me da un vuelco el estómago.

Siento cómo mis dedos se tensan contra el borde de la tableta y mi mandíbula se aprieta tanto que me palpitan las sienes.

—No me lo puedo creer.

—Es el mejor amigo de Leo, Ida. Y te guste o no, también es uno de los consejeros delegados más influyentes del sector tecnológico. Su presencia nos beneficia.

—Su presencia no beneficia para nada, salvo para subirme la tensión arterial a niveles peligrosos —siseo con una sonrisa destinada exclusivamente a los camareros que pulen las copas a una distancia que permite oírnos.

—Eres adulta, querida. Compórtate como tal.

Dicho esto, mi padre se da la vuelta y se aleja, pues quiere prepararse para recibir personalmente a los primeros invitados, como hace todos los años.

Adulta. Claro. Soy la más adulta de toda esta maldita familia. Soy tan adulta que casi no puedo ni respirar de tanta madurez.

Pero con Damon Reed mi madurez se termina. Ante él me reduzco al tamaño de mi yo de dieciséis años, que se armó de valor en la fiesta de cumpleaños de Leo, se lo llevó al borde de la piscina y le confesó que estaba enamorada de él.

¿Y qué hizo Damon Reed?

Se rió.

No con crueldad, no. Mucho peor. Con lástima. Esa risa condescendiente y suave que dice: «Eres mona, pequeña, pero no juegas en mi liga». Después me acarició el pelo —el pelo, como a un perro— y dijo: «Eres la hermana pequeña de Leo, Ida. No lo olvides».

Como si yo fuera una nota a pie de página en su vida. Un apéndice de mi hermano. Ni siquiera una persona independiente, sino solo una especie de lastre de alguien que sí significaba algo para él.

Nunca he olvidado ese momento. Y nunca lo he perdonado.

Me sumerjo en los últimos detalles de la preparación e intento no volver a pensar en él.

***

—¡Hermanita!

La voz de Leo corta el murmullo de la gente como una sirena de niebla. Está en la entrada del salón, con una mano metida despreocupadamente en el bolsillo del pantalón de su esmoquin y la otra alzada a modo de saludo, con su típica sonrisa marca Leo, esa que hace que las mujeres se derritan en fila y que yo ponga los ojos en blanco con regularidad.

A su lado está él.

Damon Reed.

Y odio —odio de todo corazón— que mi primer pensamiento no sea *capullo* sino *¡joder, qué bueno está!*

Porque el hombre parece enviado por el mismísimo diablo como tarjeta de visita. Traje negro, sin corbata, la camisa con un botón de más desabrochado, como si quisiera decirle al mundo que los códigos de vestimenta le traen sin cuidado. Pelo oscuro, corto por los lados y algo más largo por arriba, y esa mandíbula que parece cincelada en granito.

Y luego están sus ojos. Marrones oscuros, casi negros, con una expresión permanente de leve diversión, como si todo lo que le rodea fuera un espectáculo que le resulta medianamente entretenido.

Aparto la mirada y me concentro en Leo, que viene hacia mí con los brazos abiertos.

—Estás fantástica, Ida. De verdad. El salón, el vestido, todo. Papá debe de pagarte una fortuna.

—No lo hace —digo secamente, y dejo que me abrace—. Pero gracias. Me alegra que estés aquí. Y que estés vestido. Ninguna de las dos cosas es evidente.

Leo se ríe y me separa un poco para observarme. —Por eso te quiero, Ida. Siempre directa.

—Alguien tiene que serlo. Parece que papá te perdona que no cumplas con tu puesto en la empresa.

—Touché. —Se gira a un lado y señala a Damon, que nos observa con las manos en los bolsillos y una expresión facial que me encantaría borrarle rascándole la cara con una de las brochetas de gambas—. Te acuerdas de Damon.

—Por desgracia —digo, y le dedico a Damon una sonrisa que irradia tanto calor como un congelador.

—Ida. —Damon inclina la cabeza, y solo la forma en que pronuncia mi nombre —despacio, como si lo sopesara en la lengua— hace que mi pulso se acelere un poco más de la cuenta—. Un evento impresionante.

—Ya sabes cómo funciona esto en una empresa familiar. Uno la construye y la otra se encarga de que no se desmorone. —Ladeo la cabeza—. He oído que en tu empresa, MediaTech, las cosas funcionan de forma parecida... solo que sin la parte familiar. Y sin desmoronarse. Aunque, si echo un vistazo a vuestros últimos resultados trimestrales...

La comisura de los labios de Damon se contrae. Ni hacia arriba, ni hacia abajo. Solo ese mínimo tic que revela que mi pulla ha dado en el blanco.

—Sigues mis resultados trimestrales. Me siento halagado.

—Conoce a tu enemigo, Reed. Curso básico de Administración de Empresas.

—¿Enemigo? —Levanta una ceja—. Pensaba que éramos viejos amigos.

—Eres el viejo amigo de Leo. Yo soy la persona que se pregunta por qué mi hermano tiene un gusto tan cuestionable para sus amistades.

Leo levanta las manos en señal de defensa. —Y esa es mi señal para ir a buscar el bar. Intentad no mataros mientras haya prensa en la sala, ¿vale?

Le da una palmada a Damon en el hombro, me guiña un ojo y deja que la multitud lo engulla como si el escapismo social fuera una disciplina olímpica en la que posee la medalla de oro.

Y entonces nos quedamos solos. Damon y yo. En medio de un salón lleno de gente, y aun así parece que el aire entre nosotros se haya sellado al vacío de repente.

—Has cambiado —dice Damon, y su mirada recorre mi cuerpo. Sin disimulo, sin disculpas. Abiertamente. Despacio. Como si tuviera todo el derecho del mundo.

—Cierto. Ya no tengo dieciséis años. Te has dado cuenta muy rápido.

Las palabras salen más afiladas de lo que pretendía, y por una fracción de segundo algo brilla en los ojos de Damon que no alcanzo a identificar. Luego desaparece, sustituido por esa insoportable media sonrisa.

—Eso fue hace doce años, Ida.

—Hay cosas que no se olvidan.

—Y hay cosas que se entienden con el tiempo.

Quiero responder algo, algo inteligente y demoledor, pero mi auricular chisporrotea en mi oído y la voz de Marco informa de que la lámpara de araña vuelve a estar torcida y de que él se encarga, y por un segundo me distraigo.

Un segundo demasiado largo.

Damon da un paso hacia mí. Nada grande ni teatral, solo ese paso que hace que la distancia entre nosotros se reduzca a un palmo. Huelo su colonia —madera de cedro, algo ahumado y debajo algo cálido que me pone los pelos de punta.

Levanta la mano y me aparta el mechón de pelo que se ha soltado de mi recogido para ponerlo detrás de la oreja. Sus yemas rozan mi sien, mi pómulo, el punto sensible justo debajo del lóbulo de la oreja, y cada contacto se graba en mi piel como una marca a fuego.

Debería retroceder. Debería apartarle la mano de un manotazo y decirle que no tiene permiso para tocarme.

En lugar de eso, me quedo ahí clavada, con el corazón en la garganta, y escucho cómo se inclina hacia mí y me susurra con unos labios que casi rozan mi oreja:

—¿Quieres saber por qué te rechacé entonces, Ida?

No respiro. No puedo. Y no me sale ni una palabra.

—Porque el que era un ingenuo era yo. —Su voz es tan baja que solo yo puedo oírla, y tan oscura que me recorre toda la columna vertebral—. Por aquel entonces tenía principalmente pensamientos sucios y pensaba en qué podría ofrecerme una chica menor de edad. Error mío.

Tengo la mente en blanco.

Completamente, totalmente, absolutamente en blanco.

Trescientos invitados, ocho platos, cuarenta representantes de los medios y la noche más importante de mi carrera hasta la fecha, y en lo único que puedo pensar es en el aliento de Damon Reed sobre mi piel y en cómo sus palabras resuenan en mi interior como el eco de un terremoto cuyo epicentro está en algún lugar entre mis costillas.

Capítulo 2

Damon

Su piel está cálida bajo las yemas de mis dedos y su pulso martillea justo debajo del lugar donde mi pulgar roza su cuello; sé que estoy cometiendo un error, pero no puedo evitarlo.

Ida no respira. Se queda ahí quieta, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos, y durante tres segundos, tal vez cuatro, tengo a Ida Flint exactamente donde quiero: sin palabras.

Entonces la vida regresa a su mirada y veo el momento exacto en el que decide destruirme.

Doy medio paso atrás. Me meto las manos en los bolsillos del pantalón antes de perder los papeles y hacer algo que llevo mucho tiempo deseando hacer.

—Reed, yo… —comienza ella.

—Whisky, whisky sour y un champán para la dama que parece que está a punto de pegarle un puñetazo a alguien. —La voz de Leo se interpone entre nosotros como un cuchillo cortando mantequilla mientras aparece con tres copas en las manos, llevándolas con la destreza de un hombre que ha pasado más tiempo en bares que en conferencias.

Le pone a Ida el champán en la mano, me tiende a mí el whisky y nos observa a ambos con una mirada demasiado afilada para alguien que no nos haya estado vigilando de camino a la barra.

—¿Me he perdido algo?

—Nada —dice Ida.

—Absolutamente nada —digo yo.

Leo arquea las cejas. —Suena convincente.

Ida se bebe medio champán de un trago. Su mano no tiembla, pero sujeta el tallo de la copa con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos. Me recuerda a aquel entonces. A aquel momento hace doce años, al borde de una piscina, cuando tomé su corazón y lo dejé caer como un objeto que no me pertenecía.

Autoprotección. Eso es lo que me llevo diciendo desde entonces. Que tenía que rechazarla. Que la risa era necesaria porque cualquier otra cosa la habría herido aún más.

Y justo ahora, esa frase sobre desearla y los pensamientos sucios… otra vez autoprotección. Reducirla a lo físico antes de que se dé

cuenta de que nunca fue solo físico. Ofrecerle el papel de playboy que ella espera para que no vea lo que hay debajo.

Lleva funcionando doce años. Y con eso tiene que bastar.

—Bueno —Leo apoya el hombro en una columna y da un sorbo a su whisky sour—, Ida, en serio, esta es la mejor velada que esta empresa ha organizado jamás.

—Gracias. —Ida ha recuperado la compostura, poniéndose la profesionalidad como una armadura sobre la mujer que hace un momento sentía mi aliento en su cuello—. El mérito es de mi equipo.

—De tu equipo, claro. —Leo me sonríe con sorna—. Lleva tres semanas durmiendo en su oficina, ¿lo sabías? Literalmente. Un colchón hinchable detrás del escritorio.

—Leo.

—¿Qué? Si es verdad.

Ida lo fulmina con la mirada. —Hay una diferencia entre descansar y dormir. Yo he estado descansando.

—En un colchón hinchable. En tu oficina. Durante tres semanas.

La miro y me imagino que algo se me encoge en el pecho al ver las sombras bajo sus ojos, que el maquillaje casi ha ocultado, pero no del todo. Ida Flint se mataría a trabajar antes de pedir ayuda. Siempre ha sido así, si he de creer lo que dice Leo.

—Eficiente —digo.

Ida se vuelve hacia mí, recelosa. —¿Qué?

—Eso es eficiente. Sin trayectos al trabajo, sin pérdida de tiempo. Yo viví un mes en mi empresa cuando estábamos preparando la primera ronda de financiación.

Leo gime. —Los dos estáis fatal.

Pero Ida me mira y, por primera vez en toda la noche, no hay odio en sus ojos. Ni odio, ni rabia, ni una herida de doce años de antigüedad. Solo sorpresa. Breve, rápida, como un relámpago.

Entonces el momento se esfuma.

—Bueno, la diferencia es que tú vivías en tu propia empresa porque querías. Yo vivo en la mía porque mi padre invita a trescientos invitados y tiene que haber una persona que se asegure de que la lámpara de araña esté recta.

—¿La lámpara estaba torcida?

—Tres centímetros.

—Increíble.

Ida busca en mi mirada algún rastro de burla, pero lo digo en serio porque soy un perfeccionista. Creo que ella lo nota y eso la irrita más que cualquier comentario sugerente.

Leo pone los ojos en blanco. —Voy a por otra ronda. Intentad no degollaros el uno al otro mientras tanto.

Se aleja y nos quedamos solos de nuevo. Suena una pieza de jazz que resulta demasiado lenta para la distancia que nos separa.

Ida deja su copa de champán vacía en la bandeja de un camarero que pasa por allí. El movimiento hace que el escote de su vestido se desplace un centímetro y fuerzo la mirada hacia su rostro porque, aunque Leo esté en la barra, tiene ojos en la nuca.

El trato.

Fue unos meses antes de aquel momento en la piscina. Yo tenía diecinueve años cuando Leo me llevó aparte en la azotea de la casa de sus padres, con una botella de cerveza en la mano y esa calma peligrosa en el rostro que heredó de su padre.

—Estás mirando a mi hermana —dijo.

—Todo el mundo mira a tu hermana.

—No como tú.

Pausa. El tintineo de las botellas llegaba desde abajo, donde la fiesta continuaba.

—Tiene dieciséis años, Damon.

—Lo sé.

—Y es mi hermana.

—Lo sé.

Me miró durante un largo rato. Luego añadió: —Prométeme que la dejarás en paz.

Dije que *sí*. ¿Qué otra cosa podía haber dicho? Leo era mi mejor amigo y lo sigue siendo hoy. El único ser humano que me conoce, que me conoce de verdad, y que a pesar de todo no me ha dejado de lado. Así que lo prometí, lo cumplí y me labré una imagen que estuviera lo más alejada posible de Ida Flint.

Playboy. Mujeriego. El CEO que adorna más portadas de la prensa rosa que de las revistas de economía.

Todo cierto. Y todo inútil, porque ninguna de esas mujeres llegó a entrar jamás en el espacio que Ida siempre ha ocupado, en algún lugar al fondo de mi mente, en esa zona que no puedo controlar.

—Me estás mirando otra vez —dice Ida.

—Estoy observando. Deformación profesional.

—¿Y qué observas?

A ti. Desde que tenía diecinueve años. Eso es lo que pienso. Pero no lo digo.

—El salón. Tu padre acaba de hablar por tercera vez con un hombre al que obviamente no soporta, y eso me da curiosidad.

Ida sigue mi mirada. Al borde de la pista de baile está Arthur Flint, con la sonrisa tensa como un cable a punto de romperse, y a su lado Victor Drais, con una copa de vino blanco en la mano que no ha probado en media hora.

—¿Quién es ese? —pregunta Ida.

—Victor Drais. El presidente del consejo de administración de MediaTech.

Su mirada se agudiza. —¿Tu presidente del consejo de administración? ¿Qué hace en nuestra Gala?

—Buena pregunta.

—¿Lo has invitado tú?

—No lo he hecho.

Ida guarda silencio un momento y veo cómo su cerebro se pone en marcha tras esos ojos grises, de forma rápida y precisa, la misma mujer que detecta lámparas torcidas por tres centímetros.

—Está tocando a papá por el codo —murmura ella—. Papá no deja que le toquen el codo. No personas a las que no conoce bien.

Observación acertada. El lenguaje corporal de Arthur Flint es rígido, con los hombros elevados y la sonrisa como una fachada, mientras que Victor se inclina hacia él, enseñándole algo en su móvil, hablando bajo y rápido.

Victor, que lleva seis meses trabajando sistemáticamente para echarme de mi puesto de CEO. Victor, que en las reuniones del consejo denuncia mi «imagen pública», reparte artículos de periódicos y fotos mías con mujeres cuyos nombres a veces ni conozco, y que en cada punto del orden del día plantea la misma pregunta: ¿Es Damon Reed realmente la persona adecuada para llevar esta empresa hacia el futuro?

Y sí, tiene munición. Más que suficiente. Todos los tabloides de este país tienen fotos mías con modelos, actrices o las hijas gemelas de un inversor cuyas acciones tuve que recomprar después con un recargo. No hay orgullo en ello. Solo el balance de un hombre que a los treinta comprendió que el vacío no se llena con cuerpos, pero que aun así sigue intentándolo.

Pero a Victor no le importa la moral. A Victor le importa mi silla.

—Quería preguntarte algo —dice Ida, y su voz tiene ahora un tono distinto, más duro, más profesional; la organizadora de la Gala en lugar de la mujer con el pulso acelerado.

—Pregunta.

—¿A qué te referías exactamente antes? —Cruza los brazos—. Con eso de tus pensamientos sucios. ¿Qué se supone que es, una disculpa? Porque si es así, llega doce años tarde.

Doy un sorbo al whisky y me tomo mi tiempo para responder, no porque no tenga una respuesta, sino porque la verdad es peligrosa.

—No es una disculpa. Es una explicación.

—No veo la diferencia en este caso.

—La diferencia es que no me disculpo, porque lo volvería a hacer.

Ida abre la boca y la cierra. El rubor que le sube por el cuello no es maquillaje.

—Me volverías a romper el corazón.

—Te volvería a proteger.

—¿De qué?

De mí.

Eso no lo digo. En su lugar, señalo con mi copa hacia la pista de baile, donde Victor y Arthur ya se han separado. —Tu padre parece que te necesita.

Ida sigue mi mirada y la preocupación que cruza su rostro es real, inmediata y más fuerte que cualquier cosa que haya entre nosotros. Se yergue, se alisa la falda del vestido y me lanza una última mirada.

—Esta conversación no ha terminado, Reed.

—Nunca lo ha hecho.

Se da la vuelta y se marcha. La sigo con la mirada porque no puedo evitarlo, aunque sé que Leo me está observando y me importa un bledo el trato en este momento.

Pido un tercer whisky. Me apoyo en la barra y me obligo a escanear el salón en lugar de su vestido.

Victor ha vuelto a su mesa. Está sentado allí, haciendo girar su copa de vino entre los dedos, con una sonrisa forzada. La silla de Arthur en la mesa presidencial está vacía. Vacía desde hace diez minutos.

Los discursos han terminado, el postre se ha servido, la banda toca algo lento y el salón está bañado en esa luz cálida y densa que hace

que las galas sean tan peligrosas, porque todo parece más inofensivo de lo que es.

Entonces se abre una puerta lateral.

Medio oculta por una cortina de terciopelo, al fondo del salón, allí donde empiezan los pasillos del personal. Arthur Flint sale, y la palabra «salir» es incorrecta, porque no camina, se tambalea, con una mano en el marco de la puerta y la otra en el aire, como si buscara apoyo en algo que no está allí.

Está pálido como la cera. El color ha desaparecido de su rostro como el agua de un vaso roto, tiene los ojos muy abiertos y por un instante, uno solo, Arthur Flint parece un hombre al que alguien acaba de quitarle el suelo bajo los pies.

Dejo mi copa.

Miro hacia la mesa de Victor.

Su silla está vacía.

Se me encoge el estómago, de forma dura y fría, esa sensación que conozco de las negociaciones cuando las reglas del juego cambian y te das cuenta un segundo demasiado tarde.

Algo no va bien aquí.

Algo no va nada bien.

Capítulo 3

Ida

Tenía que salir de allí. Solo por un momento.

Y la biblioteca es el lugar adecuado para eso. Huele a cuero y a papel viejo, y a las velas de lavanda que mi madre solía encender aquí antes de abandonar a la familia, sin dejar nada atrás excepto una colección de lírica francesa en el estante superior y un padre que, desde entonces, no ha vuelto a comprar una vela.

Cierro la puerta tras de mí y apoyo la espalda contra ella, presionando los omóplatos contra la madera fría; mi respiración es demasiado rápida, demasiado para una mujer que acaba de atender a trescientos invitados y que debe aparentar estar hecha de granito.

Silencio.

Al fin, silencio.

La música solo llega a través de las paredes como un latido sordo. Cierro los ojos y cuento hacia atrás desde diez, tal como Leo me enseñó cuando tenía trece años y sufría ataques de pánico que nadie debía ver. Diez, nueve, ocho. Mi pulso se ralentiza. Siete, seis. El calor en mi garganta remite. Cinco, cuatro. Mis manos dejan de temblar.

Al llegar a tres, pienso en sus dedos sobre mi piel y todo es en vano.

Me impulso lejos de la puerta y voy hacia la ventana. Fuera, el jardín yace en la oscuridad, los viejos robles proyectan sombras sobre el césped y, en algún lugar al fondo, se encuentra la mencionada piscina donde ocurrió todo hace doce años. En esta época, la piscina está cubierta. Pero está ahí, y siempre estará ahí, y cada vez que entro en el jardín tengo que pasar por delante.

Tenía dieciséis años. Dieciséis y era tan tonta que pensaba que un Damon Reed de diecinueve años podría querer a una chica como yo, no por el apellido ni por el dinero, sino por la forma en que me reía cuando contaba chistes malos y por las miradas que me dedicaba.

Me había puesto de puntillas y le había abierto mi corazón allí, junto a la piscina, con el pelo mojado y un corazón que latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Y él se rió. No de forma cruel ni malvada, sino algo peor: sorprendido, casi con lástima, como si un niño hubiera hecho algo tierno y, al mismo tiempo, bochornoso.

—Ida, eres la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Y luego, dirigiéndose a los demás, lo bastante alto para que todos lo oyeran: —Leo, tu hermana tiene un resfriado o algo así; se le ha

puesto la cara completamente roja.

Carcajadas. No las suyas, sino las de los demás, y él no hizo nada para detenerlas.

Aprieto los puños, los abro, vuelvo a apretarlos. Doce años, y mi cuerpo sigue reaccionando como si hubiera sido ayer. Lo odio por ello, pero sobre todo me odio a mí misma, porque hace un momento estaba en ese salón y él me acarició el cuello, y cada una de mis células se inclinó hacia él como una maldita planta hacia la luz.

Ya no tengo dieciséis años.

Tengo veintiocho y dirijo eventos para una empresa que factura cuatrocientos millones al año. Duermo en un colchón hinchable en mi despacho porque tengo demasiado trabajo, y Damon Reed no es más que una cicatriz que no sé gestionar bien.

Me aparto el pelo de la cara y me apoyo en el alféizar de la ventana justo cuando la puerta se abre a mis espaldas.

Sin llamar. Sin vacilar. La puerta se abre de par en par, me doy la vuelta y ahí está él. ¿Quién si no? Es casi como si el universo hubiera decidido que esta noche aún no ha causado suficiente daño.

Damon llena el marco de la puerta, los dos botones superiores de su camisa siguen abiertos, ya no tiene el vaso de whisky en la mano y su mirada encuentra la mía antes de que pueda recuperar el control de mi expresión.

—No —digo.

Él arquea una ceja con aire interrogante. —¿A qué te refieres con «no»?

—No, no vas a entrar aquí. Sea lo que sea esto, tanto si me estás espiando como si quieres pasar la noche humillándome más, o si simplemente buscas un polvo rápido antes de que acabe la Gala, la respuesta es no.

Mi voz es más afilada de lo que desearía, más aguda, y eso me irrita porque revela el poco control que tengo en este momento.

Damon entra y cierra la puerta tras de sí. En silencio, no como alguien que quiere provocar, sino como alguien que no desea ser oído.

—Busco a tu padre.

Eso me descoloca. —¿Qué?

—A Arthur. Y a Victor Drais. Ninguno de los dos está en el salón desde hace quince minutos —no se apoya en la pared, no cruza los brazos, no hace ninguno de sus movimientos habituales—. Simplemente se queda ahí, con los hombros tensos, y por primera vez en toda la noche no veo burla en su rostro. —Creía que querías hablar con tu padre hace un rato. ¿Qué te ha dicho?

—No he tenido tiempo. Yo... ¿Qué se supone que debo decir? ¿Que tiene razón, pero que necesitaba un momento a solas porque él me hace perder los estribos?

—Victor ha tenido una charla con tu padre. Poco después, Arthur ha desaparecido por una puerta lateral, pálido, como si alguien le hubiera puesto una pistola en la sien. Y ahora ambos se han ido.

Lo observo fijamente, preguntándome si solo está jugando conmigo. Si es otro truco con el que pretende dar la vuelta a la situación y hacerme quedar como una tonta por segunda vez esta noche. Pero su mandíbula está tensa y sus ojos están oscuros, no de la forma en que se oscurecen cuando me mira, sino de otra manera: más fría, más concentrada.

—¿Por qué te importa eso? —pregunto.

—Victor Drais lleva medio año intentando destituirme como CEO. Y ahora se presenta en la Gala de tu padre sin invitación, mantiene una conversación tras la cual Arthur parece haber visto un fantasma y desaparece —hace una pausa—. Puede que sea un capullo, Ida, pero no soy idiota.

Cruzo los brazos. —¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Ha habido algo inusual en las últimas semanas con tu padre o con la empresa?

—No.

Ni siquiera es una mentira. Simplemente no es toda la verdad, porque toda la verdad sería que estoy en esta biblioteca para recuperar la compostura que él me arrebató hace veinte minutos, y que mi padre no me contaría nada de todos modos, porque soy la hija que organiza eventos, no a la que se le confían secretos.

Damon me estudia y veo que no me cree, pero no insiste.

—Entonces ayúdame a encontrarlo.

—¿Por qué debería ayudarte?

—Porque es tu padre.

Eso me llega. No porque no tenga razón, sino porque lo dice así, con calma, sin segundas intenciones, y porque la preocupación que llevo quince minutos reprimiendo se extiende por mi pecho como tinta en el agua.

No respondo, sino que paso por su lado hacia la puerta. El olor de su loción me golpea como un impacto. Contengo la respiración hasta que llego al pasillo.

La mansión es un laberinto si no se conoce. Pero yo crecí aquí y conozco cada corredor, cada atajo, cada puerta que cruje y cada una que no lo hace. Guío a Damon por el ala este, pasando por las habitaciones de invitados, subiendo la escalera que lleva a la zona privada, allí donde los invitados de la Gala no tienen acceso.

No hablamos. Nuestros pasos sobre el parqué son el único sonido; los suyos pesados y constantes, los míos más rápidos, más silenciosos, y el silencio entre nosotros es distinto al de antes, no está cargado ni es hostil, sino práctico, como el que hay entre dos personas que se encuentran temporalmente en el mismo bando y ninguna de las dos termina de creérselo.

El pasillo de la segunda planta está oscuro. Los apliques de la pared están apagados porque esta parte de la casa está cerrada esta noche, y la única luz proviene del exterior, una luz de luna que entra por los altos ventanales y dibuja franjas sobre la alfombra.

Me detengo.

El despacho de mi padre. La puerta está entreabierta y una luz anaranjada parpadea por la rendija, inquieta, demasiado cálida para

ser una lámpara.

Pongo la mano en el pomo y empujo la puerta un poco más, despacio, sin hacer ruido, y lo que veo no tiene sentido.

Mi padre está arrodillado ante la chimenea. No en el sentido de arrodillarse para calentarse, sino de forma frenética, encorvado, con las mangas de su esmoquin remangadas, y mete papeles en el fuego, hoja tras hoja, con una velocidad que nada tiene que ver con el orden, sino con el pánico. Las llamas devoran las páginas, el papel se riza y se vuelve negro, y mi padre, Arthur Flint, el hombre que nunca alza la voz en las juntas directivas y cuyas manos nunca tiemblan, tiene las manos temblorosas.

A su lado, en el suelo, hay una carpeta. Roja. Sin logotipo de la empresa, sin etiqueta, solo ese rojo intenso y oscuro, y antes de que yo pueda abrir la boca, él la agarra y se la mete en el bolsillo interior de la chaqueta, se levanta y se seca la frente.

Retrocedo un paso. Me pregunto si debería pedirle explicaciones a mi padre, pero decido inmediatamente no hacerlo.

La mano de Damon se posa en mi brazo, suavemente, como una advertencia, como una señal para que guarde silencio, y siento el calor de sus dedos a través de la tela de mi vestido y me muerdo el interior de la mejilla.

Retrocedemos hacia el pasillo. La puerta se cierra, apenas audible.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

Damon niega con la cabeza. Su rostro está endurecido, los músculos de la mandíbula tensos, y parece alguien que ordena piezas de un

puzle que aún no forman una imagen. Me indica que nos alejemos de la puerta. Lo sigo y doblamos la esquina del pasillo para que mi padre no nos vea cuando salga de la habitación.

—Estaba quemando documentos —digo, aunque es obvio—. Pero de alguna manera necesito verbalizarlo para creerlo. Mi padre ha quemado documentos en una chimenea en mitad de su propia Gala.

—Y se ha guardado el expediente rojo.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

Suelto una risa breve y amarga. —Sí, claro. Entraré y le preguntaré a mi padre por qué destruye pruebas. Porque él me lo cuenta todo, claro. Porque no soy solo la gerente de eventos que se encarga de que el champán esté frío y las tarjetas de las mesas estén derechas.

Damon me mira. —No eres solo eso.

—Sí lo soy, Reed. Eso es todo lo que soy para él. Organizo sus fiestas, sonrío a sus invitados y duermo en mi oficina para que la celebración sea un éxito, y ni siquiera me dice por qué Victor Drais está en la lista de invitados porque soy la hija que funciona, no a la que se le pregunta o se le informa.

Es más de lo que quería decir. Más de lo que le he dicho nunca a nadie, y mucho menos a él, y el silencio posterior es como un corte abierto.

Damon da un paso más. Bajo la luz de la luna que entra por la ventana, sus ojos son casi negros y me mira a mí, no a mi cuerpo, ni

a mi escote, ni a la chica de entonces, sino a mí, y lo odio porque se siente como si alguien abriera una puerta que yo había tapiado.

—Eres más que eso —dice, y su voz es baja, ronca, sin burla y sin máscara—. Siempre has sido más que eso.

Debería decir algo mordaz. Algo que lo mantenga a distancia, que rompa esta peligrosa cercanía que se ha formado entre nosotros, aquí, en este pasillo oscuro donde nadie mira.

En lugar de eso, me quedo quieta.

Su mano se alza, despacio, como si me diera tiempo a marcharme, y sus dedos rozan mi barbilla, levemente, de forma casi imperceptible. Inclina mi cabeza hacia arriba y yo lo permito, porque mi cuerpo siempre ha creído en él más que mi sensatez.

Siento su aliento en mis labios. Cálido. La distancia entre nosotros se reduce a centímetros, cierro los ojos y mi corazón late tan fuerte que resuena en el pasillo, y pienso: «esta vez», y pienso: «por fin», y ya no pienso nada más.

—Vaya, aquí estáis.

La voz de Leo llega desde la escalera como un cubo de agua fría.

Damon suelta mi mano, que había tomado en algún momento sin que me diera cuenta, y retrocede; cuando se da la vuelta, su rostro vuelve a ser el que conozco: la sonrisa, la ligereza, el hombre que no se toma nada en serio.

—Tu hermana estaba a punto de enseñarme la colección de plata de la familia —le dice a Leo, y su voz suena como si nunca hubiera

hecho otra cosa que charlar trivialmente en pasillos oscuros—. Al parecer, vuestro bisabuelo poseía un cucharón de sopa que valdría lo que un coche pequeño en Sotheby's.

Leo nos examina. Su mirada viaja de Damon a mí y viceversa; veo la pregunta en sus ojos, pero no la formula.

—Un cucharón de sopa —repite.

—Victoriano, si no me equivoco.

—Nunca te equivocas, ¿verdad, Reed?

Damon se encoge de hombros. —Rara vez las suficientes como para que cuenten.

Leo me mira. —¿Todo bien?

Sonrío. Es la sonrisa que pongo para los invitados, para los clientes, para mi padre: amplia, firme y absolutamente hueca.

—Todo perfecto. Estaba a punto de volver al salón.

Paso por el lado de ambos. Mi hombro roza el brazo de Damon y el contacto quema a través de la tela como una marca de hierro. En la escalera me sujeto a la barandilla, y mis dedos aprietan la madera con tanta fuerza que duele. El dolor ayuda, porque es real y tangible, y no esa sensación informe y asfixiante en mi pecho.

A mis espaldas oigo a Leo decir algo, en voz baja, y la risa de Damon, esa risa ligera y fácil que convierte todo en una broma.

Incluyéndome a mí.

Otra vez a mí.

Capítulo 4

Damon

Mi abogado llama a las nueve y trece. Lo sé porque la pantalla de mi teléfono es lo único que arroja luz en este dormitorio y porque Ryan Callister no llama a las nueve y trece de un lunes por la mañana si algo puede esperar.

Echo mano al teléfono incluso antes de haber abierto bien los ojos, y la voz de Ryan suena como cuando alguien te demanda o se muere.

—Damon, ¿está despierto?

—Ahora sí. —Me incorporo, la colcha se desliza hasta mi regazo y el bebedizo de anoche me late sordamente en las sienes; no es suficiente para una resaca, pero sí para recordarme que después de la Gala me tomé otras dos copas a solas, junto a la ventana de mi

apartamento, mientras pensaba en cosas en las que no debería haber pensado.

—Arthur Flint se ha largado.

Saco las piernas de la cama y mis pies tocan el suelo frío. —¿Cómo que se ha largado?

—Largado es largado. Ha salido del país durante la noche, probablemente en un jet privado vía Zúrich; se desconoce el aeropuerto de destino. La SEC ha iniciado una investigación a las siete de esta mañana. Flint Enterprises está al borde de la insolvencia, los acreedores han hecho congelar todas las cuentas y la prensa tiene la historia desde las seis. —Ryan hace una pausa que suena a que está leyendo algo de una pantalla—. Negocios especulativos ilegales, Damon. A gran escala. Derivados, financiado con fondos ajenos, a través de sociedades fantasma en Liechtenstein y en las Islas Caimán. El volumen se sitúa en el orden de las decenas de millones.

Me levanto, voy a la ventana y descorro las cortinas. Cielo gris sobre Manhattan. El East River brilla con un tono apagado como el plomo, y la ciudad abajo se mueve como si nada hubiera pasado, porque a Nueva York no le importa quién se esté desmoronando en este momento.

—¿Desde cuándo?

—Las especulaciones llevan produciéndose desde hace al menos dos años, dicen los primeros análisis. Pero el colapso ha ocurrido aparentemente de la noche a la mañana, cuando abrió el mercado asiático y las posiciones fueron liquidadas. Alguien filtró la información antes de que Flint pudiera cubrir las pérdidas.

Alguien.

Apoyo la frente contra el cristal frío y veo mi reflejo, que me devuelve la mirada, sin afeitar, con sombras bajo los ojos y una expresión que no suelo ver en mí porque no suelo permitirla.

Victor Drais. Victor, que ayer estaba en la Gala sin invitación y sonreía como un hombre que sabe que el edificio arde porque él mismo ha sostenido la cerilla. Victor, que mantuvo una conversación con Arthur tras la cual Arthur parecía como si le hubieran quitado el suelo bajo los pies. No puedo probar nada y también podría ser otra cosa, pero el asunto apesta demasiado.

—Ryan, te devuelvo la llamada en veinte minutos.

—Damon, tenemos que hablar de las repercusiones para MediaTech. Flint Enterprises es uno de nuestros mayores competidores. Pero si la prensa empieza a desenterrar conexiones entre usted y Leo Flint, entonces…

—Veinte minutos.

Cuelgo.

La ducha está lo bastante caliente como para despertarme. Me quedo bajo el agua dejando que me caiga por la nuca y pienso en lo que debería haber hecho en lugar de quedarme junto a la ventana intentando desterrar de mi cabeza la imagen de una mujer que me miraba como si fuera, al mismo tiempo, lo peor y lo único que deseaba.

Ida.

Abro el agua fría y me obligo a reconstruir la secuencia. Victor aparece en la Gala. Victor habla con Arthur. Arthur palidece, desaparece por una puerta lateral. Ida y yo encontramos a Arthur en su despacho, donde está quemando documentos y se guarda una carpeta roja. Un expediente sin rótulo, sin logo, solo ese rojo oscuro que parecía algo que no debería existir.

Y entonces Arthur Flint sale del país durante la noche, y alguien da a los medios exactamente la información adecuada, en el momento exacto, para causar el mayor daño posible.

Esto no es una coincidencia.

Cierro el grifo, me lío una toalla a la cintura y voy al salón, donde mi portátil está sobre la isla de la cocina. Tres clics y veo los titulares. Wall Street Journal, Times, Reuters, Bloomberg, todos a la vez, todos con las mismas cifras, los mismos detalles, el mismo lenguaje, como si alguien les hubiera enviado un dosier ya preparado.

Arthur Flint: Pérdidas multimillonarias por especulaciones ilegales.

Flint Enterprises al borde del cierre: los acreedores exigen la liquidación inmediata.

La dinastía Flint se desmorona: cómo un imperio familiar desapareció de la noche a la mañana.

Sigo bajando y ahí hay una foto de la Gala, tomada por uno de los fotógrafos sociales, Arthur Flint sonriendo con una copa de champán, y a su lado Ida, con ese vestido negro que anoche me hizo perder la cabeza, y luce esa sonrisa que ya reconozco como lo que es: una armadura.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Leo.

Llámame. Inmediatamente.

No llamo. Todavía no. En su lugar, marco el número de Victor, por cuarta vez desde anoche, y por cuarta vez salta el contestador, ese mensaje fluido y profesional que suena como todo en Victor: pulido y hueco.

Anoche, después de que Leo nos sorprendiera en el pasillo, después de que Ida pasara por mi lado y el roce de su hombro contra mi brazo se sintió como algo que no merezco, volví al salón y busqué a Victor. Se había ido. Su sitio estaba vacío, su abrigo ya no estaba en el guardarropa, como si hubiera conseguido lo que quería y ya no viera motivo para quedarse.

Luego intenté encontrar a Ida, recorrí todo el maldito salón, pasé por las mesas, por el jardín de invierno, incluso regresé a la biblioteca, donde todavía flotaba el aroma de la lavanda y su perfume, que olía a iris y a algo dulce que no sé identificar. Pero había desaparecido, como un fantasma que decide que por una noche ya ha deambulado bastante.

Y me fui a casa. Solo. A la camarera de pelo cobrizo y mirada lo bastante explícita como para no dejar dudas, la dejé plantada en la barra, algo que no va conmigo, o al menos no con el hombre que suelo ser. El hombre que toma lo que es fácil porque lo difícil cuesta demasiado.

Pero anoche nada fue fácil. Anoche estaba en un pasillo oscuro y levanté la barbilla de una mujer que lleva doce años odiándome, y su aliento era cálido sobre mis labios. Sus ojos se cerraron y en ese instante, en ese segundo antes de que la voz de Leo lo rompiera todo, fui más honesto que en los últimos diez años de mi vida.

Y ahora su padre ya no está de rodillas frente a una chimenea, sino que probablemente esté sentado en algún avión, y todo lo que ha dejado atrás son deudas, un hijo que es mi mejor amigo y una hija que duerme en un colchón hinchable en su oficina y cuya empresa ahora prácticamente ya no existe.

Entonces devuelvo la llamada a Leo.

Lo coge al primer tono y su voz es plana, tan controlada que asusta. —¿Lo has visto?

—Sí.

—Se ha ido, Damon. Mi padre ha huido como un maldito delincuente, y yo estoy aquí en su casa y sus abogados no cogen el teléfono.

—¿Dónde está Ida?

Una pausa. —¿Por qué preguntas por Ida?

—Porque también es su empresa, Leo.

—Está aquí. Desde hace una hora. Está en el jardín mirando la piscina y no ha dicho ni una palabra desde que leyó las noticias. Ni una. Preferiría verla gritando y rabiando, pero no dice nada.

Cierro los ojos y ante mí aparece la imagen de una mujer que, bajo la luz de la luna, me dice que solo es la organizadora de eventos que se asegura de que el champán esté frío, y cuya voz se quiebra al decirlo, solo ligeramente, casi imperceptiblemente, pero yo lo oí.

—¿Tenéis abogado? —pregunto.

—Nuestro abogado de familia es también el de la empresa, y no contesta porque probablemente esté ocupado salvando su propio culo. No tenemos nada, Damon. Las cuentas están congeladas. Todo. Mi cuenta, la de Ida, incluso la maldita cuenta de los gastos del hogar. Ahora mismo no puedo ni comprarme un café.

Voy al armario, me coloco el teléfono entre la oreja y el hombro y saco una camisa. —Os voy a enviar a Ryan Callister. Es el mejor y trabaja para mí, pero os representará a vosotros si se lo pido.

—No puedo pagar a tu abogado.

—Leo.

—Hablo en serio. No aceptaré dinero tuyo.

—No es dinero, es un favor, y lo vas a aceptar porque la alternativa es que en cuarenta y ocho horas estés sentado sin asistencia legal ante una audiencia de la SEC y pierdas todo lo que tu padre no ha quemado ya.

Silencio. Oigo a Leo respirar, con fatiga, como si acabara de subir unas escaleras corriendo aunque sé que está quieto.

—Vale. Gracias —dice, seguido de una pausa—. ¿Puedes pasarte por aquí?

—Voy para allá —respondo— y terminamos la conversación.

Me abrocho la camisa, me remango y cojo las llaves del coche. Mi mente trabaja ahora como lo hace en las reuniones de crisis: clara, afilada, sin el lastre de emociones que ya buscarán su lugar más tarde.

Victor Drais lleva seis meses queriendo sustituirme como CEO. Tiene aliados en el consejo de administración, tiene contactos en la prensa y tiene paciencia, el tipo de paciencia que es peligrosa porque se parece a la serenidad. Si Victor es quien ha filtrado, entonces no solo ha destruido a Arthur Flint, sino que simultáneamente ha desencadenado una reacción en cadena que desestabiliza a MediaTech, porque aunque Flint Enterprises sea nuestro mayor competidor, si la prensa descubre que Leo y yo somos amigos, la imagen no será buena. Entonces Victor tendrá su motivo para masacrarme en la próxima junta.

Una jugada. Ni dos, ni tres. Una que lo soluciona todo.

Debería haberlo visto anoche. Debería haberlo visto cuando Victor estaba en la barra sonriendo, cuando Arthur desapareció por la puerta lateral, cuando los papeles ardían en la chimenea. Pero estaba distraído, por unos ojos grises y el olor a iris y por unos labios que casi llegué a tocar, y esa distracción me ha costado una noche que habría necesitado para frenar el daño.

Esto no me volverá a pasar.

Llamo a Ryan mientras estoy en el ascensor, y mi voz suena ahora como suena cuando tomo decisiones que quitan el sueño a otros.

—Ryan, necesito tres cosas. Primero: vas a representar a Leo e Ida Flint, desde este momento, a mi cuenta, sin discusión. Segundo: quiero todo lo que tengamos sobre los movimientos financieros de Victor Drais de los últimos seis meses; cada transacción, cada

contacto, cada reunión. Y tercero… —hago una pausa—. Esos dos puntos bastan por ahora.

Ryan guarda silencio tres segundos. Para un abogado que cobra ochocientos dólares la hora, eso es una eternidad. —Sabe lo que esto significa, Damon. Si pone esto en marcha y Victor no es culpable, será usted quien caiga.

—Pues asegúrate de que sea culpable.

Las puertas del ascensor se abren. El garaje subterráneo huele a hormigón y a aceite de motor, y mis pasos resuenan contra las paredes mientras en mi cabeza se forma algo; no un plan, todavía no, pero sí el contorno de un plan, los esbozos de una idea que o bien lo salvará todo o bien lo destruirá todo.

Victor se ha anotado esta jugada. Hay que reconocérselo.

Pero esto aún no es una victoria. Porque tengo un plan para salvarnos a Ida, a Leo y a mí. Es radical, peligroso e insensato.

Pero es nuestra única esperanza.

Para todos nosotros.

Capítulo 5

Ida

La piscina tiene una grieta. Llevo una hora de pie en el jardín, con la mirada fija en el agua, y solo ahora la veo: una fina hendidura en el borde del vaso que se extiende desde la parte superior hasta la línea de flotación; es casi invisible, pero está ahí. Probablemente lleve mucho tiempo así, pasando desapercibida porque nadie mira cuando la superficie todavía brilla.

Detrás de mí, en la casa, Leo habla por teléfono. Oigo su voz a través de la puerta abierta de la terraza, amortiguada, tensa, y luego más fuerte cuando pronuncia el nombre de Damon y dice algo sobre un abogado al que no puede pagar. No escucho con atención. Tengo la cabeza llena del olor a papel quemado que flotaba anoche en el despacho de mi padre, pesado y dulzón, como algo que nunca debería haber existido y que ahora ha desaparecido para siempre.

Mi teléfono no ha dejado de vibrar desde las seis y media. Veintitrés mensajes, siete llamadas perdidas, cuatro correos electrónicos; cada uno de ellos es un cuchillo que gira lentamente. Los próximos eventos de la empresa: cancelados. Las planificaciones para las empresas colaboradoras: anuladas. Seis meses de trabajo enterrados en tres líneas: «Debido a la situación actual, nos vemos obligados a...», y luego una firma sin despedida, como si la cortesía fuera algo que se reserva para la gente cuyo apellido todavía vale algo.

Entonces llegan los coches.

Dos berlinas oscuras y un coche patrulla que avanzan por el camino de entrada y se detienen ante la entrada principal. Desde el jardín veo cómo se abren las puertas y bajan hombres que llevan maletines, sujetan documentos y tienen el aspecto de estar haciendo un trabajo que ya han realizado tres veces hoy.

Entro en casa.

En el vestíbulo hay dos agentes con las placas en alto y un hombre que se presenta como representante del Citibank y cuyo rostro es tan inexpresivo que resulta insultante. Leo está junto a la escalera, todavía con el teléfono en la mano, y busca mi mirada; en la suya veo lo que llevo intentando no sentir desde esta mañana: un miedo desnudo y desprotegido.

—Orden judicial —dice el primer agente mientras me pone un documento en la mano—. Incautación de activos en relación con la investigación contra Arthur Flint.

Leo. Aseguramiento. Embargo. Sospecha de fraude en un caso especialmente grave. Las palabras aparecen nítidas en el papel. Las leo dos veces porque mi mente se niega a relacionarlas con esta

casa, con este pasillo, con el suelo de mármol bajo mis pies descalzos, que está frío porque esta mañana olvidé ponerme los zapatos cuando el mundo dejó de tener sentido.

El representante del banco explica la situación. Todas las cuentas están bloqueadas. La hipoteca, impagada. Cuarenta y ocho horas para desalojar la propiedad.

Cuarenta y ocho horas.

Leo abre la boca y veo cómo se tensan los músculos de su mandíbula. Le pongo la mano en el brazo, de forma breve pero firme, porque un estallido ahora no servirá de nada, salvo para que conste en el informe policial.

Los agentes entran en el despacho de mi padre. Oigo cajones, el clic de una cámara, voces que nombran y catalogan objetos. En el hueco de la escalera, quitan de la pared el pequeño Monet, la mujer en el jardín recogiendo flores, el cuadro que desde mi infancia me recuerda a los domingos, cuando mi madre aún vivía aquí y sus manos olían a tierra. Un agente lo apoya contra la pared y pega una etiqueta numerada en el marco.

Me doy la vuelta, voy a la cocina y cojo mi teléfono.

Mi banco. Mi cuenta. Mi préstamo, que está a mi nombre, independiente de mi padre, respaldado por mi solvencia, mis cifras, mi reputación.

Cuatro minutos en espera. Parece una eternidad. Luego, una voz. Un desvío. Otra voz. Un hombre llamado Harcher que pronuncia mi nombre como si lo estuviera leyendo de una señal de advertencia.

—Señorita Flint, su cuenta ha sido bloqueada temporalmente debido a la vinculación familiar. Es el procedimiento estándar en investigaciones en curso.

—La cuenta está a mi nombre. No a nombre de Flint Enterprises. A nombre de Ida Flint.

—El departamento de Cumplimiento Normativo ha decidido...

—¿Qué tiene que ver su departamento de Cumplimiento Normativo con mi dinero?

Silencio, educado, ese tipo de silencio que te indica que la conversación ha terminado antes de que la otra persona cuelgue.

Llamo al siguiente banco. Lo mismo. Bloqueada, temporalmente, hasta nuevo aviso. Llamo a Goldman Sachs porque hace dos meses un asesor me dio su tarjeta y me dijo: «Llámeme cuando quiera». La asistente dice que el Sr. Copeland está en una reunión. Su voz ha adquirido ese tono que adoptan las voces cuando un nombre aparece en una pantalla y alguien ha decidido que somos contagiosos.

Cuelgo y apoyo ambas manos en la encimera de granito, presionando las palmas hasta que me duele. En el bolsillo de mi chaqueta tengo setenta dólares, la propina que un invitado me dio anoche en la Gala porque pensó que era la camarera.

—Ida —Leo aparece en la puerta de la cocina, pálido y con los hombros caídos—. Callister ha vuelto a llamar. El abogado de Damon. Dos veces.

—Lo sé.

—¿Por qué no respondes?

No respondo de inmediato. Mi mirada se posa en la ventana, tras la cual el jardinero corta el césped como si este jardín todavía perteneciera a alguien, y mi cabeza hace algo que siempre hace cuando las emociones son demasiado intensas: buscar patrones.

Y ahí están, claros como cortes, alineados uno tras otro.

Damon, que apareció ayer en la Gala a pesar de que no había puesto un pie en la casa de mi padre en doce años. Damon, que me llevó a un pasillo oscuro, me levantó la barbilla y me miró como si yo fuera lo único que deseara. Damon, que estaba a mi lado cuando mi padre destruía pruebas y no dijo nada, sin rastro de asombro ni espanto, como si ya supiera lo que iba a encontrar.

Y Victor Drais, que estaba en la misma Gala sonriendo como un hombre que contempla cómo arde algo a lo que él mismo ha prendido fuego. Victor, que está en la empresa de Damon. Que trabaja con Damon.

El pensamiento es sutil, pero hiere.

—¿Y si Damon está detrás de todo esto?

Leo hace una mueca. —No lo dirás en serio.

—Victor es el presidente de su consejo de administración. Se conocen desde hace años. Y Damon estaba anoche en el pasillo cuando papá quemó los papeles y ni siquiera se inmutó, Leo. Ni una sola palabra de sorpresa. Nada.

—Esos dos no se soportan, todo el mundo lo sabe.

—Damon engaña a todo el mundo —oigo mi propia voz, dura y extraña, y debajo algo que no quiero mostrar, algo que se siente como lo contrario a la rabia y que, por eso mismo, es mucho peor—. Me distrajo. En el pasillo. Justo en el momento en que papá echaba los últimos documentos al fuego. Quizá eso era todo lo que tenía que hacer, quizá ese era su trabajo.

Leo guarda silencio durante un largo rato. Se frota la nuca y el gesto me golpea como un impacto porque nuestro padre hacía exactamente lo mismo siempre que buscaba las palabras adecuadas; y no quiero pensar en gestos heredados de un hombre que nos ha dejado con doscientos setenta dólares y una orden de desahucio.

—No quieres confiar en él —dice Leo en voz baja—. Lo entiendo. Pero no tenemos a nadie más, Ida.

En el vestíbulo, los agentes dejan caer algo, suena a cristal, y alguien suelta un juramento amortiguado; el sonido resuena por toda la casa como un disparo en una iglesia. Cierro los ojos y, tras mis párpados, vuelvo a sentir sus dedos en mi barbilla. Pensé que era real, sincero. ¿Y si no lo era?

¿Y si todo lo que vi anoche en sus ojos fue tan calculado como una OPA, como un contrato, como cada maldito trato que Damon Reed ha hecho en su vida?

Mi teléfono vibra. Un SMS de un proveedor para la próxima gala de la empresa, preguntando cómo pagar los gastos de cancelación. Borro el mensaje y dejo el teléfono boca abajo sobre la encimera, porque cada mensaje que llega ahora es una puerta más que se cierra de golpe.

En el despacho cesan los ruidos. Los agentes pasan por el pasillo con cajas, el representante del banco va detrás con una lista, y yo

me quedo junto a la encimera de la cocina viendo cómo se llevan mi vida por delante, partida por partida. Mi rostro no muestra nada, porque soy capaz de ello, porque lo aprendí en cien Galas y mil veladas en las que sonreía mientras por dentro todo ardía.

Entonces la puerta de la cocina se abre y Damon aparece en el umbral, con camisa blanca, las mangas remangadas y una carpeta en la mano izquierda; su mirada recorre la estancia, pasando por Leo, por mí, por el teléfono boca abajo, la taza de café fría y el silencio, que se asienta aquí como una cuarta persona.

—Los agentes se marchan —dice—. He comprado la hipoteca. La casa es mía ahora, y mientras sea mía, nadie os echará a la calle.

Leo se levanta. —¿Qué?

Yo no me muevo. Mi corazón late tan fuerte que me retumba en los oídos, y le sostengo la mirada, esos ojos castaños oscuros que me observan, tranquilos, abiertos, y debajo algo que no logro situar, algo que parece la verdad o su falsificación perfecta.

—¿Y las deudas? —pregunto.

Damon deja la carpeta sobre la mesa de la cocina, despacio, como si quisiera darme tiempo para asimilar el peso de lo que contiene.

—Para eso también tengo una solución.

Capítulo 6

Damon

Ida me mira como si hubiera puesto una pistola sobre la mesa.

Abro el archivador. Mis dedos están tranquilos y lo agradezco, porque el resto de mi cuerpo no lo está. Porque, en algún punto entre la entrada de la casa y esta cocina, algo ha empezado a martillear en mi pecho, algo que no me hace ninguna falta; ni ahora, ni aquí, ni delante de ella.

—Los pasivos totales de vuestro padre ascienden a treinta y siete millones —digo, deslizando la primera hoja por la mesa—. De esa cantidad, catorce corresponden a la hipoteca, que he asumido esta mañana. El resto se reparte entre tres acreedores que ejecutarán el cobro el viernes si nadie paga.

Leo está junto a la ventana con los brazos cruzados, y su mirada se clava en mi sien como un clavo.

—He hablado con los tres acreedores —continúo—. Esta mañana, entre las nueve y las once. Están dispuestos a ceder los derechos de cobro si alguien asume la suma de una sola vez.

—¿Y ese alguien eres tú? —pregunta Leo, mirándome con incredulidad.

—Exacto.

Silencio. El zumbido del frigorífico. Una gota que cae en algún lugar del fregadero. Me concentro en esos sonidos porque es más fácil que mirar el rostro de Ida, esos ojos grises que lo ven todo, que siempre lo han visto todo, incluso entonces, cuando éramos adolescentes y yo creía que podía engañarla. Sabe que falta algo más, y tiene razón.

—Treinta y siete millones —repite Ida. Su voz es plana y controlada —. ¿Qué quieres a cambio?

Saco una segunda hoja del archivador y la pongo sobre la mesa. Mi mano duda un segundo de más. Odio que esta mujer consiga desestabilizarme así, pero intento que no se me note.

—Un contrato —le digo a Ida sin mirarla—. Entre tú y yo. Legalmente vinculante, de duración limitada y con condiciones claras para ambas partes.

—¿Qué clase de contrato? —pregunta Leo.

Inspiro. El granito de la encimera brilla bajo la luz que entra; en su superficie alcanzo a ver el rastro de las huellas de Ida allí donde hace un momento tenía apoyadas las manos. Veo esas pequeñas marcas y pienso en cosas en las que no debería pensar.

—Un acuerdo prenupcial.

La palabra cae en la estancia como una piedra en un pozo, y la oigo golpear el fondo, hundirse y cambiarlo todo.

Leo se aparta de la ventana. —Repite eso.

—Es un contrato comercial —digo con voz firme, convenciéndome a mí mismo, igual que hice por el camino, de que esto no es más que una negociación—. Lleva el título de acuerdo prenupcial porque implica un matrimonio. Pero, en esencia, es un trato.

Leo se me acerca rápidamente. Veo sus manos apretarse en puños y sus hombros tensarse. Me quedo quieto, porque retroceder es lo último que puedo permitirme ahora.

—Vienes a nuestra casa —dice Leo con una voz baja que resulta peor que un grito—, en el peor día de nuestras vidas, con un archivador y un contrato, ¿y exiges a mi hermana como pago?

—No exijo nada. Ofrezco.

—Sabes que ella es intocable. —Sus ojos están entrecerrados, respira agitado y está tan cerca que huelo el *aftershave* que también usaba su padre, en aquellos tiempos en los que Arthur Flint aún era un hombre al que yo respetaba— Aún lo recuerdas, ¿verdad? Esa era la regla. La única.

—No es un...

—Ponle la mano encima y te mato.

—Leo. —La voz de Ida suena calmada, afilada. Leo se gira hacia ella y luego vuelve a mirarme a mí. Tensa la mandíbula y veo en él al chico de entonces, el que pensaba que yo le rompería el corazón a su hermana. Cosa que hice poco después.

Espero a que su respiración se calme. Luego continúo hablando. Mientras lo hago, miro el archivador, los papeles, la mesa, cualquier cosa menos a ella.

—Víctor Drais lleva tres meses preparando un golpe en el consejo de administración. Tiene a su favor cuatro de siete votos y, cuando se celebre la próxima junta general de accionistas, hará que me destituyan como CEO. MediaTech pasará entonces a manos de un consorcio que controla Víctor, y todo lo que he construido en los últimos quince años pertenecerá a un hombre al que no le importa destruir vidas por el camino.

Leo guarda silencio. Noto que escucha, a pesar de su rabia, porque Leo entiende de números, siempre los ha entendido, incluso cuando su temperamento se interpone.

—Víctor tiene una estrategia —prosigo—. Ha vendido a la junta directiva el discurso de que soy un riesgo. Impredecible, con una expansión demasiado agresiva, falto de estabilidad y amigo del hijo de Arthur Flint, que ahora está envuelto en un escándalo. Dice que no soy el hombre al que se le deba confiar una empresa que da de comer a tantas familias.

Cojo la tercera hoja del archivador, un memorándum que redactó mi abogado, y la deslizo junto a las otras.

—Un matrimonio cambia esa imagen. No de la noche a la mañana, pero sí lo bastante rápido. Un CEO que se casa, que forma una familia, que muestra responsabilidad no solo en la sala de juntas sino también en lo privado... es un argumento que Víctor no podrá rebatir, porque ataca precisamente la debilidad que me atribuye.

—Quieres usar a Ida —dice Leo—. Como atrezzo.

La palabra me hiere porque no es falsa, no del todo, y porque me he jurado no mentir en esta habitación, aunque la verdad me sepa a ceniza.

—El contrato lo regula todo —digo, y mi voz suena ahora como en las reuniones de la junta, fría y precisa. Odio cómo suena en este momento, porque no encaja aquí, pero no me queda otra opción—. Duración, obligaciones, límites. Apariciones públicas, frecuencia, duración. Compensación financiera para Ida, independientemente del resultado. Cláusulas para el caso de que uno de los dos rompa el acuerdo. Todo en blanco sobre negro, todo negociable.

—Duración —repite Ida, y la palabra sale de su boca como algo que estuviera sujetando con unas pinzas.

—Doce meses. Después de la junta general de accionistas y de una fase de transición. Luego el divorcio, limpio, discreto, sin daños para tu reputación.

Sigo hablando porque el silencio es peligroso, porque el silencio deja espacio para las cosas que no puedo decir. Si dejo de hablar,

aflorarán, y entonces me veré aquí diciendo algo que lo complicará todo aún más de lo que ya está.

—Los treinta y siete millones quedarán totalmente liquidados. La hipoteca seguirá siendo mía, pero la casa volverá a ser vuestra en cuanto el contrato expire. Los honorarios del abogado de Leo los asumiré yo aparte. E Ida estará protegida mediante una cuenta fiduciaria a la que solo ella tendrá acceso.

Leo sacude la cabeza. Retrocede dos pasos, se da la vuelta y vuelve a girarse. —¿Y qué pasa si ella dice que no?

—Entonces me iré y tendréis cuarenta y ocho horas para desalojar esta casa. Después de eso, pasaréis tres años lidiando con la administración concursal y al final os quedaréis sin nada.

Es brutal. Lo sé. Oigo cómo suena: frío y calculador. Quiero añadir algo, algo que lo suavice, algo que explique por qué actúo así. Pero no hay nada que pueda añadir. La verdad es que quiero protegerlos a los dos. Y todo lo que pido es una pequeña contraprestación sobre el papel. Por un pequeño beneficio por mi parte. Nada más. No quiero tener que explicarlo. Deberían entenderlo ellos mismos.

Leo me mira fijamente. Luego se gira hacia Ida. —¿Tú qué dices?

Ida no responde. Permanece junto a la encimera, con los brazos cruzados, y su rostro está tan quieto como la superficie de un lago. Pero bajo la superficie, todo hierve. Puedo sentir que está calculando, repasando los números, las opciones y las probabilidades, porque así es como planificó durante semanas la Gala de ayer, durmiendo en una colchoneta en la oficina.

Me obligo a mirarla.

Sus ojos grises se encuentran con los míos y esa mirada me recorre todo el cuerpo, desde el pecho hasta la punta de los dedos. Mantengo la posición porque se lo debo, porque no he sido capaz de mirarla a los ojos mientras hablaba de contratos y plazos. Pero ahora debo hacerlo, ahora que lo peor ya se ha dicho.

—Veinticuatro horas —digo—. No pido más. Piénsalo, haz preguntas, haz que lo revise un abogado que elijas tú, no el mío. Y luego dime qué quieres. Yo pagaré.

Ida no dice nada. Sostiene mi mirada y en sus ojos hay algo que no alcanzo a descifrar. Entonces levanto la mano a modo de despedida, doy media vuelta y comprendo que lo mejor es dejarlos solos para que reflexionen sobre mi oferta.

Capítulo 7

Ida

Damon se ha ido. La puerta de la calle se cierra y el sonido resuena por el pasillo como el eco de un disparo.

Estoy de pie ante la encimera de la cocina, con las manos apoyadas en el granito, y observo las tres hojas de papel que ha dejado. Colocadas pulcramente una al lado de la otra, como si las hubiera alineado con una regla. Por supuesto que lo ha hecho. Damon Reed lo alinea todo con una regla. Su vida, sus tratos, sus malditos sentimientos.

Leo exhala ruidosamente. Es un sonido pesado y contenido que me indica que está al menos tan alterado como yo, pero que lo oculta mucho peor. No es difícil de adivinar, ya que hace un momento casi le suelta un puñetazo a Damon.

Pasan los minutos. O los segundos. No lo sé. En esta cocina, el tiempo ha dejado de seguir las reglas.

Echo cuentas.

Eso es lo que hago cuando el mundo se desmorona bajo mis pies. Echo cuentas. Treinta y siete millones en deudas. Catorce de ellos de la hipoteca, ya asumida por Damon. Tres acreedores que ejecutarán el embargo antes del viernes.

Doy vueltas a los números en mi cabeza, buscando una salida, un resquicio, una alternativa que no se llame Damon Reed. No encuentro ninguna.

—¿Qué piensas?

La voz de Leo viene de algún lugar a la izquierda. Se ha sentado en uno de los taburetes de la barra, con los codos apoyados en la encimera, y se frota la cara con ambas manos.

—Pienso que nuestro padre era aún más idiota de lo que creíamos —digo.

Leo bufa. No es una risa. Es más bien el sonido que uno hace cuando alguien le da un puñetazo en el estómago y, aun así, intenta mantenerse en pie.

—No tenemos opciones, Ida.

—Lo sé.

—Los bancos nos evitan. No hay nada que hacer. No después del escándalo. Ninguna entidad de crédito de este país nos dará ni la hora, y mucho menos nos prestará treinta y siete millones.

—Lo sé, Leo.

—Y aunque encontráramos a un inversor, que no lo haremos porque sencillamente no tenemos tiempo... los acreedores ejecutan el viernes. El viernes, Ida.

—¡Eso también lo he entendido!

Silencio. El frigorífico zumba. El grifo gotea.

Leo se echa hacia atrás y se cruza de brazos. Los músculos de su mandíbula trabajan y veo cómo lucha consigo mismo, porque lo que está a punto de decir va en contra de todo en lo que cree.

—Quizá Damon tenga razón.

Lo miro.

—Escúchame antes de decir nada —continúa él, levantando la mano como si tuviera que defenderse de mi mirada—. Es mi mejor amigo. Y a mí tampoco me entusiasma precisamente su oferta. Pero acaba de ponernos treinta y siete millones sobre la mesa. Treinta y siete. ¿Quién hace algo así si no es un amigo?

—Alguien que quiere algo a cambio.

—Sí. Y lo que quiere es un año. Doce meses sobre el papel. Apariciones públicas, unas cuantas fotos, un anillo en el dedo.

Después, la casa volverá a ser nuestra. Las deudas estarán liquidadas. Mis costas judiciales pagadas. Incluso si encontráramos un banco que nos ayudara, ¿cómo íbamos a devolver ese dinero alguna vez? —Se detiene, buscando la palabra adecuada—. Es un buen trato, Ida. Visto objetivamente.

Visto objetivamente. Como si hubiera algo objetivo en esta situación.

Pero Leo tiene razón. Odio que tenga razón. Lo odio con cada fibra de mi cuerpo, porque lo que Leo no sabe es que Damon Reed me miró anoche en el pasillo como si quisiera devorarme viva. Leo nos descubrió, sí, pero creo que no entendió del todo lo que estaba pasando ahí realmente. Y entendió tan poco como yo cómo reaccionó mi cuerpo ante Damon, a pesar de que me resistí con todas mis fuerzas después de lo que me hizo en aquel entonces.

Precisamente ese hombre, que se rió de mí, estaba hace un momento en nuestra cocina ofreciéndome un acuerdo prematrimonial.

Si esto no es una broma cósmica, no sé qué puede serlo.

No le digo nada a Leo de eso. Ni lo del pasillo. Ni de la mirada y el casi beso. Ni del martilleo en mi pecho, que no ha cesado hasta ahora. Leo y Damon tienen ese pacto, esa ley no escrita entre ellos: mi hermana es intocable.

Qué sarta de tonterías. Como si yo no pudiera decidir por mí misma a quién dejo acercarse. Como si fuera un objeto sobre el que los hombres toman acuerdos.

Pero lo irónico es que yo misma no quiero. No quiero tener a Damon Reed cerca de mí. Ni su olor, ni sus manos, ni la forma en que se le

agrava la voz cuando tiene que controlarse. No quiero nada de eso, porque entonces me hirió profundamente.

Y, aun así, lo haré.

Por Leo. Por la casa. Por todo lo que mi padre destruyó y que ahora debo mantenerlo unido yo, porque si no lo hago, no lo hará nadie.

—Sin Damon, en dos días no tendremos nada —dice Leo en voz baja —. Ni siquiera un techo bajo el que cobijarnos.

—Lo sé.

—¿Y bien?

—De acuerdo —digo.

Leo parpadea. —¿A qué te refieres con de acuerdo?

—Lo haré.

Me mira fijamente, como si esperara que me retractara. Pero no voy a retractarme de nada. Hoy no.

—¿Estás segura?

—No. Pero eso es irrelevante.

***

Doce horas después, estoy frente al Penthouse de Damon deseando estar en cualquier otro lugar. En otro continente. En otra década. O al menos en la cama con la manta hasta la cabeza, como hacía de niña cuando había tormenta.

El conserje me ha dejado pasar abajo. Sonaba como si Damon ya me estuviera esperando. Intento no pensar en ello y pulso el timbre de su apartamento.

Pasan cuatro segundos. Cuento, porque contar me permite controlar mi pulso. Esa forma de control es lo único que no he perdido en las últimas horas.

La puerta se abre. Damon lleva una camisa blanca, con las mangas remangadas hasta los codos, y un pantalón oscuro que parece haber costado más que todo mi armario. Tiene el aspecto de alguien que ha pasado todo el día en una oficina, pero que ha dormido lo suficiente y ha desayunado con tranquilidad.

Yo probablemente tenga el aspecto de alguien que ha pasado la noche en el sofá porque la cama se sentía como un ataúd. Lo cual es cierto.

—Ida. —Se hace a un lado—. Entra.

Ni una pregunta. Ni una sorpresa. Así que realmente intuía que vendría y había instruido al conserje en consecuencia. Por supuesto que sí. Damon siempre sabe cómo terminan las cosas, porque las organiza de tal modo que no pueden terminar de otra manera.

Entro y el Penthouse me recibe con el olor a café recién hecho y algo que huele a madera de cedro. Todo aquí es oscuro, minimalista,

caro. Sin fotos familiares. Sin plantas. Ni un solo objeto que revele que aquí vive un ser humano y no solo una función.

—¿Café? —pregunta.

—No.

—¿Agua?

—El contrato.

Damon me observa durante un instante demasiado largo. Luego asiente y se dirige a la mesa de comedor de madera oscura, sobre la cual ya hay una pila de papeles. Ordenados y perfectamente alineados. Cómo no.

—Siéntate —dice.

No me siento porque él lo diga. Me siento porque mis piernas llevan doce horas negándose a cumplir su función y el resto de mi cuerpo está a punto de seguir su ejemplo.

Damon me desliza el contrato y pone un bolígrafo al lado. Pesado, plateado, grabado. Probablemente solo el bolígrafo cueste más de lo que gana un ciudadano medio de Nueva York en un mes.

—Léelo otra vez. Entero. Tómate el tiempo que necesites.

—Eso es lo que pensaba hacer.

Las letras se emborronan un momento ante mis ojos, luego me recupero.

Duración: doce meses a partir de la fecha de la celebración del matrimonio civil.

Apariciones públicas: al menos dos al mes, fechas de mutuo acuerdo.

Disposiciones financieras: cuenta de fideicomiso a mi nombre, pagos mensuales, independientemente del resultado del acuerdo.

Sigo pasando páginas. Página tres. Página cuatro. Mi mirada se queda clavada en un espacio en blanco.

—Habitaciones separadas —digo.

Damon levanta la vista. —¿Qué?

—Quiero habitaciones separadas. Eso no figura aquí.

—Es un matrimonio de conveniencia, Ida. Hay una habitación de invitados y mi dormitorio. Puedes elegir la que quieras.

—La habitación de invitados. Y quiero una cerradura en la puerta.

Algo se contrae en su rostro. Es tan breve que casi se me escapa, pero no se me escapa porque he estado prestando atención precisamente a eso.

—Haré que instalen una —dice con voz monótona.

—Hoy mismo.

—De acuerdo, hoy mismo.

Sigo pasando páginas. Mis dedos están fríos a pesar del calor que hace en la estancia. Página cinco, párrafo tres.

—Nada de besos sin previo aviso —digo.

Damon se reclina en su silla. —¿A qué te refieres?

—Exactamente a lo que acabo de decir. Si el público exige que nos besemos, quiero saberlo con antelación. Nada de asaltos. Nada de ataques sorpresa ante las cámaras. Yo decido cuándo y si ocurre.

—Eso puede arreglarse.

—Eso no puede arreglarse, Damon. Eso se hará así. Escríbelo en el contrato.

Coge el bolígrafo y anota algo al margen de la página. Su caligrafía es apretada, dura y controlada. Como todo en él.

Sigo leyendo. Página siete. Cláusula 4b.

Manutención de herederos potenciales.

Leo el párrafo dos veces. Luego una tercera, porque las palabras no significan lo que creo que significan. O sí. Precisamente eso es lo que hacen.

—¿Qué es esto? —pregunto, señalando el pasaje con el dedo, aunque él probablemente se sepa el contrato de memoria.

—La cláusula 4b.

—Sé leer. ¿Qué se supone que significa esto?

—Es una mera cláusula estándar. Una protección para el caso de que del matrimonio nazcan hijos. Mi abogado insiste en incluirla en todos los acuerdos prematrimoniales, independientemente de las circunstancias. No significa nada.

Lo miro fijamente. Él sostiene mi mirada, con ese rostro que no revela nada y que nunca ha revelado nada.

—De este matrimonio no nacerán hijos, Damon.

—Por supuesto que no. Por eso es una cláusula estándar y no un acuerdo o, mucho menos, una obligación.

Su voz es tranquila. Analítica. Su voz de junta directiva. Sin embargo, hay algo debajo, algo que no logro atrapar pero que me inquieta. Como un tono que se siente más de lo que se oye. Como aquel momento en el pasillo ayer.

Leo el párrafo una última vez. Luego sigo pasando páginas porque quiero terminar. Porque cada minuto que paso de más sentada en esta silla, en este apartamento que huele a madera de cedro y a él, es un minuto en el que corro el riesgo de pensar algo que no debo pensar.

Página ocho. Página nueve. Cláusulas de rescisión. Cláusulas penales. Acuerdo de confidencialidad. Todo formulado meticulosamente, blindado, sin emociones. Tal como se redacta un contrato cuando uno tiene la intención de casarse con una persona a la que no ama. O a la que no se le permite amar. O ambas cosas.

Pongo la última hoja sobre la pila y miro el bolígrafo.

—¿Alguna pregunta? —pregunta Damon.

Mil. Por ejemplo, por qué hace esto realmente. Qué quiere de mí de verdad. Si por las noches duerme tan poco como yo. Si se acuerda del momento de ayer en el pasillo, o si para él no fue más que una nota a pie de página, encajada entre dos resultados trimestrales.

Pero no formulo ninguna.

—No —digo—. Ninguna pregunta.

Cojo el bolígrafo. Es más pesado de lo esperado y se siente frío entre mis dedos. Apoyo la punta en la línea junto a la X y firmo de un trazo, sin vacilar, porque vacilar en este momento sería una debilidad y no puedo permitirme ninguna debilidad. No ante él.

El rascado de la mina sobre el papel suena definitivo. Como una puerta que se cierra y tras la cual ya no hay pomo.

Damon coge el contrato, lo gira hacia él y firma debajo de mi nombre. Su rostro no muestra nada. Ni satisfacción. Ni alivio. Ni un solo gesto que pudiera revelarme qué está pasando tras esa frente.

—Entonces estamos de acuerdo —dice.

Me levanto. Mis piernas vuelven a obedecerme, al menos lo suficiente para poder caminar sin tambalearme. Debería estar aliviada. Las deudas están aseguradas. Leo está protegido. La casa sigue siendo propiedad de la familia. He conseguido todo aquello por lo que he venido.

Pero mientras me dirijo a la puerta y entro en el pasillo, donde no cuelga ningún cuadro y no se oye ningún sonido salvo mis propios

pasos, siento que acabo de echarme encima algo que pesa más que treinta y siete millones. Más que un contrato. Más que doce meses sobre el papel.

Doce meses al lado de un hombre que ya destrozó mi corazón una vez y cuyo apellido llevaré pronto.

—Hasta pronto —digo sin volverme y abandono el apartamento.

Llega el ascensor. Entro. Las puertas se deslizan cerrándose y veo mi reflejo en la superficie de acero pulido. Ojos grises que parecen cansados. Piel pálida. Labios apretados.

Podrás con esto, me digo.

Pero la mujer del espejo no parece convencida.

Capítulo 8

Damon

La boda civil dura once minutos.

Once minutos para un apellido, dos firmas y un momento en el que la jueza del Registro Civil pregunta si queremos besarnos e Ida dice «No» antes de que la mujer pueda terminar la frase. La funcionaria me mira. Me encojo de hombros. Mi novia ha hablado.

Leo está al lado como testigo, con las manos en los bolsillos y la cara tan inexpresiva como una hoja en blanco. Me estrecha la mano como si fuera el cierre de un negocio, y no la boda de su hermana. Lo cual, técnicamente, es cierto. Es el cierre de un negocio. El más caro de mi vida, y eso que ya he cerrado unos cuantos.

Ida lleva un vestido sencillo de color azul oscuro; nada de velo, nada de ramo de flores, nada de expectativas. Eso la tranquiliza. Lo noto

en la forma en que relaja los hombros cuando salimos del edificio. En el pequeño suspiro que suelta cuando la puerta se cierra tras nosotros. Para ella, esto se siente como un contrato firmado y no como un matrimonio, y así es exactamente como debe sentirse.

Ese era el plan.

Y mi plan siempre funciona.

***

Tres días después, en mi cuarto de baño hay un cepillo de dientes que no me pertenece.

Es verde. Verde chillón. Está apoyado en un vaso junto al mío, eléctrico, que es negro y descansa en su base de carga, y parece un cuerpo extraño en un quirófano. Un tarro con alguna crema que huele a lavanda y miel, y un coletero que aterrizó en el borde del lavabo el día que Ida se mudó y que no se ha movido desde entonces.

Antes, mi baño era un sistema. Negro, blanco, acero inoxidable. Cada objeto en su lugar. Ahora parece que alguien hubiera tirado una granada en una tienda de cosméticos y hubiera traído la metralla hasta aquí.

Estoy frente al espejo, con la toalla a la cintura, y me quedo mirando el tarro de la crema de lavanda.

Esto no puede seguir así.

Encuentro a Ida en la cocina. Está sentada sobre la encimera, con las piernas encogidas y una taza de café entre las manos, leyendo algo en el móvil. Descalza. Por supuesto, descalza. En tres días no he visto a esta mujer ni una sola vez con zapatos, al menos no dentro de este piso. Camina sobre mi hormigón visto de color antracita como si fuera césped, y cada vez que oigo el leve sonido de sus plantas desnudas sobre el suelo, una parte de mí sabe que está aquí, y la otra parte no sabe qué hacer con esa información.

—Ida.

Ella levanta la vista. Ojos grises por encima del borde de la taza de café. Despierta, alerta, lista para defenderse. Siempre lista para la defensa.

—Tu cuarto de baño tiene una puerta. Úsala.

Ella arquea las cejas. —¿Qué?

—El baño de invitados. Lo tiene todo. Ducha, lavabo, espejo, estantes. Espacio suficiente para toda tu colección de cosas que huelen a jardín de hierbas aromáticas.

Deja la taza. Despacio. —Te molestan mis cosas.

—Tus cosas están en mi baño.

—Porque tu baño está más cerca de mi habitación que el de invitados. Doce pasos más cerca, para ser exactos. Los he contado.

Por supuesto que los ha contado. —Pues a partir de ahora serán doce pasos más.

Ida salta de la encimera. Sus pies aterrizan sin ruido sobre el hormigón y se acerca dos pasos hacia mí, con la cabeza ligeramente ladeada, como si observara un acertijo que no le interesa demasiado.

—Es una crema, Damon. Una crema y un cepillo de dientes. Tu baño tiene treinta metros cuadrados. Tienes una ducha de efecto lluvia que parece una pequeña cascada y una bañera exenta en la que cabrían cuatro personas. ¿Y te pones así por un cepillo de dientes verde?

—No se trata del cepillo de dientes.

—¿De qué se trata entonces?

De que esta mañana estaba bajo la ducha y olía a lavanda y miel porque su dichosa crema está junto a mi gel. Del hecho de que vi el coletero en el lavabo y supe de inmediato qué aspecto tiene su pelo cuando se lo suelta por la noche. Del hecho de que lleva tres días viviendo en mi piso y siento como si alguien hubiera subido la temperatura diez grados sin que yo logre encontrar el termostato.

Pero no digo nada de eso.

—Se trata del orden —respondo simplemente.

Ida resopla. Es un sonido seco y breve que me indica que no se cree ni una palabra. —Eres increíble.

—Me lo dicen a menudo.

Se da la vuelta, camina por el pasillo y desaparece en el baño. Oigo cómo coge la crema, el cepillo, el coletero. Regresa con los brazos

llenos de sus cosas y pasa por mi lado hacia el baño de invitados, rozándome el hombro.

Solo el hombro. Apenas un contacto. Tela contra tela.

Aun así, quema.

Tenía ganas de que esto empezara. Lo admito. Ida Flint tiene algo que no puedo meter en una fórmula, y las cosas que no puedo meter en fórmulas me fascinan. Pensé que tenerla aquí saciaría mi curiosidad. La cercanía como medio para el desencanto. Ves a alguien cepillándose los dientes, haciendo café, con camisetas gastadas un domingo por la mañana, y el mito se desmorona.

Ha ocurrido lo contrario.

El mito crece con cada día que camina descalza por mi ático, y no tengo ni idea de cómo frenarlo.

***

Día cinco. Discutimos por el lavavajillas.

—Estás metiendo las tazas al revés —le digo.

—Así es como se meten las tazas en un lavavajillas, Damon. Con la abertura hacia abajo. Es pura física.

—En mi lavavajillas, las tazas se ponen boca arriba.

—Entonces no se secan.

—Se secan con el programa de secado.

Ida me mira como si acabara de afirmar que la Tierra es plana. —¿Usas el programa de secado? Eso gasta electricidad.

—Sé lo que gasta. Yo pago la factura de la luz.

—Y yo pago el precio de vivir con un ser humano que pone las tazas boca arriba en el lavavajillas.

Estamos en la cocina, a medio metro el uno del otro, discutiendo sobre la vajilla. Sus mejillas están ligeramente sonrosadas y tiene los brazos cruzados, lo que resalta sus clavículas, lo cual a su vez provoca que yo solo pueda mirar sus clavículas.

—Mi piso, mi lavavajillas, mis normas —sentencio.

—Tu problema. —Ella da la vuelta a las tazas, una por una, despacio y de forma demostrativa, sin romper el contacto visual. Luego cierra el lavavajillas, pulsa el botón de inicio y se marcha.

Me quedo de pie en la cocina preguntándome desde cuándo la vajilla es erótica.

***

Día siete. La llamada de mi departamento de relaciones públicas llega a las nueve de la mañana.

La MediaTech-Gala. Mañana por la noche. Trescientos invitados, prensa, fotógrafos, peces gordos del sector. Mi primera aparición pública desde la boda. Nuestra primera aparición pública.

Cuelgo y voy a la habitación de Ida. La puerta está entornada y, aun así, llamo, porque el contrato me obliga a ello y porque no tengo interés en irme a dormir esta noche con un ojo morado.

—¿Sí?

Abro la puerta. Ida está sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el portátil sobre las rodillas. Levanta la vista y su mirada me dice todo lo que necesito saber: no ha olvidado que este momento llegaría.

—Mañana por la noche —digo—. MediaTech-Gala. Tú y yo. Ante la prensa.

Ella cierra el portátil. —Lo sé. He leído sobre la Gala.

—Entonces sabes lo que significa.

—¿Sonreír, saludar y fingir que no estoy atrapada en un matrimonio de conveniencia con un hombre que pone las tazas boca arriba en el lavavajillas?

A pesar de todo, tengo que reprimir un gesto en la comisura de los labios. —Más o menos.

Ida se levanta. —Necesito un vestido.

—Ya está colgado en tu armario. Desde ayer.

Va hacia el armario y lo abre. Silencio. Luego se da la vuelta y, por primera vez desde que se mudó, veo algo en su rostro que no es

rabia, ni actitud defensiva, ni sarcasmo. Es breve y fugaz, y lo oculta de inmediato, pero lo he visto.

—¿Me has elegido un vestido?

—Mi asistenta te ha elegido un vestido.

—Es negro.

—Siempre vistes de negro cuando estás nerviosa.

Ida se queda callada. Es un silencio distinto al de antes. No es frío, ni defensivo. Es más bien el tipo de silencio que surge cuando alguien se da cuenta de que ha sido observado y no sabe si eso debe resultarle inquietante o reconfortante.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta en voz baja.

Porque te conozco, Ida. Porque ya te conocía cuando éramos adolescentes y te rechacé. Porque sé cosas sobre ti que tú misma has olvidado, y ese es mi problema, no el tuyo.

—Documentación —respondo.

No me cree. Lo veo en su mirada. Pero lo deja pasar.

***

La noche siguiente, ella está en el pasillo. El vestido le queda como si hubiera sido hecho para ella, lo cual probablemente sea así, porque mi asistenta es muy minuciosa. Negro, sencillo, largo hasta

el suelo, con un escote que muestra lo justo para dejarlo todo en el aire.

Ida lleva el pelo recogido. Unos mechones caen sueltos por sus sienes y se ha maquillado, con discreción, solo las pestañas oscuras y algo en los labios que la hace parecer más dulce.

Me quedo parado y necesito un segundo. Quizá dos.

Luego voy a la cómoda del pasillo, abro el cajón superior y saco el estuche de terciopelo que he dejado allí esta mañana. La bisagra hace un clic suave al abrirlo.

El collar reposa sobre el terciopelo oscuro como una serpiente de oro blanco y diamantes. Perteneció a mi madre antes de morir, y es lo único que conservo de ella que no tiene un valor práctico, solo sentimental, y yo soy un hombre que normalmente considera la sentimentalidad una debilidad.

Normalmente.

—¿Qué es eso? —pregunta Ida.

—Perteneció a mi madre.

Sus ojos se agrandan. —Damon, no puedo...

—Puedes y lo harás —me coloco detrás de ella—. Date la vuelta.

Duda, pero se gira. Su nuca queda al descubierto, pálida, con un pequeño lunar justo debajo de la línea del cabello. Le pongo el collar

alrededor del cuello y mis dedos rozan su piel al cerrar el broche. Cálida. Suave. Se le eriza la piel bajo mis yemas.

La suelto. De inmediato. Doy un paso atrás.

Ida se toca el collar y se gira hacia mí. Los diamantes captan la luz y lanzan pequeños destellos sobre sus clavículas.

—Gracias —dice, y la palabra suena como si hubiera tragado cristales.

La miro. Y sé que tengo que decirle algo más, porque el contrato lo exige y porque ella así lo quiso.

—Ida. En la Gala habrá fotógrafos. Prensa. Gente que analizará cada gesto y lo imprimirá mañana en una portada. —Le sostengo la mirada—. Esta noche tendremos que besarnos.

Silencio.

Su mano sigue en el collar. Sus dedos se cierran sobre el metal frío, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

—Tómalo como un aviso —concluyo.

Capítulo 9

Ida

La limusina se detiene y el mundo estalla en un bombardeo de flashes.

Lo veo a través de los cristales tintados. Un pasillo de cámaras alineadas como cañones de fusil; detrás, rostros que no conozco y una alfombra roja tan larga que podría llegar hasta otro barrio de la ciudad. Los latidos de mi corazón se sitúan en algún punto entre la laringe y la mandíbula, y presiono las palmas de las manos contra mis muslos porque la tela del vestido es resbaladiza y mis dedos necesitan algo a lo que aferrarse.

Damon está sentado a mi lado. Tranquilo. Naturalmente tranquilo. Como si cada noche se sumergiera en una tormenta de flashes y ni siquiera se ajustara la corbata al hacerlo.

—¿Lista? —pregunta.

No. Pero me oigo decir: —Sí.

El chófer abre la puerta y Damon baja. Veo su mano antes de ver su rostro. Extendida, abierta, esperando. Sin exigir. Una invitación que finge que tengo elección, aunque ambos sabemos que no es así.

Tomo su mano.

Sus dedos se cierran sobre los míos y me saca suavemente del coche, con control, con la fuerza justa para que aterrice erguida a su lado y no tropiece. Ha practicado esto. O simplemente es así. Probablemente, simplemente sea así.

Las cámaras se disparan. Un staccato de clics y destellos que suena como lluvia sobre un tejado de chapa, solo que más agresivo, y siento cómo mi sonrisa se instala en mi rostro como una máscara que aprieta demasiado.

La mano de Damon se desplaza de mis dedos a mi cintura. Ligera, pero firme. Un ancla.

—No mires hacia abajo —dice en voz baja, sin mover los labios—. Siempre al frente. Camina despacio. Estás en tu elemento.

No es mi primera gala. Normalmente organizo este tipo de eventos. Pero es mi primera gala como esposa al lado de Damon Reed. Y en este papel me siento tan en mi elemento como un pez de colores en una autopista, pero hago lo que él dice porque mi instinto de supervivencia es más fuerte que mi orgullo. Al menos esta noche.

Recorremos la alfombra. Su mano permanece en mi cintura. Sus pasos son lo bastante lentos para que pueda seguirle el ritmo sin correr, y lo bastante rápidos para que no tengamos que detenernos. Me guía entre los fotógrafos como un capitán por un estrecho, y odio que eso me resulte tranquilizador, porque no debería serlo. Nada en este hombre debería resultar tranquilizador.

Dentro es mejor. Luz tenue, lámparas de cristal que parecen como si alguien hubiera fundido un cielo estrellado y lo hubiera colgado del techo. Champán en bandejas de plata. Trescientas personas con ropa que cuesta más que mi salario anual en Flint Enterprises.

Los primeros treinta minutos son un suplicio con zapatos de diseño.

—¡Damon, felicidades por la boda! ¿Y esta es la afortunada?

—Mi mujer. Ida.

No se vuelve más fácil escuchar esa palabra. Cada vez que dice «mi mujer», algo se agita en mi pecho; algo que no sé nombrar y que no quiero nombrar.

El hombre que tenemos enfrente ronda los cincuenta y tantos, tiene el pelo cano y lleva un traje con pañuelo de bolsillo. Toma mi mano y la retiene un segundo de más.

—Damon Reed y una mujer. Nadie lo habría creído posible. ¿Cómo lo ha conseguido? ¿Ha perdido él alguna apuesta?

Se ríe de su propia broma. Damon no se ríe. Su sonrisa se mantiene cortés, pero no llega a sus ojos, y me doy cuenta de que tolera a este hombre porque debe hacerlo, no porque quiera.

Ladeo un poco la cabeza. —Ninguna apuesta. Simplemente lo convencí con mi lógica de lavavajillas.

El hombre parpadea, confuso. Damon vuelve la cabeza hacia mí, de forma casi imperceptible, y veo la comisura de sus labios. Solo una. Pero tiene un tic.

Siguiente invitado. Una mujer de rojo, con diamantes en las orejas que son más grandes que mis perspectivas de futuro.

—Ida Reed. Qué nombre. Casi parece inventado. —Me examina de pies a cabeza y su mirada se detiene en el collar—. Es el collar de Cordelia Reed, ¿verdad?

Cordelia. Su madre. El nombre me pilla desprevenida porque Damon nunca lo ha usado, ni siquiera cuando me puso el collar.

—Sí —digo, y mi mano toca involuntariamente los diamantes.

La mujer sonríe. Es la sonrisa de alguien que acaba de encontrar munición. —Cordelia tenía gusto. En todo menos en los hombres, si tenemos en cuenta a su marido. Esperemos que su hijo haya heredado algo más de ella.

Siento la mano de Damon en mi cintura. Sus dedos se tensan, de forma casi imperceptible, pero lo noto a través de la tela.

—Ha heredado su gusto —digo—. Por eso se casó conmigo.

La mujer abre la boca, la cierra de nuevo y Damon me guía para seguir adelante. Su mano baja un centímetro por mi cintura y su pulgar roza brevemente la tela. Una vez. Apenas un roce. Pero dice: bien hecho.

Y me odio por ello, porque me hace sentir muy bien.

Estamos en la barra cuando llega Víctor.

Lo reconozco antes de que Damon lo presente. Alto, delgado, de unos sesenta años, con el rostro de un hombre que considera la paciencia un arma. Sus ojos son claros, casi incoloros, y cuando me mira, es como si alguien abriera la puerta de un frigorífico.

—Damon. —Víctor le estrecha la mano. Un apretón que dura demasiado. E Ida Flint. ¿O debo decir Reed ahora?

—Reed —dice Damon. Su voz ha cambiado. Más profunda. Más controlada.

Víctor se vuelve hacia mí. Su sonrisa es impecable y, al mismo tiempo, completamente vacía.

—La hija de Arthur Flint. —Toma un sorbo de champán—. Conocí a su padre. Fugazmente. Era un hombre interesante. Siempre un poco demasiado optimista en lo que respectaba a sus socios comerciales. —Hace una pausa—. Se podría decir que confió en las personas equivocadas.

La sangre se me hiela en las venas. No por las palabras. Sino por la forma en que las dice. Con desenfado, como si hablara del tiempo mientras me clava un puñal entre las costillas.

Siento cómo se me tensa la mandíbula y respiro por la nariz. —Mi padre confiaba en las personas que lo merecían. Y siempre acababa descubriéndolo cuando no era así.

Víctor arquea las cejas. —¿De verdad? Entonces parece que ha transmitido ese talento a sus hijos. —Su mirada se desliza hacia Damon y vuelve a mí—. O a uno de ellos.

Es una pulla. Contra Leo, contra mí, contra el matrimonio que Víctor ve a través de él, porque hombres como Víctor lo ven todo. Sabe que esto no es un cuento de hadas. Lo que no sabe es qué clase de historia es en su lugar, y eso es precisamente lo que lo hace peligroso.

Damon deja su copa. —Víctor. Siempre es un placer.

—Lo mismo digo. —Víctor me dedica un asentimiento—. Cuídese, Ida. La gente habla mucho en este tipo de eventos, y no todo se dice con buena intención. —Sonríe—. Aunque imagino que ya estará acostumbrada, siendo una Flint.

Se marcha. Sus pasos no hacen ruido sobre el suelo de mármol y me doy cuenta de que los hombres que no hacen ruido son casi siempre los más peligrosos.

Damon está a mi lado, todavía con la mano en mi cintura, y no dice nada. No necesita decir nada. Lo veo en la línea de su mandíbula, en la vena de su sien que late. Víctor le ha dado donde duele. No profundamente, pero de forma certera.

—Él lo sabe —digo en voz baja.

—Sospecha. No sabe nada. —Damon se gira hacia mí y su mirada es tranquila, pero detrás hay algo que solo finge calma—. A las tres en punto. Dos fotógrafos, un cámara.

Lo entiendo de inmediato.

—¿Ahora? —pregunto.

—Ahora.

Su mano se desliza de mi cintura a mi espalda. Despacio. Con determinación. Me gira hacia él, no bruscamente, sino con fluidez, como una coreografía que ha ideado mientras Víctor aún hablaba. Mi pecho roza el suyo. El collar de su madre está frío contra mi piel, pero en todos los puntos donde él me toca, hay calor.

Su rostro está cerca. Diez centímetros. Cinco. Sus ojos marrones oscuros sostienen los míos y veo algo brillar en ellos que no es actuado; no puede serlo, es demasiado crudo, demasiado abierto, eso no figura en el contrato.

—Para las cámaras —susurra.

Y entonces me besa.

Se supone que es un beso para la prensa. Un momento breve y pulcro, fotografiable, publicable, olvidable. Así figuraba en el plan, y los planes de Damon Reed siempre funcionan.

Pero este no funciona.

Sus labios tocan los míos y algo en mi interior se quiebra sin que lo viera venir. Empieza suave, controlado, tal como él lo controla todo, y entonces pongo la mano en su nuca; no sé por qué, mis dedos lo saben antes que mi cabeza, y él emite un sonido. Bajo, profundo, apenas audible. Un sonido que vibra a través de su pecho y pasa al mío, porque estamos tan juntos que ya no cabe ni la luz entre nosotros.

Me atrae más hacia él. Su mano en mi espalda me presiona contra su cuerpo, no con suavidad, ni con cortesía, ni para las cámaras. Esto ya no es un beso para los fotógrafos. Es un beso que sabe a todos los años que han pasado desde aquel momento en la piscina. Sabe a cepillos de dientes de color verde chillón, a tazas boca abajo y a un rechazo que nunca he olvidado, aunque me juré a mí misma que lo haría.

Cuando se separa, sus ojos están oscuros. Más oscuros que antes. Su respiración es más agitada y su mano todavía descansa en mi espalda.

Me tiemblan las rodillas. Eso es un problema.

Me arden los labios. Eso es un problema aún mayor.

Y Damon Reed me mira como si, por primera vez en su vida, su plan no hubiera funcionado.

Capítulo 10

Damon

Aún noto su sabor.

La limusina avanza a través de la noche e Ida está sentada a mi lado, a medio brazo de distancia, con la mirada fija en la ventanilla, y aún noto su sabor. Sus labios eran suaves y rebeldes al mismo tiempo, ya que al principio no quería ceder y luego terminó haciéndolo. Incluso más que eso. Delante de trescientas personas. Delante de las cámaras. Delante de Victor.

Aprieto los puños sobre mis muslos y clavo la vista en el reposacabezas del asiento del conductor, porque tengo que mirar fijamente cualquier cosa que no sea ella.

Ha sido por las cámaras. Esa es la verdad. Dos fotógrafos y un cámara. Lo he calculado, planeado, ejecutado. Y entonces ella me ha

puesto la mano en la nuca y mi plan ha ardido como papel en una llama viva.

Soy Damon Reed. Yo no pierdo el control.

Pero mi cuerpo tiene ahora mismo una opinión muy distinta a la de mi cabeza, y esa opinión se está presionando de forma muy evidente contra la tela de mi pantalón de traje, y ese es un problema que no se soluciona con fuerza de voluntad, así que cruzo las piernas y doy gracias de que la limusina esté a oscuras.

Ida no dice nada. No ha articulado palabra desde el beso, y su silencio es más ruidoso que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Pienso en la mujer de rojo, la que le ha echado en cara el collar de mi madre, y en cómo ha respondido Ida. Sin vacilar. Sin ruborizarse. «Ha heredado su gusto. Por eso se casó conmigo». Y el hombre del pañuelo de antes. La lógica de lavavajillas. Todavía no sé si es una alusión a nuestra pelea por las tazas o a cualquier otra cosa. Pero ha funcionado, porque lo ha dicho con una naturalidad que no admite réplica.

La he subestimado. No por primera vez.

La limusina se detiene frente al edificio y me bajo antes de que el chófer pueda abrir la puerta. Ida baja por el otro lado. Mejor así. Distancia entre nosotros.

En el ascensor, nos situamos en paredes opuestas. Para llegar al Penthouse son treinta y dos plantas de trayecto. Cada una de ellas se estira como un chicle. Huelo su fragancia. No el perfume que se ha puesto, sino lo que hay debajo. El olor de su piel, cálido y ligeramente parecido a algo que no sé nombrar y que ni siquiera

quiero nombrar, porque poner nombre es el principio de algo que no me puedo permitir.

Las puertas del ascensor se abren.

Por fin.

—Buenas noches —digo, y me dirijo directamente al dormitorio principal. No voy corriendo, pero sí deprisa. Con determinación. La puerta se cierra tras de mí y me apoyo contra ella, exhalando y mirando al techo.

¿Qué ha sido eso?

Conozco los besos. Conozco los besos estratégicos, los besos borrachos, los besos en galas y en yates y en habitaciones de hotel cuyos números he olvidado a la mañana siguiente. Pero este no ha sido de esos. Esto ha sido algo para lo que no tengo carpeta, ni categoría, ni cajón, y odio las cosas que no tienen cajón.

Me ducho con agua fría. No ayuda.

Estoy tumbado en la cama mirando al techo y la oigo a través de la pared. Pasos ligeros en la habitación de invitados, el clic de una puerta, agua corriendo. Está despierta. Por supuesto que está despierta. Quizá esté dando tantas vueltas al beso como yo, o quizá ya lo haya dado por zanjado, y el solo hecho de que para ella signifique menos que para mí me saca de quicio, aunque no debería significar nada en absoluto.

Para las cámaras. Ese era el trato. Entonces, ¿por qué demonios me aferro a ello como si fuera algo real?

***

Los días siguientes son un ejercicio de equilibrismo.

Ida está en la cocina por la mañana cuando me levanto. Bebe su café en una taza que, mientras tanto, ha marcado con un rotulador permanente: «IDA — NO TOCAR» dice en mayúsculas en la base. Normalmente diría algo sugerente sobre las marcas de propiedad en mi piso o sobre que el rotulador en la porcelana es un delito. Pero no digo nada. Cojo mi café, salgo de casa y voy a la oficina, porque la distancia que hay entre nosotros es exactamente la que necesito para no pensar en su boca.

Pero no funciona.

El martes me roza en el pasillo, porque el pasillo es demasiado estrecho para dos personas que quieren evitarse. Probablemente solo porque quiere decirme que le deje sitio. Pero su brazo toca el mío y vuelvo a ver el beso ante mí. Su mano en mi nuca, sus dedos en mi pelo, el sonido que hice.

El miércoles me provoca en el desayuno porque ha cogido mi periódico. Quiero replicar algo, pero entonces se da la vuelta y el pelo le cae sobre el hombro. Veo su cuello y no pienso en el periódico. Pienso en cómo se veía su piel bajo el collar. En cómo sería tocar el lugar donde habían estado los diamantes. Cálido y suave y prohibido.

El jueves la cosa empeora. Sale del cuarto de baño, con el pelo aún mojado, con una camiseta que le queda grande y se le escurre por un hombro, y yo estoy en la cocina con una taza de café en la mano y mi cerebro me ofrece con todo lujo de detalles cómo sería quitarle esa camiseta por la cabeza. Sus clavículas. Sus costillas bajo mis

manos. Sus ojos grises dilatándose. Su voz diciendo mi nombre, pero de forma distinta a la habitual, ni enfadada, ni molesta, sino...

Dejo la taza y me voy.

Mierda. Otra vez imaginando cosas.

Esto tiene que parar. No soy un adolescente con las hormonas descontroladas. Soy Damon Reed, dirijo una empresa que vale más que la mayoría de esta ciudad, y estoy aquí en mi propia cocina teniendo una erección porque una esposa de mentira con el pelo mojado lleva una camiseta. Es patético. Es indigno. Es...

Sigue ahí.

Así que la evito. Trabajo más horas. Como en la oficina. Llego a casa cuando ella ya duerme y por la mañana me he ido antes de que se levante. Es cobarde y es eficaz, al menos mientras no me pregunte por qué huyo de una mujer que pesa cuarenta y cinco kilos menos que yo y cuya arma más peligrosa es una taza de café marcada.

El viernes por la mañana llama Jennings.

Jennings es mi jefe de seguridad. Antiguo servicio de inteligencia militar, un hombre que habla con frases completas y aun así nunca dice más de lo necesario.

—Tenemos un problema —dice.

Me reclino en mi sillón de la oficina y me froto la sien. —¿Qué clase de problema?

—Su empleada del hogar. La Sra. Kovač. Ha sido contactada.

Espero.

—Victor Drais ha utilizado a un intermediario. Se le ha ofrecido a la Sra. Kovač una suma mensual a cambio de información regular sobre su situación de vivienda. Concretamente sobre hábitos de sueño. Camas separadas. Baños individuales. Objetos personales.

Me quedo helado. No de miedo. De rabia.

—¿Desde cuándo?

—Desde el miércoles. La Sra. Kovač ha avisado hoy mismo a mi equipo. No ha filtrado nada.

—¿Seguro?

—Seguro. Es leal. Pero el hecho de que Drais lo intente demuestra que está buscando pruebas activamente.

Cuelgo y me quedo mirando mi escritorio. La veta de la madera, las líneas que se ramifican como árboles de decisión.

Victor. Por supuesto, Victor.

El tío me sonrió a la cara en la Gala y al mismo tiempo estaba comprando a mi asistenta. Ese es su estilo. Nada de batallas abiertas. Nada de ataques frontales. Socava. Se infiltra. Encuentra las grietas y vierte agua en ellas hasta que los cimientos se rompen, y ahora mismo busca la grieta en mi matrimonio, porque un hombre

como Victor sabe que un matrimonio que surge de la noche a la mañana tiene que tener grietas.

Y tiene razón. Nuestro matrimonio tiene una grieta tan ancha como la habitación de invitados en la que Ida duerme cada noche.

Dormitorios separados. Cuartos de baño separados. Ningún objeto personal en mi espacio que parezca de una mujer. Cualquier asistenta, cualquier conserje, cualquier técnico que entre en este piso puede ver en treinta segundos que aquí no hay un matrimonio real.

Tengo que cambiar eso. Hoy mismo.

Devuelvo la llamada a Jennings. —Envíe a alguien al Penthouse. De inmediato. Todos los objetos personales de la Sra. Reed deben trasladarse de la habitación de invitados al dormitorio principal. Ropa, zapatos, cosméticos, todo. Que la habitación de invitados vuelva a su estado original. Ropa de cama neutra, ni rastro de ella.

Pausa al otro lado. —Entendido. ¿Debo informar a la Sra. Reed?

—No —digo—. De eso me encargo yo.

Cuelgo y me reclino.

Ida se va a poner furiosa. Es un hecho, no una suposición. Gritará, tirará cosas, me apuñalará con miradas más afiladas que cualquiera de mis cuchillos de cocina. Me preguntará si he perdido el juicio y, sinceramente, no estoy seguro de si la respuesta es no.

Pero Victor ha sobornado a mi asistenta. Victor busca pruebas. Y Victor no puede encontrar ninguna. No ahora. No mientras la

próxima reunión del consejo de administración esté pendiente. No mientras tenga el poder de quitarme todo por lo que he trabajado.

Ida lo comprenderá. Quizá no de inmediato. Pero lo comprenderá, porque es lista, más lista de lo que aparenta, y porque en la Gala demostró que sabe luchar cuando hace falta.

Y dormirá en mi cama.

No. No así. No como suena. Es por seguridad, por la fachada, por Victor. No es porque lleve una semana entera quedándome despierto cada noche pensando en su boca y en el sonido que hice cuando me puso los dedos en la nuca.

No se trata de eso.

Cojo el teléfono y marco su número.

Responde al tercer tono. —¿Qué?

Encantadora como siempre.

—No llegues tarde hoy a casa. Tenemos que hablar.

Silencio. Luego: —Cuando un hombre dice «tenemos que hablar», suele significar que ha metido la pata.

Cuelgo antes de que pueda terminar la frase y me quedo mirando el teléfono que tengo en la mano.

No tiene ni idea.

Capítulo 11

Ida

Tenemos que hablar.

Tres palabras que en la historia de la humanidad nunca han significado nada bueno. Tres palabras que Damon Reed me ha soltado al oído antes de colgar como quien detona un explosivo y abandona el edificio antes de que vuele por los aires.

Estoy en el despacho de Leos, todavía con el teléfono en la mano, con la mirada fija en la pantalla como si pudiera revelarme qué ha vuelto a tramar ese hombre. Leo está sentado ante el escritorio, con las gafas de lectura en la nariz, y me mira por encima de la montura. Queríamos hablar sobre la desaparición de papá y sobre cómo seguir adelante cuando todo esto termine. Pero eso puede esperar por ahora.

—¿Todo bien?

—Damon —digo, como si eso fuera una explicación completa. Y, de alguna manera, lo es.

Leo asiente despacio, como si acabara de decirle que hace mal tiempo.—¿Qué quiere?

—Hablar.

—¿Sobre qué?

—Si lo supiera, no tendría esta cara.

Leo se echa hacia atrás y se quita las gafas.—Tienes cara de que alguien te ha dicho que vayas al dentista por voluntad propia.

Peor. Al dentista lo conozco. El dentista tiene reglas. Damon Reed no tiene reglas; al menos, ninguna que dure más de una semana.

Me voy a casa antes de tiempo. Y me odio a mí misma por pensar «a casa» cuando me refiero a su ático, pero en este tiempo mi cerebro se ha adaptado como un organismo a un hábitat hostil. Conozco los ruidos. El zumbido del ascensor. El clic de la calefacción por suelo radiante. El olor a madera de cedro y cuero caro que vive en las paredes.

La puerta del ascensor se abre y él está en la cocina. Con las mangas de la camisa remangadas, los antebrazos apoyados en la isla de la cocina, sin corbata. Parece que ha estado librando una guerra todo el día y se acaba de tomar un respiro, no porque la guerra haya terminado, sino porque necesita recargar munición.

—Ha sido rápido —dice.

—Dijiste que no llegara tarde.

Dejo mi bolso sobre el taburete y me quedo de pie al otro lado de la isla de la cocina. Dos metros de granito entre nosotros. Distancia de seguridad.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Hablar? ¿Sobre qué?

Él se yergue, se pasa una mano por la nuca y me mira. Ojos castaños oscuros, serios y tensos; a estas alturas ya conozco esa mirada lo suficiente como para saber que lo que viene ahora no me va a gustar.

—Victor ha sobornado a la señora Kovač.

Tardo un segundo en reaccionar.—¿La asistenta?

—La asistenta. Ha enviado a un intermediario que le ha ofrecido dinero a cambio de información sobre nuestra situación de convivencia. Dormitorios separados. Baños separados. Cualquier cosa que demuestre que nuestro matrimonio no es real.

Siento cómo se me encoge el estómago. No de miedo, sino más bien como un reflejo, como cuando entrecierras los ojos antes de recibir un golpe.—¿Y qué ha dicho ella?

—No ha soltado nada. Es leal.

—Vale. —Exhalo—. Entonces cambias de asistenta. Y al resto del personal que ande por aquí. Al conserje, al tío que limpia las

ventanas, a quien sea. Contratas a gente nueva que Victor no conozca y problema resuelto.

Damon sacude la cabeza. Despacio, como si hubiera sabido perfectamente que diría eso—. Los empleados nuevos son un riesgo mayor. La señora Kovač lleva seis años trabajando para mí. Conozco a su familia, sus antecedentes, sus cuentas bancarias. A la gente nueva no la conoce nadie. Victor puede comprar a los nuevos desde el primer momento, antes de que mi equipo pueda investigarlos.

—Pues investígalos más rápido.

—Ida. —Pronuncia mi nombre como un signo de puntuación—. No se trata de la asistenta. Se trata de lo que ve cualquiera que entre en este piso. Dos dormitorios que se usan. Dos baños con cepillos de dientes. Tus cosas en la habitación de invitados. Eso grita matrimonio falso, y lo sabes.

Lo sé. Solo que no quiero verbalizarlo porque lo que viene después de esa frase es algo que ya veo en mi cabeza como un tren que viene hacia mí.

—¿Qué tienes pensado? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Tus cosas ya están en mi dormitorio.

Silencio.

No un silencio como el del ascensor después de la Gala. No un silencio tenso y eléctrico. Sino un silencio vacío y plano en el que mi cerebro intenta procesar las palabras que acaban de salir de su boca, y fracasa.

—Has dejado que toquen mis cosas.

—Mi jefe de seguridad ha enviado a un equipo.

—Has dejado que personas extrañas toquen mis cosas. Mi ropa. Mi ropa interior. —Mi voz es baja y yo misma noto que, en mi caso, hablar bajo es más peligroso que gritar—. Sin preguntarme.

—Te he llamado.

—Me has dicho que teníamos que hablar. Eso no es preguntar, Damon. Eso es un aviso previo, no un consentimiento.

Él se cruza de brazos.—¿Habrías dicho que sí si te lo hubiera preguntado?

—No.

—Por eso no he preguntado.

Podría coger la placa de granito y estampársela en la cabeza. Podría gritar. Podría coger la taza, mi taza, la única en el mundo que lleva mi nombre, y lanzarla contra la pared. En cambio, me quedo aquí plantada, con las uñas clavadas en las palmas de las manos, intentando recordar por qué acepté este trato.

Leo. Las deudas. Esa es la razón. Y trato de no olvidarlo en este preciso instante.

—¿La habitación de invitados? —pregunto.

—Restablecida. Ropa de cama neutra. Ni rastro.

—¿Y dónde voy a dormir yo exactamente ahora?

No dice nada. No hace falta que diga nada. La respuesta flota en el ambiente como un mueble que ambos intentamos esquivar.

En su cama.

—Yo me quedo con el sofá —digo.

—El sofá está en el salón. La señora Kovač ve el sofá cuando llega por la mañana. Cojines usados. Una manta. Y listo, Victor ya tiene su prueba.

Lo odio. Odio que tenga razón, y odio que lo sepa, y odio su cara, que ahora mismo no parece triunfante, sino cansada y alerta, casi como si se odiara a sí mismo por ello.

—Está bien —digo. La palabra me raspa en la garganta—. Pero hay reglas.

—¿Reglas? —Levanta una ceja.

—Tú te quedas en tu lado. Yo me quedo en el mío. Nada de contacto físico. Nada de hablar después de medianoche. Y si roncas, por la mañana estás muerto.

La comisura de sus labios se contrae. Casi una sonrisa, pero la reprime a tiempo.—Yo no ronco.

—Eso dicen todos los hombres que roncan.

Me doy la vuelta y entro en su dormitorio, porque al parecer ahora también es el mío. En el lado izquierdo del vestidor cuelgan ahora mis vestidos junto a sus camisas. Mis zapatillas están al lado de sus zapatos de cuero. En el baño, mi cepillo de dientes está en un soporte junto al suyo, como si fuera lo más normal del mundo.

Dos cepillos de dientes en un vaso. Como una pareja de verdad.

No somos una pareja de verdad. Somos dos personas que han firmado un contrato y ahora compartimos cama porque un viejo con demasiado poder y poca decencia ha sobornado a nuestra asistenta. Eso es todo.

Me lo repito tres veces en la cabeza, pero no sirve de nada.

A las diez de la noche estoy en el baño, lavándome los dientes mientras me miro al espejo y me pregunto qué demonios voy a ponerme. Normalmente duermo con una camiseta vieja y pantalones cortos. Pero normalmente no hay ningún Damon Reed durmiendo en la misma habitación, y mucho menos en la misma cama. No tengo ningún pijama de seda. No tengo nada que sea adecuado para la situación de «estar tumbada en una cama con un hombre al que no soportas y al que, a pesar de todo, quieres besar», porque para esa situación probablemente no existan recomendaciones de vestuario.

Me pongo la camiseta y los pantalones cortos porque no tengo otra cosa y porque me da igual lo que piense.

No me da igual. Pero él no tiene por qué saberlo.

Abro la puerta del baño. Él ya está en la cama. En su lado. A la derecha. Manta hasta la cintura, torso al aire, y maldigo a este hombre porque nadie tiene derecho a verse así cuando simplemente

está tumbado. La línea de sus hombros en la penumbra. Las sombras en su pecho. La mano apoyada relajadamente sobre su abdomen.

Voy hacia la cama y cojo los cojines que están colocados decorativamente en el centro. Tres. Los apilo formando un muro, una barricada ordenada e infranqueable de algodón egipcio y relleno de plumón que separa limpiamente su lado del mío.

Él gira la cabeza y ve la hilera de cojines.

—¿En serio?

—Frontera —digo—. Tu lado. Mi lado. Si la cruzas, te rompo la nariz.

—Qué romántica eres.

—Soy práctica.

Me tumbo, me subo la manta hasta la barbilla y me quedo rígida como una tabla. A mi lado, tras el muro de almohadas, lo oigo respirar. Tranquilo, acompasado. Quiero que todo esto no me afecte, pero me afecta. El calor que emana de su lado. Su olor en las almohadas, a madera de cedro y algo más oscuro, más cálido. Giro la cabeza hacia el techo, cierro los ojos e intento pensar en algo aburrido. Declaraciones de la renta. Planes de pensiones. La tabla periódica.

No funciona.

Pasan los minutos. Quizá diez, quizá treinta. La habitación está a oscuras, salvo por la estrecha franja de luz de la ciudad que se filtra

por las cortinas. No puedo dormir. Él tampoco, lo noto por su respiración, por la forma en que se gira una o dos veces.

—Estás despierto —digo en voz baja.

—Tú también.

Silencio. Luego, porque la oscuridad hace que de alguna manera sea más fácil decir cosas que no dirías con luz:

—¿Siempre has sido así?

—¿Así cómo? —pregunta.

—Tan controlado. Tan calculador. Cada movimiento estudiado, cada palabra sopesada. ¿De niño ya eras así?

Silencio. Lo suficiente como para que piense que no va a responder. Luego, en voz baja: —No.

Espero.

—Mi padre me enseñó a serlo. No directamente. Más bien con su ejemplo. Levantó MediaTech y por el camino perdió todo lo que no figura en un balance de resultados. Mi madre se marchó cuando yo tenía catorce años. No porque él la tratara mal, sino porque se olvidó de ella. Simplemente se olvidó. Como una cita que no está en el calendario.

Las palabras quedan suspendidas en la oscuridad como el humo. Siento que aquí se está abriendo algo que él normalmente mantiene

bajo llave, y contengo la respiración porque temo que cualquier ruido le haga volver a cerrarse.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Siempre has sido tan cabezota?

Suelto una risita, pero no suena alegre—. Cabezota es mi versión amable.

—¿Cuál es la versión antipática?

—Incorregible. Rebelde. Una decepción. —Lo digo a la ligera, como si fuera un chiste, pero las palabras me saben amargas—. Mi padre siempre quiso que fuera como Leo. Tranquila, sensata, estratégica. Y yo era todo lo contrario. Demasiado ruidosa. Demasiado directa. Demasiado de todo lo que él no quería.

—Me resulta familiar —dice Damon, y su voz suena tan cerca y tan baja que casi olvido que entre nosotros hay una barricada de cojines.

—A los quince dejé de intentar complacerlo —digo—. Me dije que, si de todos modos nunca iba a ser lo bastante buena, lo mejor era ser yo misma. Eso lo hizo todo más fácil.

—¿De verdad?

La pregunta me pilla desprevenida. No por el contenido, sino por la forma en que la hace. Sin ironía, sin segundas intenciones, simplemente una pregunta que busca una respuesta sincera.

—No —respondo—. Pero se sentía mejor que estar mendigando afecto.

Él calla. Lo oigo respirar, siento que el colchón se mueve ligeramente cuando se gira de lado. Hacia el muro de almohadas. Hacia mí.

—Buenas noches, Ida —dice. Y mi nombre en su boca suena distinto a lo habitual. No como una orden o una advertencia. Como algo que toca con cuidado.

—Buenas noches, Damon.

Me pongo de lado, dándole la espalda, y cierro los ojos. Su olor está por todas partes. En las almohadas, en la ropa de cama, en el aire. Estoy en su cama, en su habitación, rodeada de su calor, y mi corazón late demasiado rápido para alguien que quiere quedarse dormida de inmediato.

En algún momento, me duermo.

***

La luz me despierta.

Por la mañana, temprano, con ese gris pálido que se filtra por las cortinas. Parpadeo. Mi primer pensamiento es que la almohada bajo mi mejilla huele distinto a la mía. Más cálida. Más profunda.

Mi segundo pensamiento es que no es una almohada.

Mi tercer pensamiento tarda más en llegar porque mi cerebro tiene que procesar la información que le envía mi cuerpo. No estoy en mi lado. Estoy medio encima del suyo. Mi cabeza sobre su pecho, mi brazo sobre su abdomen, mi pierna entre las suyas, y el muro de

almohadas ya no existe; los cojines están esparcidos a los pies de la cama como los escombros de una línea de defensa fallida.

Y su mano está sobre mi muslo. No de forma relajada o casual. De forma posesiva, con los dedos ligeramente abiertos, dándome calor a través de la fina tela de mis pantalones cortos, como si hubiera estado ahí toda la noche y como si ese fuera su sitio.

Oigo su corazón bajo mi oreja. Tranquilo, acompasado, dormido.

Debería moverme. De inmediato. Ya.

Capítulo 12

Damon

Me despierto antes que ella.

Tal vez hace una hora, tal vez diez minutos; no lo sé porque en algún momento he dejado de medir el tiempo. Tiene la cabeza apoyada en mi pecho. Su pierna entre las mías. El muro de almohadas, esa ridícula y maravillosa barricada, yace desparramada a los pies de la cama. Ha fracasado.

Tengo la mano sobre su muslo. En un gesto posesivo, con los dedos ligeramente abiertos sobre la fina tela de sus pantalones cortos. No la he puesto ahí a conciencia, pero mi cuerpo ha tomado decisiones durante la noche que mi mente jamás habría autorizado estando despierto.

Y luego está su mano.

Sé que en algún momento tuvo el brazo sobre mi vientre, pero mientras dormía se ha ido desplazando hacia abajo, y ahora tiene la mano sobre mi muslo. Sus dedos están calientes y un poco curvados, y están tan cerca de mi polla que cada respiración, cada pequeño movimiento de su cuerpo dormido, la empuja un poco más. Un milímetro. Luego otro.

Tengo la mandíbula tan apretada que me crujen los dientes.

Se mueve. Un suspiro entre sueños, un giro de la muñeca, y sus dedos rozan la fina tela de mis calzoncillos; es un toque ligero, absorto en sus sueños, y todo mi cuerpo reacciona antes de que mi razón tenga siquiera la oportunidad de objetar. El calor me recorre las venas, ardiente e inmediato, y siento cómo todo en mi interior se tensa, cómo se me entrecorta la respiración, cómo me late el pulso en las sienes.

No te muevas. No respires. No pienses en cómo se sienten sus dedos, en lo cerca que está, en la poca tela que hay entre su mano y yo.

Vuelve a suspirar. Sus dedos se contraen, se deslizan un poco más arriba y, esta vez, no es solo un roce; esta vez apoya la palma de la mano de plano contra la cara interna de mi muslo. Está cálida, pesa y es totalmente ajena a lo que ocurre, mientras yo clavo la vista en el techo y pienso en los resultados trimestrales. En los balances. En la cara de Victor Drais, algo que normalmente aniquila cualquier forma de excitación en cuestión de segundos, pero que hoy no funciona; hoy nada funciona cuando esta mujer me toca en sueños como si yo le perteneciera.

Tengo una erección. Es obvia y evidente. Si se despierta ahora, si mueve la mano aunque sea un par de centímetros más, no habrá explicación en este planeta que me salve de esta.

Se mueve otra vez. No la mano, esta vez es todo el cuerpo, un estiramiento, el aleteo de las pestañas, y percibo el momento exacto en que recupera la consciencia porque todos sus músculos se tensan. De golpe. Todo a la vez.

Cierro los ojos. No porque sea un cobarde, sino porque quiero darle una vía de escape que no tendría si supiera que estoy despierto. Y porque quiero ahorrarle esto, ese segundo en el que comprenda dónde tiene la mano y qué es lo que puede sentir ahí.

Se queda quieta. Tres segundos. Cinco. Sus dedos no se mueven, pero noto cómo cambia su respiración, se vuelve más rápida, más superficial, y sé que se ha dado cuenta. Tiene que haberse dado cuenta.

Entonces se aparta. Despacio. Con cuidado. Como si se estuviera retirando de un campo de minas. Primero la mano, luego la pierna, después el resto del cuerpo, y siento cómo desaparece el calor, cómo se eleva el colchón, cómo el aire entre nosotros se vuelve frío.

La puerta del baño se cierra. Con suavidad. Bajo control. Y el momento termina.

Abro los ojos y me quedo mirando al techo. El corazón me late con tanta fuerza que estoy seguro de que ella puede oírlo a través de la puerta del baño. Tengo la mano puesta en el lugar donde ella estaba hace un instante. Las sábanas están calientes. Soy un hombre que dirige sus negocios con dureza y sin concesiones, que no se amedrenta ante nada. Pero ahora mismo estoy tumbado en mi propia cama con una erección que no desaparece, intentando convencerme de que esto no significa nada. De que la culpa es del sueño. De que, al dormir, el cuerpo hace cosas que no tienen nada que ver con la mente despierta.

No me gusta mentirme a mí mismo. Y, si soy sincero, he dormido mejor que en años.

Ese es el problema.

***

Tres días después, estoy sentado en la sala de conferencias de la planta cuarenta y seis, escuchando cómo Jackson, del consejo de administración, lee los resultados trimestrales. Fuera, Nueva York yace bajo una capa de nubes que parece algodón sucio. Dentro, huele a café, a cuero y al aftershave de Victor Drais, que está sentado al otro extremo de la mesa y me mira como si esperara que cometiera un error.

Sigue esperando, Victor. Hoy no va a ser el día.

Los números son buenos. No buenos en plan «aceptables», sino buenos en plan «nadie en esta sala puede rechistar». MediaTech ha ganado un tres por ciento de cuota de mercado en el último trimestre, la expansión al sudeste asiático va según lo previsto y la reestructuración interna, que Victor calificó el año pasado de «arriesgada y precipitada», está dando exactamente los resultados que predije.

Jackson cierra su carpeta. —Con esto pasamos a los temas generales. ¿Alguien tiene algo?

Margaret Liu levanta la mano. Setenta años, gafas de montura de acero, voz como papel de lija. Lleva quince años en el consejo de administración y solo la he visto sonreír dos veces; en ambas ocasiones fue porque alguien acababa de quedar mal. —Me gustaría mencionar algo que no tiene que ver con los números.

Victor levanta la cabeza. Margaret, que no está de su lado pero tampoco del mío, es un factor de incertidumbre que él no sabe cómo manejar. Exactamente igual que yo.

—La Gala de la semana pasada —dice Margaret, recolocándose las gafas—. Rara vez he visto a un miembro de la familia Reed causar tal impresión. Su esposa, Damon, hizo más por la imagen de esta empresa en una noche que nuestro departamento de relaciones públicas en todo el año.

Silencio. No del tipo incómodo, sino del tipo sorprendido.

—Estoy de acuerdo —dice Bernstein—. Es nuevo, tiene casi sesenta años, es un banquero de inversión retirado que cierra tratos tres veces al año en campos de golf que ni siquiera él mismo entiende. La prensa estaba encantada. Forbes le dedicó un párrafo en el contexto de la gestión empresarial. Liderazgo joven, moderno, aire fresco y todo eso. Eso no se puede comprar.

La mandíbula de Victor se tensa. Es un movimiento mínimo, pero lo noto. Está masticando algo que no le gusta, y disfruto del espectáculo más de lo que debería.

—Gracias —respondo—. A Ida le alegrará saberlo.

Margaret me observa con detenimiento. —Tráigala a la cena benéfica del sábado. La de la Portobello-Stiftung. Podría recitar el protocolo de las mesas incluso estando ciega, será tan aburrido como todos los años, pero con su esposa en la mesa al menos será llevadero.

Y ahí está el momento del que llevo huyendo tres días.

Desde el beso con Ida, que no se me va de la cabeza aunque se suponía que solo era un beso fingido.

No puedo volver a besarla. No porque esté mal, sino porque se siente bien, y en esta ecuación, lo que se siente «bien» es lo más peligroso que puede ocurrir.

—Lamentablemente no podrá ser —digo, y mi voz suena tan compungida que casi me lo creo hasta yo—. Estaré con un cliente el fin de semana. Harrison Grant, al norte del estado. Está negociando una licencia exclusiva sobre los derechos de streaming en Norteamérica y ha insistido en una reunión personal.

Jackson frunce el ceño. —¿Grant? ¿El que vive en las montañas de Adirondacks?

—Ese mismo —asiento—. Le da mucha importancia a las formas. A la impresión general. Por eso me llevo a Ida conmigo.

Victor se inclina hacia delante. —Envíe a alguien del departamento jurídico. Para eso están los abogados.

—Grant no quiere abogados, Victor. Grant quiere hablar con personas, no con párrafos legales. Y quiere saber con quién está haciendo negocios. Eso incluye el entorno personal.

Victor me mira fijamente, durante un largo rato, analizando mis palabras y buscando fisuras. Pero la historia es sólida. La he construido como un contrato, con cada cláusula blindada y cada detalle verificable. Harrison Grant existe. Las negociaciones de la licencia existen. Lo único que no existe es la urgencia de reunirse con él precisamente este fin de semana.

—Entonces, mucho éxito —dice Margaret con sequedad—. Y salude a su esposa.

***

Ida se toma la noticia mejor de lo que esperaba. Lo cual significa que no dice «no» de inmediato, sino que se me queda mirando durante treinta segundos como si le hubiera propuesto saltar juntos por un acantilado. Al menos volvemos a hablar y no nos evitamos como en los últimos días, porque ambos sabemos cómo nos despertamos hace tres mañanas. Y también las noches siguientes. Como si nuestros cuerpos se atrajeran mágicamente al oscurecer.

Estamos en la cocina. Es de noche. Ella ha cocinado un plato de pasta que huele a ajo y mantequilla y que sabe mejor que cualquier cosa que mi chef privado haya preparado jamás, aunque nunca se lo confesaré.

—Los Adirondacks —repite—. En enero.

—Es un complejo vacacional. Tiene calefacción. Con paredes, tejado y todo lo demás.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos noches. De viernes a domingo.

Hace girar el tenedor en los espaguetis. —Y tienes que llevarme porque ese tal Grant le da importancia a la imagen pública.

—Exacto.

—¿Habitaciones separadas?

—Una habitación —lo digo rápido, como quien arranca una tirita—. En el complejo nos conocen como matrimonio. Una segunda habitación resultaría sospechosa.

El tenedor se detiene. —¿Estás reservando una sola habitación a propósito?

—Estoy reservando la realidad que estamos vendiendo.

Sus ojos son grises y están muy despiertos; veo en ellos algo que no es enfado, sino más bien un cálculo, como si estuviera sopesando costes y beneficios y llegara a una conclusión que no le gusta, pero que acepta.

—¿Al menos hay un sofá?

—Una chimenea, una bañera exenta y un balcón con vistas a la montaña.

—Esa no era la pregunta.

—Sí. Hay un sofá.

Toma un bocado. Mastica. Traga. —Está bien. Pero yo me haré mi propia maleta.

Volamos el viernes al mediodía. Un jet privado hasta Saranac Lake, noventa minutos sobrevolando un paisaje que cada vez se vuelve más blanco a medida que avanzamos hacia el norte. Ida está sentada junto a la ventanilla con un libro en el regazo que no lee. Yo

estoy sentado enfrente con borradores de contratos que no veo, porque la observo mientras ella mira las nubes y se muerde el labio inferior con aire ausente.

Es una costumbre suya. Lo hace cuando reflexiona. O cuando está nerviosa. O cuando finge no estar ni lo uno ni lo otro.

El coche nos recoge en el aeropuerto. Un SUV negro, tracción a las cuatro ruedas, cadenas en los neumáticos. El conductor se llama Tom y habla sobre el tiempo como suele hablar sobre el tiempo la gente de las montañas: como si fuera un enemigo personal contra el que se lucha a diario.

—Esta noche entra tormenta —dice, señalando un cielo que parece de plomo—. Una gorda. La radio dice que caerán entre treinta y cuarenta centímetros. Quizás más.

—Parece acogedor —dice Ida desde el asiento trasero.

—A mí me suena a quedarse resguardado —dice Tom. Se ríe como si hubiera contado un chiste. Quizás así sea.

***

El complejo está a una hora del aeropuerto, al final de una carretera que serpentea por el bosque como una culebra que hubiera olvidado el camino más corto hacia su destino. Cedar Ridge Lodge. No es un hotel. Es un lodge, seis habitaciones, madera y piedra, integrado en la ladera como algo que hubiera crecido allí en lugar de haber sido construido.

La mujer de la recepción sonríe al ver nuestros nombres. —¿Señor y señora Reed? La Mountain Suite está lista. La cena es a las siete, por si gustan.

Señora Reed. Ida, a mi lado, no altera el gesto, pero noto cómo se le tensa el hombro junto al mío. Solo un poco. Durante un segundo.

La habitación es grande. Techos altos, vigas de madera, un ventanal panorámico tras el cual el bosque se desvanece en el crepúsculo. La chimenea está encendida, el fuego chisporrotea y la cama es lo bastante ancha para cuatro personas, lo que no soluciona el problema, sino que solo lo agrava.

El sofá está junto a la ventana. Es pequeño. Definitivamente demasiado corto para mí, algo que Ida registra con una sola mirada y confirma con una sonrisa que dice: «Es tu problema».

Mi problema. Cierto.

***

Me reúno con Harrison Grant para cenar. Ida me acompaña y hace lo mismo que hizo en la Gala, solo que de forma más sutil. Escucha. Hace preguntas que Grant no se espera sobre su modelo de streaming, sobre la estructura de las licencias, sobre cosas de las que obviamente se ha informado en los dos días que han pasado desde que le hablé del viaje. Grant está entusiasmado. Habla con ella más que conmigo y, cuando nos levantamos tras el postre, le estrecha la mano a ella primero.

—Su esposa —me dice cuando ella se dirige a la barra— es la persona más inteligente de esta mesa. Y eso le incluye a usted.

Tiene razón. Y ese es el problema que crece y crece noche tras noche, conversación tras conversación. No es la mujer con la que me casé para cerrar un trato. Es la mujer que investiga un contrato de streaming en dos días porque no quiere presentarse en ningún sitio sin estar preparada. La que cocina pasta en mi cocina que sabe mejor que un menú de tres estrellas. La que se pega a mí cuando duerme, cuyo pelo huele a vainilla y cuya mano me hace cosas de las que no tiene ni idea y que yo no puedo olvidar.

Control. Necesito tener el control. Y ella me lo arrebata sin pretenderlo, y eso lo hace peor.

Volvemos a la habitación. Se ha levantado viento y arremete contra los cristales con una fuerza que confirma que Tom tenía razón. Una tormenta de las grandes. Ida está de pie junto al ventanal contemplando el exterior, donde la nieve ya no cae, sino que vuela en horizontal, formando franjas blancas contra el cielo negro.

—Esto no tiene buena pinta —dice.

Me vibra el teléfono. Es Jennings.

Carretera bloqueada. Aeropuerto cerrado hasta el lunes como mínimo. Sin cobertura móvil a partir de medianoche, es probable que las torres estén sobrecargadas. Conexión por satélite inestable. Te mantendré informado en cuanto vuelva la señal.

Leo el mensaje dos veces. Luego levanto la vista. Ida se ha dado la vuelta y me mira; algo en mi expresión debe de haberle revelado lo que acabo de leer.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Temporal de nieve —respondo—. Carreteras cortadas, aeropuerto cerrado. Sin señal a partir de medianoche. Estamos atrapados.

Parpadea una vez. Dos veces. Luego vuelve a girarse hacia la ventana, donde la tormenta ahora aúlla, un rugido profundo y persistente que se filtra por las paredes.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta el lunes por lo menos.

La chimenea chisporrotea. El viento choca contra el cristal. E Ida permanece junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando hacia la tormenta que acaba de aislarnos de todo. De Nueva York, de MediaTech, de Victor, del mundo que sigue girando ahí fuera mientras nosotros nos quedamos aquí dentro.

Solo nosotros dos. Una habitación. Una chimenea. Y ningún lugar al que ninguno de los dos pueda huir.

Sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo del cristal de la ventana. Grises, atentos, y con algo en su interior que parece una pregunta que ninguno de los dos quiere formular.

He planeado este fin de semana para evitar un beso. Y ahora estoy aquí, bloqueado por la nieve en las montañas, comprendiendo poco a poco que el universo tiene un sentido del humor que no me hace ninguna gracia.

Capítulo 13

Ida

La tormenta suena como si alguien hubiera metido la Lodge en una bola de nieve y estuviera agitándola. No es el suave goteo de las películas navideñas, sino el zarandeo furioso de un niño que no se sale con la suya.

Sigo de pie junto a la ventana. Detrás de mí chisporrotea la chimenea. Detrás de mí está Damon Reed. Y entre nosotros hay un silencio que pesa más que cualquier cosa que la tormenta lance contra los cristales.

Al menos hasta el lunes.

Tres noches. En esta habitación. Con este hombre. Con esta cama, que es lo bastante ancha para cuatro y que, aun así, resulta demasiado pequeña para los dos, porque el problema nunca ha sido

el espacio, sino lo que sucede en la oscuridad cuando dejamos de luchar el uno contra el otro.

—Necesito una copa —digo.

Damon Reed se mueve. Lo oigo: el crujir de las tablas, y luego el tintineo del cristal; cuando me doy la vuelta, está en el mueble bar alzando una botella de whisky. Ninguna etiqueta que yo conozca, pero la botella parece costar más que mi primer coche.

—¿Solo o con hielo?

—Solo.

Sirve. Dos vasos, ambos generosos. Cuando me tiende el mío, nuestros dedos se rozan. Odio que me llame la atención. Odio todavía más que él también se dé cuenta, porque su mano permanece ahí un segundo de más.

Bebo. El whisky quema, cálido y ahumado hasta llegar a mi estómago. —Así que —digo—. Atrapados. Sin cobertura. Sin escapatoria. Parece el principio de una mala película.

—O de una buena.

—En las buenas películas siempre muere alguien.

—Entonces intenta pasar desapercibida.

Suelto un bufido. Casi una risa. Él lo nota y algo cambia en su rostro, una suavidad que relampaguea tan brevemente que no estoy segura de si me la he inventado.

Nos sentamos. No en la cama, Dios me libre, sino en el suelo ante la chimenea, porque el sofá es demasiado pequeño, la cama demasiado peligrosa y el suelo es el único lugar de la habitación que parece lo bastante neutro. Me apoyo de espaldas contra el sillón. Él se sienta frente a mí, con una pierna flexionada, el brazo sobre la rodilla y el vaso en la mano. El fuego proyecta sombras en su rostro y parece alguien que está tomando una decisión.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo.

—Vas a preguntar de todas formas.

Cierto. —¿Por qué me odias?

Él arquea las cejas. Mínimamente, pero lo veo porque lo estoy mirando fijamente y porque el whisky me hace más valiente de lo que sería sin él. —Hablo en serio. Aquella vez en la piscina me rechazaste como si te hubiera ofrecido una enfermedad contagiosa. Cada vez que entro en una habitación, te pones rígido como una tabla. Y ahora estamos aquí sentados, casados, y no tengo ni idea de qué va todo esto.

Él gira el vaso. Despacio. El fuego se refleja en el whisky, pequeños puntos dorados que se mueven como algo vivo. Luego bebe, y veo cómo se mueve su nuez, y pienso: respóndeme. Miénteme si quieres, pero di algo.

—Nunca te he odiado —dice.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Ida. —Me mira. Directamente, sin su habitual armadura de ironía y control, y sus ojos se ven oscuros bajo el resplandor del fuego, casi

negros—. Nunca te he odiado. Ni un segundo.

Siento un vuelco en el estómago, como si estuviera cayendo. —Entonces explícame lo de la piscina. Porque se sintió exactamente así.

Él deja el vaso. Se pasa la mano por la mandíbula, ese gesto que hace cuando busca palabras que normalmente no necesita, porque en las salas de juntas nunca tiene que buscar las palabras. —Tenías dieciséis años.

—Dieciséis.

—Los tenías. Y yo diecinueve. Y estabas ahí delante de mí con aquel bikini, y me mirabas como si fuera la única persona en el mundo, y todo lo que yo quería era… —Se interrumpe. Aprieta los labios—. Eras una adolescente, Ida.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Pesadas, calientes y diferentes a cualquier cosa que hubiera esperado.

—Me rechazaste porque era menor de edad —digo despacio.

—Porque tenías dieciséis años y yo no merecía ni siquiera tocarte. Y porque le hice una promesa a Leo y porque en realidad pensaba que… —se detiene.

—¿Qué pensabas en realidad?

Me mira. La respuesta está en sus ojos, tan clara como si la hubiera escrito allí, y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo por encima de la tormenta.

—Que eras demasiado buena para mí —dice en voz baja—. Entonces. Y ahora.

Dejo mi vaso. Me tiemblan las manos; no mucho, pero lo suficiente para que yo lo note, y no quiero que él lo vea. Pero probablemente lo esté viendo de todos modos, porque Damon Reed lo ve todo, siempre, excepto las cosas que tiene justo delante.

—Eres un idiota —digo.

—Probablemente.

—Podrías haberlo dicho. En algún momento de los últimos diez años podrías haberme dicho que no me odiabas, en lugar de dejarme creer que yo era…

—¿Qué? ¿Qué habrías creído? —pregunta él.

—Que significaba algo para ti. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Desnudas, honestas y tan vulnerables que me encantaría levantarme y encerrarme en el cuarto de baño, pero mis piernas no me obedecen porque él me está mirando, me mira como nunca lo ha hecho, sin muros, sin estrategia, sin esa maldita coraza que lleva a todas partes como una segunda piel.

Él se mueve. Ni rápido ni despacio. Deja su vaso, se inclina hacia delante y su mano se posa en mi cuello, cálida y firme, con los dedos en mi nuca; me atrae hacia sí y yo me dejo llevar, porque estoy cansada de luchar contra algo que es más grande que nosotros dos.

Su boca sobre la mía. Sin control, sin escenificar. Esto es rudo y hambriento, y sabe a whisky y a algo que ha estado esperando bajo

la superficie, semanas enteras, desde la primera noche en su cama, desde la mañana en que me desperté con la mano en su muslo sabiendo lo que había sentido allí.

Le agarro la camisa. Lo acerco más, aunque ya no es posible estarlo, y su otra mano está en mi cadera, deslizándose bajo mi jersey. Siento sus dedos sobre mi piel desnuda. Respiro contra su boca porque he olvidado cómo se hace.

—Ida. —Mi nombre en su boca suena como algo roto que intenta recomponer.

—Cállate —digo, y vuelvo a besarlo.

No conseguimos llegar a la cama. No de inmediato. Sus manos están bajo mi jersey. Me lo quita por la cabeza y el aire frío golpea mi piel durante un solo segundo antes de que su boca se pose en mi cuello, caliente y exigente, dientes y labios y la vibración de su aliento contra mi piel.

Le desabrocho la camisa. Botón tras botón, con los dedos temblorosos. En el tercer botón pierdo la paciencia y tiro; uno de los botones salta y rueda por el suelo de madera. Damon se ríe contra mi cuello, una risa baja y ronca que oigo por primera vez y que hace que me tiemblen las rodillas.

—Era una camisa de ochocientos dólares —murmura.

—Envíame la factura.

Su camisa cae. Mis manos están sobre su pecho. Está caliente, musculoso y real, increíblemente real bajo mis dedos, y siento su

pulso, rápido y fuerte. Está tan nervioso como yo, solo que él lo oculta mejor.

Me levanta. Así de fácil, como si no pesara nada. Con sus manos bajo mis muslos, enredo mis piernas alrededor de él y mis brazos en su cuello, y lo beso mientras nos lleva a la cama. Mi espalda golpea el colchón. Él se sitúa sobre mí, apoyando el peso en sus antebrazos, y me mira con esos ojos castaños que parecen negros a la luz del fuego; hay una pregunta en ellos, una última puerta que me deja abierta.

Lo atraigo hacia mí. Esa es mi respuesta.

Su boca recorre mi cuerpo. De mi cuello a la clavícula, al hueco entre mis pechos donde empieza el sujetador; sus dedos abren el cierre como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, algo que probablemente sea cierto, pero no quiero pensar en eso ahora. Su boca está en mi pecho. Caliente, lento, su lengua en mi pezón, y yo clavo los dedos en su pelo y emito un sonido que no puedo controlar y que normalmente jamás haría. Pero normalmente tampoco tengo a Damon Reed encima de mí.

Poco después, sus manos están en mis caderas. Me baja los vaqueros junto con las bragas. Luego sus manos pasan a mis muslos. Me separa las piernas y me mira, y su mirada por sí sola basta para quitarme el aliento.

—Damon. —Mi voz no parece la mía.

Él se inclina y besa la parte interna de mi muslo, despacio, de forma desesperadamente lenta, y siento su aliento allí donde más lo deseo, caliente y cerca, y finalmente su boca llega a su destino y besa mi sexo. Su lengua hace que mi espalda se arquee sobre la cama como un arco.

Se toma su tiempo. Por supuesto que lo hace, porque Damon Reed hace todo con la misma precisión minuciosa con la que desmenuza contratos y absorbe empresas. Su lengua describe círculos, lento, luego más rápido, luego otra vez lento, y sus manos sujetan mis caderas con firmeza porque mi cuerpo se mueve sin que yo se lo ordene; me agarro a las sábanas y pienso: así que es esto. Esto es lo que me faltaba. No esto en concreto, sino alguien que me toque como si significara algo.

Me introduce dos dedos. Despacio. Los curva. Encuentra un punto que hace que mi cabeza se eche hacia atrás y me arranca un sonido que en otro contexto resultaría embarazoso, pero aquí, en esta habitación, con la tormenta fuera y el fuego dentro y sus labios sobre mí, nada es vergonzoso. Nada está mal.

Llego al orgasmo con su nombre en los labios. Todo mi cuerpo se contrae y se relaja de nuevo, oleada tras oleada, y él se queda, su boca se queda, sus dedos se quedan hasta que dejo de temblar.

Entonces sube. Se limpia la boca. Y la forma en que me mira, posesiva y dulce al mismo tiempo, hace que extienda las manos y lo atraiga hacia mí.

Siento mi propio sabor en sus labios. Debería molestarme. No lo hace.

—Quítate los pantalones —digo.

Obedece. Y lo veo, entero, a la luz del fuego, y se me seca la boca. Está duro, es obvio, resulta imposible no verlo, y el pensamiento de la mañana de hace tres días, con mi mano sobre su muslo, cruza mi mente y me enciende las mejillas.

Se sitúa sobre mí. Con el peso sobre un brazo y la otra mano en mi cadera, se coloca y me mira, formulando esa última pregunta. No digo nada, sino que alzo las caderas y tomo la decisión por él.

Entonces se desliza dentro de mí. Despacio. Centímetro a centímetro. Es grande, demasiado para el primer momento, y exhalo el aire apoyando la frente en su hombro. Él espera porque nota que necesito tiempo, y eso, esa paciencia en un hombre que no es paciente en ningún otro ámbito de la vida, rompe algo dentro de mí.

Luego empieza a moverse. Despacio al principio. Embestidas profundas y controladas que me llenan y me quitan el aliento. Su boca en mi oreja, su respiración caliente e irregular, y yo enredo mis piernas alrededor de su cintura y lo atraigo más al fondo; el sonido que emite, profundo, ronco y sin filtros, es lo mejor que he oído nunca.

Encontramos un ritmo. Primero lento, luego nos aceleramos. Tenemos los ojos abiertos y nos miramos mientras lo hacemos. Es casi demasiado, esta cercanía, esta intensidad, porque el sexo en el que te miras a los ojos ya no es solo sexo, sino una confesión.

—Date la vuelta —dice. Ronco. Agitado.

Me giro. Me pongo a gatas y su mano se desliza por mi espalda, trazando una línea desde mi nuca hasta mi cadera, y entonces vuelve a entrar en mí. El ángulo es distinto, más profundo, y hundo mi rostro en la almohada mientras me aferro a las sábanas.

Sus manos en mis caderas. Firmes. Él marca el ritmo. Pero ahora ya no es pausado, ya no es controlado. Es crudo y urgente, y cada embestida me arranca un sonido que no puedo ni quiero contener. Su mano se desplaza. Sobre mi cadera, rodeándome, sus dedos encuentran mi clítoris y lo acarician en círculos, y comprendo que se

está asegurando de que yo llegue de nuevo antes que él, y esa constatación me golpea con más fuerza que cualquier caricia.

Llego al clímax. Por segunda vez. Mis brazos ceden y me desplomo sobre las almohadas. Él me sigue, tres embestidas después, duro y profundo y con un sonido que parece como si algo que llevaba mucho tiempo contenido se rompiera en su interior.

Luego, el silencio. Solo nuestra respiración. Y la tormenta, que sigue martilleando las ventanas como si estuviera furiosa por no poder entrar.

Se tumba a mi lado. Boca arriba. Y su mano encuentra la mía, en la oscuridad entre nosotros. Nuestros dedos se entrelazan y ninguno dice nada, porque no hay nada que decir que esté a la altura de este momento.

Me pongo de lado. Apoyo la cabeza en su pecho. Escucho su corazón, que poco a poco recupera la calma, y siento su mano en mi pelo, trazando círculos lentos y ausentes, y pienso: esto no era un trato. Esto no era un contrato. Esto ha sido real.

Su pecho sube y baja bajo mi oreja. Rítmicamente. Cierro los ojos. El sueño llega pronto, suave y cálido, y estoy casi allí, a punto de dejarme ir, cuando su voz atraviesa la penumbra. Poco alta. Tan baja que quizá no sepa que lo estoy oyendo.

—Lo pillaré —murmura—. A Víctor. Solo necesito el expediente rojo. El expediente rojo de mi suegro, y Víctor estará acabado.

Abro los ojos de par en par.

Su respiración se vuelve más profunda. Más constante. Se queda dormido. Y yo me quedo tumbada sobre su pecho, en esta habitación, en esta tormenta, y mi corazón empieza a latir de repente tan rápido que me da miedo que pueda sentirlo.

El expediente rojo de mi padre.

Me quedo mirando a la oscuridad y escucho cómo Damon se duerme a mi lado, mientras la tormenta aúlla y el fuego chisporrotea. Y me pregunto: ¿acaso sabe más de lo que parece?

Capítulo 14

Damon

El perfil urbano de Nueva York me catapulta de nuevo a la realidad. Mi ciudad. Mi terreno de juego.

Pero en todo lo que puedo pensar, mientras el coche nos lleva del aeropuerto al Penthouse, es en cómo sonaba ella cuando gemía mi nombre. No mi apellido. No «Reed» con ese tono burlón que tan bien se le da. Sino Damon. En voz baja, sin aliento, con mis manos sobre su piel.

Durante tres días.

Tres malditos días en los que la tormenta nos ha mantenido encerrados como animales de laboratorio en una jaula, solo que ningún científico estaba mirando y el experimento se ha descontrolado por completo. Y no me refiero solo al sexo, aunque

eso por sí solo habría bastado para que todo mi sistema operativo se colapsara. Me refiero a lo que ha pasado entre medias. Entre la segunda y la tercera vez, cuando estaba sentada en la cama, con la manta sobre los hombros, y me explicó por qué estudió Historia del Arte aunque su padre quería que estudiara Económicas. De la mañana en que preparó café, descalza con mi camisa, la de aquel botón que falta, de pie frente al pequeño hervidor, removiendo el café molido mientras yo pensaba: «Así que es esto lo que se siente».

Y eso es precisamente lo que me da miedo.

A mi lado, en el asiento trasero, está sentada Ida. Tiene las piernas encogidas, la cabeza apoyada contra el cristal y va mirando su móvil, que vuelve a tener cobertura desde hace una hora. Me ha enseñado tres mensajes desde entonces, todos de Leo, cada uno más histérico que el anterior. Ella se ha reído cada vez y yo me he reído con ella. Ahora me odio por ello, porque reírse con Ida Flint no forma parte del plan.

El plan. Cierto. Aún sigue ahí.

Miro por la ventana. Los edificios se vuelven más altos, las calles más concurridas. La realidad se amontona a nuestro alrededor como archivadores sobre mi escritorio, y con cada kilómetro siento que la Lodge se hace más pequeña, como un sueño que se desvanece al despertar.

—Estás muy callado —dice Ida.

—Estoy pensando.

—Peligroso —me mira con esa sonrisa ladeada que ahora no solo puedo ver, sino también saborear, y mi estómago hace algo que ningún estómago debería hacer—. ¿En qué?

—Trabajo.

La sonrisa permanece, pero algo detrás de ella cambia. Un parpadeo, apenas visible. Se vuelve de nuevo hacia la ventana.— Vale.

Podría cogerle la mano ahora mismo. Podría decirle que no estoy pensando en el trabajo, sino en cómo se veía a la luz de la chimenea, y que me he reído más en setenta y dos horas que en todo el año pasado. Podría ser sincero.

En lugar de eso, saco mi móvil y me pongo a leer correos electrónicos.

Es mejor así. Por ella. Por mí. Por el plan, que solo funciona si mantengo la cabeza despejada, y mi cabeza es de todo menos eso; está llena del sonido que hace ella cuando acierto en el lugar adecuado, y del olor de su pelo en mi almohada, y de la imagen de ella en la nieve frente a la Lodge, riendo, con las mejillas rojas, tan malditamente hermosa que dolía.

El coche se detiene ante el Penthouse. Ida baja. Yo también. Nos quedamos en la acera como dos extraños que, por casualidad, tienen el mismo destino.

—Tengo que ir a la oficina —digo.

Me mira. Durante tres segundos en los que busca algo y no lo encuentra—. ¿Ahora?

—Tres días de ausencia. El trabajo se acumula.

—Vale. —Su voz es neutral. Controlada. Ha aprendido eso de mí, y no me gusta la idea—. Hasta luego, entonces.

Se da la vuelta y entra. Sin beso. Sin contacto. Y yo me quedo en la acera viendo cómo la puerta se cierra tras ella, diciéndome a mí mismo que es lo correcto.

Vuelvo a subir al coche. —A MediaTech —le digo al chófer, y mi voz suena como debe sonar: plana, profesional, sin fisuras.

***

En la oficina reina el silencio. No hay nadie más. Solo el zumbido del aire acondicionado y la luz azul de los monitores en espera. Me siento ante mi escritorio y enciendo el ordenador, me quedo mirando la pantalla y finjo que trabajo mientras mi cabeza reproduce en bucle tres días que nunca deberían haber sucedido.

Regla número uno: nada de sentimientos reales. Esa fue la única condición que me impuse cuando acepté este trato. Cásate con ella, protege la empresa, elimina a Victor, déjala ir. Limpio. Clínico. Controlable.

Y entonces ella me preguntó por qué la odiaba, y le dije la verdad, porque el whisky y el fuego y sus ojos grises no me dejaron otra opción. Después de eso, ya nada volvió a ser igual, nada volvió a ser controlable, y durante tres días hice algo que se sentía como vivir.

Mi móvil vibra. Leo.

—¿Todo bien por ahí? Ida me ha escrito diciendo que ya habéis vuelto. ¿Qué tal ha ido? La tormenta debe de haber sido brutal.

Me quedo mirando el mensaje y pienso en su hermana, de rodillas ante mí, mi mano en su pelo, y respondo: «Productivo».

***

Al día siguiente estoy en la oficina a las seis. Traje, corbata, el reloj de pulsera que me dejó mi abuelo. Mi armadura. Hago tres llamadas antes de las ocho, ninguna necesaria, todas imprescindibles, porque cada minuto que paso al teléfono es un minuto en el que no pienso en ella.

A las nueve llama Jennings a la puerta. —Señor. Los informes del departamento de cumplimiento. Y ha llamado su mujer.

Mi mujer. La expresión me cala de forma distinta a como lo hacía hace una semana. Hace una semana era un término contractual. Ahora es la imagen de ella, durmiendo sobre mi pecho, con una leve sonrisa de la que probablemente ni se dio cuenta.

—Dígale que estoy en reuniones.

Jennings vacila. Un cuarto de segundo. —¿Todo el día?

—Todo el día.

Asiente y se va. No hace preguntas. Para eso le pago.

Trabajo. De verdad, esta vez. Informes trimestrales, negociaciones de fusión, una teleconferencia con los inversores de Singapur. Soy

preciso, eficiente, frío. Soy el Damon Reed que todos conocen, al que respetan y temen, y ninguno de ellos sospecha que este Damon Reed bebía café instantáneo hace cuarenta y ocho horas con una mujer mientras pensaba que no quería volver a tomar ninguna otra cosa.

Ida vuelve a llamar a las once. A la una. A las tres envía un mensaje: «¿Sigues vivo o te ha devorado el escritorio?».

No respondo.

A las cuatro y media viene en persona. La veo a través de la mampara de cristal de mi oficina mientras cruza el pasillo, con vaqueros y una chaqueta de cuero, el pelo suelto, y cada uno de los empleados se gira para mirarla, y odio a cada uno de ellos por hacerlo.

No llama. Por supuesto que no. Abre la puerta, entra y se planta frente a mi escritorio; tiene el aspecto de alguien que quiere respuestas y está dispuesta a prender fuego a lo que sea para obtenerlas.

—Hola —dice.

—Estoy ocupado.

—¿Estás ocupado? —Repite la frase lentamente como si fuera una pregunta, como si la saboreara—. Desde esta mañana. No, en realidad desde ayer por la noche, desde que te quedaste en la acera como si alguien hubiera movido un interruptor.

—Ida, me he perdido tres días. Hay prioridades.

—¿Prioridades? —Otra vez esa repetición interrogante. Se sienta en la silla de enfrente, cruza las piernas y me mira; sus ojos grises están tranquilos, despiertos y pacientes, y eso es peor que la ira, porque la ira es ruidosa y la paciencia horada en silencio—. Ni siquiera me miras.

La miro. Directamente. Y es un error, porque lleva un perfume que ahora conozco y que me vuelve loco.

—Tenemos que hablar —dice.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre qué! —Se ríe, pero no suena como su risa en la Lodge. Suena quebrada—. Sobre los tres días en los que no podías dejar de tocarme. Sobre la noche en la que dijiste mi nombre como si te perteneciera. Sobre el hecho de que me miraste a los ojos y vi que había algo, y ahora estás aquí sentado con tu traje de mierda fingiendo que no ha pasado nada.

Cada palabra da en el blanco. Con precisión. Podría ser francotiradora.

—Lo que pasó allí —digo, y mi voz suena tranquila, controlada, exactamente como debe ser—, fue una consecuencia de la situación. Estábamos aislados. Fue intenso. Pero tenemos un trato, y ese trato tiene límites.

Silencio.

Me observa. Un buen rato. Y veo cómo sucede, cómo algo en su rostro se cierra, puerta tras puerta, habitación tras habitación, hasta que solo queda una superficie lisa que refleja la mía propia.

—Una consecuencia de la situación —repite. Se levanta—. Bien. Entonces supongo que eso es todo. —Se dirige a la puerta y quiero levantarme, detenerla y decirle que cada palabra que acabo de pronunciar es mentira, pero no lo hago, porque la verdad la pone en peligro y la mentira solo la hiere, y prefiero verla herida que en peligro.

Se vuelve una vez más.—Por si te interesa, Damon: eres un mentiroso de mierda. —Entonces se va y la puerta se cierra. Me quedo sentado en mi oficina siendo el mayor idiota de este continente.

Después de otra hora de trabajo, principalmente improductivo, la puerta vuelve a abrirse sin que nadie llame. Por un segundo pienso que ha vuelto ella, pero la figura que entra no es joven, ni está furiosa, ni huele a nada que me haga perder el juicio.

Victor Drais cierra la puerta tras de sí. Echa el cerrojo. Se sienta en la silla frente a mi escritorio y deposita una carpeta marrón sobre él.

—Buenas tardes, Damon.

Me apoyo en el respaldo. —Mi oficina. Sin cita previa. Puerta cerrada con llave. Esto va a ser o un mal chiste o un motivo de despido.

Victor sonríe. Esa sonrisa estrecha que nunca llega a sus ojos, la sonrisa de un hombre que lleva treinta años acumulando poder como otros coleccionan sellos—. Ni lo uno ni lo otro. Más bien una conversación entre socios.

—No somos socios.

—Todavía no. —Desliza la carpeta sobre la mesa—. Ábrala.

Le miro. Tres segundos en los que calibro, calculo y barajo escenarios en mi cabeza. Luego abro la carpeta.

Fotos. De alta resolución, profesionales, con marca de tiempo. La primera nos muestra a Ida y a mí frente al despacho de mi abogado. La segunda nos muestra saliendo del edificio, Ida con un sobre en la mano. La tercera es un primer plano del sobre. Se puede leer el membrete del bufete.

Y debajo, en una hoja aparte, una copia de la primera página de nuestro contrato matrimonial. No el documento entero, pero suficiente. El encabezamiento. Los nombres. Y luego, marcado pulcramente con un fluorescente amarillo: cláusula de rescisión tras el transcurso de doce meses.

Se me cae el alma a los pies. Pero mi rostro permanece impasible. He jugado al póker ante rivales más difíciles que un consejero de sesenta años con delirios de grandeza.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunto.

—Lo sabe perfectamente. —Victor se echa hacia atrás—. Un matrimonio concertado con fecha de caducidad. Acordado para asegurarle el favor del consejo de administración y recortar mi influencia. Eso no es un delito, Damon, no directamente, pero es un fraude al consejo de administración. Y tu encantadora esposa, que tan inocente finge ser en las galas, firmó ese contrato.

—Los contratos matrimoniales son legales, Victor.

—Los contratos matrimoniales sí. ¿Pero una cláusula que disuelve un matrimonio tras exactamente doce meses? Eso es un plan de negocio. Y si presento esto ante el consejo de administración, junto

con un bonito peritaje sobre la nulidad por atentar contra la moral, no solo perderá su puesto. —Se inclina hacia delante—. Entonces Ida Flint figurará como cómplice. Cooperación en un fraude. En el mejor de los casos, una demanda civil. En el peor, una investigación penal. Y Dios sabe que ya tiene bastantes problemas desde que su padre desapareció de la noche a la mañana.

Mis dedos reposan sobre el escritorio. Quietos. Planos. Siento el pulso en las sienes, pero nada de eso trasciende al exterior—. No tiene pruebas de la motivación que hay tras el contrato.

—Todavía no. —Victor se levanta. Se abrocha la chaqueta—. Pero tengo tiempo. Y tengo paciencia. Y tengo un abogado muy bueno que me dice que, con este expediente, un juez ordenaría al menos una investigación. —Se dirige a la puerta. Quita el cerrojo—. Piénselo, Damon. Y recuerde que no necesito golpearle para conseguir lo que quiero. Solo tengo que golpearla a ella.

Se da la vuelta y la puerta se cierra.

Me quedo sentado en mi despacho. Las fotos frente a mí. El aftershave de Victor en el aire, dulzón y pesado como algo podrido.

Y pienso: tiene razón. No sobre el fraude, ni sobre la demanda, ni sobre la sarta de sandeces jurídicas que su abogado le susurra al oído. Sino sobre que Ida es vulnerable. Que yo la he hecho vulnerable al arrastrarla a este trato, y que Victor lo sabe perfectamente y lo va a utilizar.

Cojo el teléfono. Marco el número de Jennings.

—Averigüe quién nos hizo las fotos. Y descubra de dónde ha sacado Victor la copia del contrato. Hoy mismo.

Cuelgo y me quedo mirando las fotos, y por segunda vez hoy pienso en Ida, pero esta vez no en su boca, ni en sus manos, ni en su risa, sino en su cara cuando ha dicho: «Eres un mentiroso de mierda».

Tiene razón.

Pero un buen mentiroso nunca la habría metido en esta situación.

Capítulo 15

Ida

Una consecuencia de la situación.

Repito la frase en mi cabeza mientras salgo a la calle y el aire frío de la noche me golpea la cara. Una vez. Dos veces. Tres veces. Cada vez suena peor. Como un vino barato que se vuelve más amargo con cada sorbo.

Una consecuencia de la situación. Así es como Damon Reed llama a tres días en los que apenas hemos salido de la cama. En los que me ha mirado como si yo fuera lo único que importara. En los que ha pronunciado mi nombre como una oración, y yo, la tonta y ingenua Ida Flint… no: Ida Reed, le he creído, porque por lo visto sigo siendo la clase de mujer que cree que los hombres dicen la verdad cuando están en la cama.

Me detengo en el bordillo de la acera. Inspiro. Espiro. Me tiemblan las manos, pero no es de frío.

Viene un taxi. Levanto la mano.

—¿Adónde va? —pregunta el conductor.

Abro la boca para decir la dirección del Penthouse, el Penthouse que no es mío, donde duermo en una cama que no es mía, al lado de un hombre que me acaba de despachar como un correo electrónico molesto; pero, en su lugar, le doy la dirección de la mansión de mi padre desaparecido.

El conductor asiente. Arranca.

Apoyo la cabeza contra el cristal y veo Manhattan pasar ante mis ojos, y pienso en cómo irrumpí en su despacho, con el pelo suelto y la chaqueta de cuero, como si fuera invencible, y en cómo él me miró, como si yo fuera un punto del orden del día que acababa de tachar.

He ido a buscarlo. Eso es lo peor. No que me haya rechazado, sino que yo le haya dado la oportunidad. Que haya hecho tres llamadas y enviado un mensaje antes de presentarme en persona, como alguien que suplica.

Ida Flint no suplicaba. Pero se ve que Ida Reed sí. Y ese pensamiento escuece más que cualquier cosa que él haya dicho.

El taxi cruza el puente de Brooklyn, las luces de Manhattan se hacen más pequeñas en la luneta trasera, y me pregunto por qué voy a la mansión siquiera. ¿Qué busco allí exactamente? Se llevaron casi todo para la investigación. Lo que queda cabe en unas cuantas cajas

de mudanza que liberaron tras el embargo y que están allí amontonadas porque nadie ha querido recogerlas.

No sé por qué quiero ir allí. O quizás sí lo sepa. Tal vez quiera estar en un lugar que tuviera algo que ver conmigo y con mi vida antes de que todo se fuera al garete. Antes de que papá desapareciera, de que surgieran las deudas y de que Damon Reed apareciera con su trato. Cásate conmigo, yo pago las deudas, en un año nos divorciamos, nadie sale herido. Limpio. Clínico. Controlable. Exactamente su estilo.

El coche se detiene. Pago, me bajo y me quedo frente a la casa en la que me crié.

Parece más pequeña. Eso pasa con las casas cuando la gente que vivía en ellas desaparece. La fachada necesita una mano de pintura, la mala hierba empieza a crecer aquí y allá, y alguien ha pegado una nota en el buzón. La arranco sin leerla.

La llave aún encaja. Por lo visto no cambiaron las cerraduras, lo cual probablemente evitó Damon con su «trato». La cerradura se atasca, pero cede, y la puerta se abre con un sonido que me sabe a infancia.

Dentro huele a polvo y a algo dulzón que no logro identificar. Y a aire viciado. No enciendo la luz porque no estoy segura de si todavía hay corriente, pero con la linterna del móvil me basta. El haz de luz recorre paredes desnudas donde aún se ven las siluetas de los cuadros, rectángulos claros sobre el fondo amarillento.

El salón. Aquí estaba la chimenea, la grande, la del marco de mármol. Ahora solo hay un hueco oscuro y, frente a él, ceniza que nadie ha barrido. Y recuerdo. Recuerdo la Gala y la noche en que vi a mi padre por última vez.

Aparto esos pensamientos porque, inevitablemente, solo me llevan de vuelta a mi matrimonio falso con Damon y a todo en lo que se ha convertido.

Entonces las veo: seis cajas de mudanza junto a la pared, rotuladas con rotulador permanente. Las cajas que devolvieron tras el embargo. Todo lo que no tenía valor material. Todo lo que nadie quería.

Me siento en el suelo frío y arrastro la primera caja hacia mí. Cartas viejas, documentos de seguros, boletines de notas de Leo y míos, un reloj roto que papá nunca mandó arreglar. Nada.

La segunda. Novelas, algunos libros de no ficción, un atlas de 1998. Nada.

Y entonces me detengo. Porque me viene a la memoria algo que había reprimido.

La primera noche que me quedé dormida junto a Damon. Él estaba ya medio dormido, con la mano todavía en mi cadera, y murmuró algo. Yo también estaba a punto de traspasar el umbral del sueño, pero lo oí porque su boca estaba cerca de mi oído y su aliento era cálido en mi piel. Dijo: —Solo necesito el expediente rojo. El expediente rojo de mi suegro, y Víctor está acabado.

No le había dado más vueltas. Habíamos visto a mi padre con el expediente y no sabíamos de qué se trataba.

O dicho de otro modo: yo no lo sabía.

¿Y si Damon sí sabía lo que se escondía en él? ¿Y si…?

No puedo seguir pensando en ello. Todos los «y si» que se me ocurren me dan escalofríos.

Así que continúo. No sé por qué lo hago; tal vez necesite una distracción de este montón de escombros que ahora es mi vida. Abro la tercera caja. Trastos de la casa. Candelabros, manteles, una radio vieja. La cuarta, también sin rotular. Herramientas, cables, una caja con adornos de Navidad que me provoca una punzada al reconocer la estrella dorada que mamá siempre ponía en la punta.

Quedan dos cajas.

En la siguiente encuentro vajilla envuelta en papel de periódico. Cubiertos. Un libro de cocina escrito a mano por mi abuela. Lo acerco un momento a la luz, paso las páginas y lo vuelvo a guardar.

Entonces, la última caja.

Pesa más que las otras. Retiro la tapa y sube el olor a papel viejo mezclado con algo que huele a pegamento de fotos, ese aroma químico que me transporta de inmediato a las tardes de domingo en las que mamá clasificaba fotografías.

Arriba del todo hay tres álbumes de fotos, de piel sintética marrón con los años grabados en oro. 1999–2003. 2004–2008. 2009–2015. Debajo, fotos sueltas en sobres, negativos en fundas, algunos marcos con fotos que eran demasiado pequeños para ser embargados.

Saco el primer álbum. Lo hojeo. Leo y yo en el jardín, con botas de agua y la cara manchada de barro. Mamá al piano. Papá con su primer coche de empresa, orgulloso como un niño. Siento que se me cierra la garganta y cierro el álbum.

El segundo. Más de lo mismo. Cumpleaños, vacaciones, Navidades. La vida de una familia que no sabía que tenía fecha de caducidad.

El tercer álbum. 2009 a 2015. Lo abro y voy pasando hojas, y al llegar a la página doce me doy cuenta de que el álbum es más grueso de lo que debería. Las páginas finales se abomban, como si hubiera algo encajado entre las últimas fundas transparentes.

Sigo pasando páginas. Las tres últimas están vacías, sin fotos. Pero entre la última página y la contraportada hay algo. Plegado, lo bastante fino como para no llamar la atención, lo bastante grueso como para deformar el álbum.

Lo saco.

Mis dedos saben lo que es antes de que mi cabeza lo procese. El papel es firme, papel de impresión de alta calidad, y la carpeta en la que está metido es roja. No un rojo cualquiera. Ese rojo intenso y agresivo que vi al resplandor del fuego, en las manos de papá.

El expediente rojo.

O una copia de él. La carpeta es más fina que la que tenía papá entonces, pero el rojo es el mismo, y me tiemblan las manos al abrirla. El rojo no encaja con la antigüedad de las fotos. No está descolorido y ha sido depositado aquí recientemente.

Dentro hay documentos. Impresiones, no originales. Extractos de cuenta, resguardos de transferencia, un organigrama con notas manuscritas en los márgenes que reconozco como la letra de papá. Y arriba del todo, en la primera hoja, un resumen que parece la portada de una presentación, sencillo, sin logo, solo texto.

Leo.

Y luego vuelvo a leer, porque mi cerebro se niega a procesar las palabras.

Se trata de Flint Enterprises. De líneas de crédito que se prorrogaron cuando no debían haberse prorrogado, y de tipos de interés tan altos que desangraron sistemáticamente la empresa. Y en cada resguardo de transferencia, en cada autorización, en cada firma al pie de los contratos de préstamo, aparece un nombre.

MediaTech Inc. Autorizado por el CEO. Damon Reed.

Se me revuelve el estómago. Dejo las hojas en el suelo de hormigón y las miro fijamente, como si pudieran explicarme lo que acabo de ver. Damon autorizó créditos a mi padre. Con intereses horrendos. Así que nada de operaciones especulativas. Todo aquello fue una farsa. Y Damon firmó los tipos de interés que pusieron de rodillas a Flint Enterprises. Damon no evitó la ruina de mi padre, sino que la impulsó.

Y luego me propuso un trato. Cásate conmigo, yo pago las deudas. Como si fuera el salvador. Como si fuera generoso. Como si no tuviera motivos ocultos.

Las deudas que pagó son deudas que él mismo provocó.

Estoy sentada en el frío suelo del sótano de la casa de mis padres, con el expediente rojo sobre mis rodillas, y oigo su voz, tan clara como si estuviera a mi lado: —Lo que pasó fue una consecuencia de la situación.

Quizá yo también lo era. Una consecuencia. Una pieza de un rompecabezas en un juego que hasta hoy no había llegado a comprender.

Mi móvil se ilumina. Un mensaje de Damon.

—Vuelve a casa, por favor. Tenemos que hablar.

Me quedo mirando el mensaje. Luego el expediente. Luego otra vez el mensaje.

Y por primera vez desde que conozco a Damon Reed, no tengo respuesta.

Capítulo 16

Damon

Cinco semanas son mucho tiempo cuando vives en el mismo piso que alguien que te mira como a un extraño en un ascensor.

Cinco semanas en las que Ida y yo hemos desarrollado una coreografía que nadie planeó. Llego tarde. Ella ya está en el dormitorio, puerta cerrada, sin luz. Me acuesto en la cama, donde no solo hay una barrera de cojines, sino tres mantas apiladas una sobre otra entre nosotros.

Por las mañanas se ha ido antes de que me levante, o está en la cocina bebiendo su café, solo, sin azúcar, y cuando entro me dice —Buenos días— con una voz que suena como si quisiera hacerle la competencia a una locución automática. Buenos días. Nada más. Ni una mirada, ni una vacilación, ni una rendija por la que yo pudiera colar algo.

No está enfadada. Eso sería más fácil. El enfado tiene contornos, tiene calor, tiene una dirección. Lo que hace Ida es otra cosa. Es hielo, y no de ese que se derrite si te acercas lo suficiente. Es de esa clase que congela un fiordo entero y te hace olvidar que alguna vez hubo agua allí.

Y la cuestión es que me ayuda.

Por muy cínico que suene, es la verdad. Porque ahora mismo necesito tener la cabeza fría, y todo lo que tiene que ver con Ida me pone la cabeza de mil formas menos despejada. Tres noches con ella me han descolocado por completo. Por muy maravilloso que fuera. No puedo seguir así ahora. No mientras Victor Drais me pise los talones y agite el acuerdo prematrimonial como si fuera un arma cargada.

Así que trabajo. Hasta que me arden los ojos, hasta que el café deja de hacer efecto, hasta que mi secretaria deja de preguntar cortésmente si quiero irme a casa y, en su lugar, simplemente deja mi abrigo frente a la puerta del despacho como si fuera una indirecta.

Hoy falta poco para las diez de la noche cuando cuelgo el teléfono y me froto las sienes. La oficina está vacía. Las luces del pasillo están apagadas, solo la lámpara de mi escritorio proyecta un círculo amarillo sobre los documentos que he revisado por séptima vez en las últimas tres horas.

Victor sabe lo del acuerdo prematrimonial. Cómo, no he podido averiguarlo. He enviado a Jennings, he verificado tres fuentes distintas, he hecho investigar a los empleados del bufete, he revisado los protocolos de acceso de la notaría. Nada. No hay ninguna filtración que pueda taponar, ni rastro que lleve a ninguna parte. Es como si hubiera sacado la información de la nada, y eso

me saca de quicio, porque Victor Drais no saca nada de la nada. Ese hombre trabaja con método, y si no encuentro el método, no puedo destruirlo.

Pero puedo hacer otra cosa.

Cojo la carpeta que lleva dos días sobre mi mesa. Encuadernación negra, sin título. Dentro está mi paquete de acciones. El veintiséis por ciento de MediaTech Inc. Todo lo que mi padre levantó. Todo lo que yo he triplicado en diez años. Mi nombre, mi legado, mi palanca de presión.

Y eso es exactamente lo que voy a poner sobre la mesa.

No para Victor. Para el consejo de administración. Venderé mis acciones al resto de los miembros, las repartiré y así le quitaré a Victor el único punto débil con el que me tiene pillado. Mientras sea CEO con un paquete de acciones significativo, puede usar a Ida para chantajearme. El acuerdo prematrimonial, el matrimonio de conveniencia, todo el tinglado, todo eso solo tiene peso porque amenaza mi posición. Sin las acciones, soy un CEO temporal, dependiente del consejo de administración, y de repente el chantaje carece de valor. ¿Qué va a hacer Victor con eso? ¿Derrocar a un CEO sin acciones? Eso le saldría más barato de otras formas.

Es un sacrificio que duele. Me duele ya solo con mirar los papeles. Pero saca a Ida de la línea de fuego. Y a Leo. Y sí, también a mí, aunque yo sea el último de esta lista que merece compasión.

Mi móvil vibra. Es Jennings.

—¿Todavía en la oficina? —pregunto.

—Ya sabe que yo no abandono el edificio antes que usted.

—Es una lealtad extraña, Jennings.

—Yo lo llamo estabilidad laboral. —Una pausa—. El abogado tiene tiempo mañana a las ocho. Los documentos para la transferencia de acciones están listos. Solo falta su firma.

Giro el bolígrafo entre los dedos. —Si hago esto, en veinticuatro horas dejaré de ser el socio mayoritario.

—Correcto.

—¿Y Victor?

—Victor pierde su palanca. Pero eso no significa que vaya a parar.

—No —digo—. Pero significa que ya no podrá usar a Ida para presionarme. Y eso me basta por el momento.

Jennings guarda silencio un segundo de más.

—Habla —le digo.

—Usted nunca tocó esas acciones. Ni en la reestructuración de 2019. Ni en la salida a bolsa. Prefirió endeudarse antes que desprenderse de una sola acción.

—Lo sé.

—Y ahora lo entrega todo. Por una mujer a la que hace cinco semanas le dijo que todo esto era una consecuencia de la situación.

Cierro los ojos y me arrepiento de habérselo contado después de un largo día de trabajo. —Jennings.

—¿Dígame?

—Cierra el pico. Con todo el respeto, por favor.

Cuelga. Y por tanto, cierra el pico. Ambas cosas funcionan.

Me reclino en el asiento. Tiene razón. Por supuesto que la tiene. He guardado esas acciones como algo sagrado. Y ahora estoy aquí sentado, dispuesto a regalarlas, y el motivo tiene los ojos grises y bebe el café solo.

Consecuencia de la situación. Qué sarta de gilipolleces fue aquella. Qué sarta de gilipolleces cobardes y calculadas.

Tres noches, y lo llamé consecuencia de la situación porque tenía miedo. No de Victor, ni del consejo de administración, ni de la prensa. Tenía miedo del sentimiento que me arrolló cuando ella estaba tumbada a mi lado durmiendo y yo me quedaba despierto solo para oírla respirar. Del momento en que comprendí que este matrimonio había dejado de ser un trato mucho antes de que nos acostáramos por primera vez. De eso tenía miedo. Y como Damon Reed no puede tener miedo, lo empaqueté en una fórmula que la ahuyentó.

Cinco semanas. Cinco semanas para comprender lo que cualquier otro hombre habría comprendido en cinco segundos.

Me levanto. Guardo la carpeta. Apago la lámpara.

Esta noche le diré que cometí un error y que esas tres noches no fueron ninguna consecuencia. Que me arrepiento de haberlo llamado así. Que me gustaría retomar las cosas desde ahí, si ella me deja, y que estoy dispuesto a sacrificar mis acciones de la empresa para mantenerla fuera de todo esto.

Si ella me deja.

Porque cinco semanas de silencio ya dicen mucho.

Esa es la parte que me pone nervioso. No el consejo de administración, ni Victor, ni la pérdida de un paquete de acciones de miles de millones. La cuestión es si Ida me dará otra oportunidad.

***

El coche espera frente al edificio. Mi chófer arranca y no dice ni una palabra, lo cual es justo lo que necesito ahora. Porque ensayo en mi cabeza las frases que quiero decirle a Ida. Pero todas suenan mal.

Ida, lo que pasó entonces…

No.

Ida, tengo que decirte algo.

Peor todavía.

Ida, soy un idiota.

Es la verdad, pero no ayuda.

Me bajo frente al Penthouse. Mi chófer me dedica un asentimiento. Yo le devuelvo el gesto. Es nuestro ritual, mudo y fiable, y hoy lo agradezco porque de todas formas me estoy quedando sin palabras.

El ascensor tarda cuarenta segundos en subir. Los cuento. Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve. Pling.

La puerta se desliza, abro la del piso y entro en el Penthouse. Lo primero que noto es que hay luces encendidas. No la luz tenue que Ida usa cuando lee. Todas las lámparas. Los halógenos del techo, la lámpara de pie, los focos de la cocina. Como si alguien hubiera iluminado todo el piso como un escenario.

Lo segundo que noto es a Ida. No se ha retirado ya al dormitorio como de costumbre.

Está sentada a la mesa del comedor. Erguida. Lleva puesta la chaqueta de cuero, aunque hace calor. Tiene el pelo recogido en una coleta tirante, algo que solo hace cuando quiere pelear. Y sobre la mesa, frente a ella, hay algo.

Una carpeta. Roja. De ese rojo intenso y agresivo.

Se me cae el alma a los pies, tan rápido que necesito un momento para entender por qué. Entonces la reconozco, y todo lo que había preparado en el coche, cada frase, cada gesto, cada plan que me ha traído hasta aquí, se disuelve como el humo.

El expediente rojo.

¿De su padre?

Ida me mira. Sus ojos grises están tranquilos, pero no es la calma de alguien que se ha tranquilizado. Es la calma de alguien que se ha cansado de esperar.

—Siéntate —dice ella.

—Ida.

—Siéntate, Damon.

Me siento. No porque ella lo diga. Sino porque mis piernas no aguantarían mucho más de todos modos. Entre nosotros yace la carpeta, roja sobre el tablero oscuro de la mesa, y parece una mancha que ya no se puede quitar.

Ida pone la mano plana sobre el expediente. Sus dedos no tiemblan. Los míos sí.

—Cinco semanas —dice—. Cinco semanas llevo cargando con esto. He intentado convencerme de que había una explicación. De que había entendido algo mal. De que los documentos que tengo en la mano no significan lo que significan. Y de alguna manera esperaba que a ti mismo se te ocurriera contármelo. Pero parece que eso no va a pasar nunca.

Empuja el expediente un centímetro hacia mí.

—No puedo seguir callada, Damon. Quiero la verdad. Y la quiero ahora.

Capítulo 17

Ida

He guardado silencio durante cinco semanas. Cinco semanas he tenido esa carpeta escondida en mi maleta, bajo un pañuelo que nunca me pongo, y cada noche, cuando Damon se metía en la cama y se daba la vuelta hacia su lado tras la barrera de mantas, me quedaba despierta pensando si abrir la boca. Cada noche decidía no hacerlo.

Hoy no.

Dejo el expediente rojo sobre la mesa que nos separa. Sin hacer ruido, sin dramatismo. Simplemente lo deslizo sobre la superficie de mármol, como quien desliza un posavasos, y espero.

Damon mira la carpeta y veo cómo algo cambia en su rostro. Es sutil. Una contracción en la mandíbula, un leve entrecerrar de ojos

que a cualquier otro le pasaría desapercibido. Pero he pasado semanas estudiándolo como a un libro que no entiendo, y ya conozco cada gesto de esa cara, incluso los que él cree invisibles.

Ha reconocido el expediente.

Y eso me dice todo lo que necesito saber, o al menos lo suficiente para justificar el temblor de mis manos que llevo una hora reprimiendo.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta. Su voz es tranquila. Demasiado tranquila. Ese tipo de calma que emplea en las reuniones justo antes de despedir a alguien.

—De la mansión de mi padre. Entre sus documentos —deslizo la carpeta un poco más hacia él—. ¿Quieres explicarme cómo ha llegado eso allí?

Damon no responde. Tiene los dedos apoyados en el tablero de la mesa, abiertos, como si tuviera que sostenerse. Luego se pasa una mano por la nuca y expira, despacio, de forma controlada, como alguien que se prepara para una negociación.

—¿Qué has leído exactamente?

—Todo.

Silencio. Dura tres segundos, quizá cuatro, pero parece un minuto.

Abro la carpeta. Las páginas están ordenadas con pulcritud; todo parece profesional y eso es precisamente lo que lo hace tan terrible. No son notas tomadas al vuelo. Son escrituras de transferencia.

Asunciones de deuda. Y por todas partes, en cada encabezado, en cada pie de página, el nombre de su empresa.

—Explícame esto —digo, señalando la primera página.

Se frota la cara con ambas manos, lentamente, y cuando las retira, parece que hubiera envejecido diez años de golpe.

—Esos papeles son falsos —dice.

Suelto una carcajada. No es una risa bonita. Es esa risa que brota cuando en realidad quieres gritar, pero estás demasiado agotada—. ¿Falsos? Por supuesto.

—Víctor los puso allí. Apuesto a que él...

—Víctor —repito el nombre, cortándole la palabra—. ¡Claro que sí! Víctor Drais entró tranquilamente en la mansión de mi padre y escondió un expediente falso entre sus documentos. Para que yo lo encontrara por casualidad.

—Por muy absurdo que suene, sí. Eso es exactamente lo que hizo. Él tiene acceso a los documentos. Y sabe perfectamente qué pasa si encuentras esos papeles.

—¿Y qué es lo que pasa?

—Esto —Damon señala con un gesto seco el espacio entre nosotros —. Exactamente esto. Que dejas de creerme. Que te alejas de mí. Eso es lo que quiere Víctor.

Me cruzo de brazos porque no se me ocurre otra cosa que hacer con las manos. —Qué práctico que Víctor sea el responsable de todo lo que sale mal.

—No es práctico. Es la verdad.

—¿Y las deudas? ¿También son un invento de Víctor? —señalo la segunda página, los números, los números de cuenta, los resguardos de transferencia—. ¿La adquisición por tu parte, los flujos de pago?

Damon calla. Un instante de más.

Luego dice en voz baja: —Compré las deudas. Pero eso ya lo sabes. Lo dije así desde el principio y formaba parte del trato.

Es cierto. Eso lo dijo desde el principio. Pero eso no lo mejora.

—Para protegeros a ti y a Leo —añade, y su voz se vuelve más suave, casi suplicante, un tono que no le conocía.

—Pero el resto, lo que encuentras en ese expediente... Créeme, todo eso es una sarta de mentiras, es...

Me levanto porque no puedo seguir sentada. Mis piernas necesitan moverse, mi cuerpo necesita algún tipo de acción que no consista en estampar esa carpeta contra la pared. Camino hacia la ventana y vuelvo. Cuatro pasos hacia allá, cuatro hacia acá. El Penthouse es enorme, pero hoy parece una celda.

Me doy la vuelta—. ¿Y el acuerdo prematrimonial? ¿Eso también era para protegerme?

—El acuerdo prematrimonial fue un trato. Eso también lo sabes. Tenía que quedar bien ante el consejo de administración y...

—Sé lo que me contaste. Lo que no sé es qué parte es verdad —mi voz suena más dura de lo que pretendía, pero no me retracto—. Y esa es la diferencia.

Su voz es firme y suena convincente, y me odio a mí misma porque una parte de mí quiere creerle. Esa parte anida en algún lugar tras mi esternón y susurra: «Habla en serio. Lo hizo por ti». Pero la otra parte, la más ruidosa, la que se ha afilado como una hoja durante las últimas cinco semanas, dice: «No te lo contó. Nunca te lo dijo. Y todo lo que alguien te oculta tiene un motivo».

—Todo esto no explica por qué le concediste a la empresa de mi padre aquel crédito usurario. Los intereses lo consumieron. Eso fue lo que lo arruinó. Y luego apareces tú como un caballero noble y dices que vas a comprar las deudas que tú mismo provocaste.

—Ida, no. No fue así. Nada de eso es cierto. Déjame que te explique, yo...

—Llevo cinco semanas con este expediente —le interrumpo—. Cinco semanas dándote la espalda. Has tenido cinco semanas para darte cuenta —digo casi gritando—. Cinco semanas en las que pasabas por mi lado por las mañanas como si yo fuera un mueble. El silencio en esa cama era tan fuerte que a veces me ponía auriculares solo para no tener que soportarlo. ¿Y ahora que pongo el expediente sobre la mesa, pretendes explicarme algo?

Damon da un paso hacia delante. Yo doy un paso atrás. Él se detiene y veo cómo cierra los puños, no por rabia, sino en un intento de aferrarse a algo que se le está escapando.

—El expediente de la mansión de tu padre es una herramienta —dice—. Víctor quiere mi puesto. Quiere echarme de la empresa y utiliza todo lo que cae en sus manos. Las firmas, los membretes, todo es falso, incluida la historia que cuenta con ello. Solo las deudas eran reales. Pero la presentación en esos papeles, el orden, el contexto, todo está manipulado. No ocurrió así.

—Se puede decir la verdad y seguir mintiendo, Damon. Omitiendo cosas. Guardando silencio durante cinco semanas porque es más cómodo que una conversación.

Se estremece. Visiblemente. Es la primera vez que lo veo así, tan vulnerable, sin la máscara tras la que suele esconderse. Sus ojos marrones están muy abiertos y en ellos hay algo que no sé identificar, porque nunca antes se lo había visto.

—Compraste a mi familia —digo, y mi voz suena extraña en mis propios oídos, fina y quebradiza, y me aclaro la garganta porque no quiero que note las grietas—. Ya lo llames rescate, inversión o protección, al final del día dejaste que mi padre se desangrara, lo ahuyentaste con eso y luego me compraste a mí haciéndote pasar por el salvador. Debes de estar orgulloso de tu plan, ¿verdad?

—¡Como ya te he dicho, eso no fue lo que pasó, Ida!

—¿Ah, no? —doy un paso hacia él y esta vez no retrocede; se queda allí plantado y veo cómo se tensan las venas de su cuello—. Porque desde mi punto de vista parece bastante real y así es exactamente como ocurrió. Y parece que pusiste a mi familia en una situación en la que mi padre no tuvo otra opción más que largarse.

—Eso no es verdad.

—Pues demuéstralo.

—¿Cómo? —su voz suena fuerte y autoritaria. No por haber perdido el control, sino como alguien que acaba de comprender que el control ya no funciona—. ¿Cómo voy a demostrarte nada si no me crees?

El grito resuena en este salón demasiado grande como un eco que no encuentra su lugar.

—Ida, por favor.

—¿Por favor, qué? ¿Por favor, créeme? ¿Por favor, olvida el expediente? ¿Por favor, haz como si estas últimas cinco semanas no hubieran existido?

—No —traga saliva—. Por favor, dame una oportunidad para demostrarlo.

Y ahí está, el momento que llevaba semanas esperando, el momento en el que por fin me pide algo en lugar de darme una orden. Y desearía que fuera suficiente. Desearía que esa sola palabra pudiera reparar la grieta que lo atraviesa todo. Las tres noches en las que, por primera vez, tuve la sensación de que este matrimonio podía ser algo más que un contrato sobre papel. La mañana siguiente, en la que yacía a mi lado y me miraba como si yo fuera algo valioso, solo para explicarme horas después que aquello había sido una consecuencia de la situación.

Una consecuencia de la situación.

Nunca he odiado tanto una frase.

Quiero responder. Quiero decirle que la confianza no es una prueba, sino una decisión, y que él ha hecho que esa decisión me resulte imposible. Quiero decirle que en esas tres noches lo sentí, lo sentí de verdad, y que fue lo más auténtico que he vivido en años. Quiero decirle que le habría creído hace cinco semanas, antes del frío, antes del silencio, antes del momento en que me metió en un cajón con la etiqueta de *consecuencia*.

Pero no digo nada de eso porque, de repente, la habitación se inclina.

Empieza en mi cabeza. Un zumbido, agudo y constante, como una frecuencia que alguien sube lentamente. Luego el suelo se desplaza. No de verdad, pero así se siente, como si alguien hubiera puesto el Penthouse sobre un disco giratorio y hubiera empezado a darle vueltas. La ventana se desplaza a la izquierda. La lámpara del techo a la derecha. El rostro de Damon se empaña; parpadeo una, dos veces, pero no mejora, empeora.

Mi mano busca el respaldo de la silla, pero está demasiado lejos, o mi brazo es demasiado corto, o las distancias ya no cuadran, y entonces noto un rugido en los oídos, fuerte, como si la sangre fuera empujada a través de un túnel, y me fallan las rodillas.

No es algo lento. No como en las películas, donde las mujeres se desploman con elegancia y alguien las sujeta a tiempo. Mis piernas simplemente se doblan como si alguien hubiera cortado los cables, y lo último que veo antes de que todo se vuelva negro son los zapatos de Damon sobre el parqué oscuro, justo delante de mí, y su voz gritando mi nombre, lejos y demasiado cerca al mismo tiempo.

Después, nada más.

Capítulo 18

Damon

No recuerdo cómo terminé de rodillas.

Recuerdo sus ojos, que se pusieron en blanco como canicas. Recuerdo el sonido que hizo su cuerpo al golpear el suelo. Un sonido que se clavó en mi caja torácica y se quedó allí atrapado. Y recuerdo que mis manos estaban en su cara, ambas manos, y que su piel estaba fría; tan fría como si alguien hubiera cortado el flujo de la sangre.

—Ida —me oigo llamar ahora con una voz que no suena como la mía.

Sin respuesta. Sus párpados tiemblan, pero no se abren.

Le doy palmaditas en la mejilla. Primero suaves, luego más fuertes, con la palma de la mano, tal como se ve en las películas, y al mismo tiempo pienso: «¿Es esto correcto? ¿Se hace así? ¿O es perjudicial?». Mi pulgar acaricia su pómulo y su piel se siente como el papel, fina y seca, y debajo no hay nada, ninguna resistencia, ningún color, nada.

Pulso. Necesito encontrarle el pulso.

Mis dedos se deslizan por su cuello, por el lateral, bajo la mandíbula, y presiono, probablemente con demasiada fuerza, pero lo siento. Ahí está. Un latido contra las yemas de mis dedos, débil, pero regular, y expulso el aire como si llevara un minuto aguantando la respiración. Quizá lo he hecho, no lo sé.

Posición lateral de seguridad. La giro de costado, una mano bajo su cabeza, la otra en su cadera, y mientras tanto me viene a la mente que el último curso de primeros auxilios fue hace doce años y que entonces practiqué con un muñeco de plástico que no tenía pulso y cuya cabeza siempre se ladeaba hacia el lado equivocado.

Su cabeza también se ladea hacia el lado equivocado.

La corrijo, deslizo la palma de mi mano bajo su mejilla para que no esté sobre el frío parqué y busco en el bolsillo de mi pantalón con la otra mano. Mi teléfono. ¿Dónde está mi maldito teléfono? Bolsillo interior, derecho. Lo saco, marco el 112 y, mientras suena, miro su rostro e intento no pensar en que parece la cara de una desconocida. Blanca, demacrada, inmóvil. Demasiado inmóvil.

—Emergencias, ¿cuál es su urgencia?

Lo suelto todo mecánicamente: dirección, nombre, se ha desplomado, inconsciente, tiene pulso. Mi voz suena como la de otra persona, tranquila y profesional, como si estuviera leyendo un informe, y al mismo tiempo mi mano libre tiembla tanto que tengo que presionarla contra mi muslo.

—¿Está la persona de lado?

—Sí. En posición lateral de seguridad. Creo. ¿Lo estoy haciendo bien? Su brazo está bajo la cabeza y la pierna flexionada, pero no sé si el ángulo es el correcto.

—Parece correcto, quédese con ella.

Por supuesto que me quedo.

Estoy aquí sentado en el suelo, de rodillas, junto a mi mujer, que hace tres minutos todavía estaba discutiendo conmigo y ahora yace ahí como alguien a quien han desconectado. Y pienso: «¿Qué he hecho?» No la discusión, no el expediente, no las cinco semanas. Yo. Todo junto, y todo ello recae sobre mí.

***

En el hospital huele a desinfectante y a café de una máquina que probablemente no se limpia desde 2014.

Estoy sentado en una silla de plástico en el pasillo, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Mi camisa tiene una mancha en la manga. De un vaso de café que alguien me dio y que no pude beber porque tengo ganas de vomitar.

La puerta se abre. Un médico, de unos cincuenta años, sienes canosas, los ojos cansados de alguien acostumbrado a los turnos dobles. Su placa de identificación dice Dr. Brenner.

Me levanto. Demasiado rápido. La silla chirría contra el suelo.

—¿Sr. Reed?

—¿Cómo está ella?

El Dr. Brenner sostiene una carpeta con pinza y la gira ligeramente, como si estuviera decidiendo cuánto se le permite decir. —Su mujer se encuentra bien, dadas las circunstancias. Podemos darle el alta. Ha sido un síncope. Agotamiento, alimentación irregular, falta de sueño. Nada que indique una enfermedad aguda.

Agotamiento. La palabra suena inofensiva. Suena a una semana larga, a un proyecto que ha consumido demasiado tiempo. No suena a lo que acabo de ver en el suelo de mi salón.

—¿Puedo hablar con usted? A solas, quiero decir. Quiero entender qué exactamente...

—Eso debe consultarlo con su mujer. No puedo darle más información sin su consentimiento.

—Es mi mujer.

—Y es mi paciente, señor Reed.

Lo dice con amabilidad, pero con una firmeza que no deja lugar a dudas. Luego asiente hacia la puerta. —Puede pasar a verla.

Ida está sentada en la camilla, con las piernas colgando por el borde y la mirada fija en sus manos. Parece pequeña en esta habitación, más pequeña de lo habitual, como si el hospital la hubiera encogido. El fluorescente del techo proyecta una luz que hace palidecer a cualquier persona de aspecto saludable, pero en Ida parece un filtro que lo exagera todo: las ojeras, los hombros estrechos, las muñecas demasiado finas.

—Hola —digo.

Levanta la cabeza. Sus ojos grises se encuentran con los míos y no hay nada en ellos. Ni ira, ni tristeza, ni reproche. Simplemente nada. Como si alguien hubiera formateado un disco duro.

—¿Podemos irnos a casa? —pregunta.

—Sí. El médico ha dicho que te da el alta. Pero me gustaría volver a hablar con él, sobre los resultados y si hay algún...

—Espera fuera, por favor.

No lo dice alto. Ni con agresividad. Simplemente es una frase, plana y átona, como un aviso por megafonía en una estación.

—Ida, solo quiero...

—Por favor, sal. Necesito un momento a solas.

Me quedo allí, con la mano aún en el pomo de la puerta, y algo en mi interior se resiste. Cada fibra me dice: «Quédate. No te vayas. No la dejes sola en esta habitación con la luz de neón, los aparatos que pitan y el olor a esterilidad». Pero entonces veo su mirada y sé que

quedarme ahora sería un error. Así que asiento, aunque se siente como una capitulación, y salgo.

La puerta se cierra tras de mí. Suavemente. Y vuelvo a estar en el pasillo, mirando a la pared de enfrente, donde hay colgado un póster: «La higiene de manos salva vidas». Cuatro pasos para un correcto lavado de manos, ilustrados con alegres manos de dibujos animados.

¿Qué estará haciendo ahora ahí dentro?

Me meto las manos en los bolsillos y me apoyo contra la pared. Los minutos se estiran. Dos. Tres. Cinco. Oigo voces amortiguadas tras la puerta, la suya y otra, probablemente la del Dr. Brenner, pero no alcanzo a entender nada, solo el ritmo, las subidas y bajadas, y suena como una conversación distendida. ¿O suena a algo que quiere discutir sin mí?

Y eso me da más miedo que cualquier otra cosa esta noche.

Pero después de todo esto, tengo que dejarle espacio. Lo necesita. Al fin y al cabo, se ha desplomado. Y yo tengo la culpa.

Entonces la puerta se abre e Ida sale.

Su rostro es impenetrable. No está enfadada, ni triste, sino como cuando se cierra una puerta que no se quiere volver a abrir jamás: a conciencia, con cada cerrojo que se pueda encontrar. Pasa por mi lado sin mirarme y su aroma me roza al pasar, ese champú que huele a alguna fruta que nunca he sabido identificar, y debajo el olor estéril de hospital, que se posa sobre todo como una película plástica.

—¿Todo bien? —pregunto.

—¿Podemos irnos?

No es una respuesta a mi pregunta, pero asiento.

En el taxi, ella guarda silencio. Hemos venido en ambulancia, así que tenemos que coger el taxi. Vamos sentados uno al lado del otro en el asiento trasero; ella mira por la ventana, con la vista apartada. Las calles están mojadas, las farolas se reflejan en el asfalto y el movimiento de los limpiaparabrisas llena el silencio entre nosotros con un ritmo que se siente como un metrónomo contando los segundos.

Pienso en la carpeta roja. En los papeles sobre la mesa, que probablemente sigan allí, abiertos como una herida sangrante. Tengo que hablar con ella sobre eso. Tengo que explicarle lo que ha hecho Victor, cómo ha manipulado los documentos, cómo ha trastocado el orden y fabricado las conexiones. Pero no ahora. No esta noche. Parece que una palabra equivocada la rompería, y lo último que quiero es poner más presión sobre algo que ya tiene grietas y que se vuelva a desmayar.

Maldita sea: esto la está destrozando. El expediente, las cinco semanas, toda esta maldita guerra que Victor ha provocado, y ella está en medio pensando que yo soy el enemigo. Y eso, a su vez, me destroza a mí, de una manera a la que no estoy acostumbrado, que se siente como un vacío allí donde antes había algo sólido.

Victor. Cuando pienso en él, la lengua me sabe a metal. Ese viejo calculador de sesenta años con su sonrisa que nunca llega a los ojos ha planeado exactamente esto. Cada detalle. El expediente en la villa. El momento. Las formulaciones que están lo suficientemente cerca de la verdad para ser creíbles, y lo suficientemente lejos para

envenenarlo todo. Me ocuparé de él. Pero no hoy. Hoy solo quiero estar para ella, aunque no me deje.

Ida mantiene la mirada fija en la ventana. Su aliento empaña el cristal con pequeños círculos que desaparecen de inmediato.

—Tienes que comer algo —le digo—. Y dormir. El médico ha dicho...

—Sé lo que ha dicho el médico.

Silencio. Limpiaparabrisas. Reflejos de luz sobre el asfalto mojado. El taxista mira por el retrovisor, pero no dice ni una palabra.

Nos bajamos, yo pago. Entramos en casa en silencio. El ascensor nos sube y ninguno de los dos dice nada. Miro los números sobre la puerta, que aumentan como una cuenta atrás en la dirección equivocada, y siento cómo el aire entre nosotros se densifica con cada piso, como si la presión aumentara.

Entonces llegamos, salimos y abro la puerta de nuestro apartamento. La luz sigue encendida porque olvidé apagarla y, sobre la mesa, justo donde lo dejamos, está el expediente rojo. Abierto. Las páginas brillan bajo la lámpara de mesa.

Ida atraviesa el salón. La sigo, dos pasos por detrás, y estoy a punto de decirle que le voy a preparar un té, que se siente, que mañana podremos hablar cuando esté lista y que, hasta entonces, dormiré en el sofá si así lo necesita.

Pero ella se da la vuelta antes de que pueda decir nada de eso.

—Quiero la rescisión del contrato.

Me quedo petrificado. Mis pies simplemente dejan de moverse, como si alguien los hubiera clavado al suelo, y mi cerebro necesita un segundo entero para procesar las palabras.

—¿Qué?

—El acuerdo prematrimonial. Quiero rescindirlo. De inmediato.

Su voz es tranquila. No es la voz cargada y temblorosa de antes, ni la de la ira, ni la de la decepción. Esto es otra cosa. Algo decidido. Algo que suena como si lo hubiera formulado frase por frase en su cabeza durante el trayecto de vuelta, comprobando la solidez de cada palabra.

—Ida, acabas de salir del hospital. Te has desplomado hace dos horas en este mismo suelo, y ahora quieres...

—Sí. Ahora.

—¿Podemos al menos...?

—No —levanta la mano, con la palma hacia delante, en un gesto que parece un muro—. No podemos consultarlo con la almohada. No podemos hablar mañana. No puedo despertarme una mañana más en esta cama preguntándome qué versión de ti es la real.

Siento cómo se rinde mi mandíbula, cómo los músculos de mi cuello se vuelven de acero, y me obligo a mantener la calma, porque cualquier cosa que haga mal ahora será irreversible.

—Victor fabricó ese expediente. Lo sabes. En el fondo lo sabes.

—Lo que sé en el fondo —dice Ida, y sus ojos grises son tan claros, tan afilados, que duele mirarlos—, es que en cinco semanas no me has mirado a los ojos ni una sola vez para preguntarme qué me pasa. Ni una sola vez. Y ahora estás aquí diciéndome que le eche la culpa a Victor.

—Porque es su culpa.

—No, Damon —niega con la cabeza, lentamente, y parece definitivo —. El matrimonio forzado en sí ya era absurdo. Y ahora están estas acusaciones. Y seguimos compartiendo cama. Me llamaste consecuencia de la situación, y eso no fue cosa de Victor. Fuiste tú. No puedo más.

La palabra golpea como un golpe. Consecuencia. Lo dije, entonces, aquella mañana, y lo sentí en ese momento como una protección, como una distancia, como un intento de no sentir algo que me parecía demasiado grande. Y ahora esa palabra se interpone entre nosotros como un muro de hormigón.

—Me voy con Leo —dice Ida. Coge su chaqueta del perchero, el bolso del gancho, y sus movimientos son precisos, casi mecánicos, como si lo hubiera ensayado—. Mañana te haré llegar la documentación. Párrafo siete, sección tres, disolución de mutuo acuerdo por ruptura irreparable. Conoces tu propio contrato.

Conozco mi propio contrato. Por supuesto que lo conozco. Yo mismo encargué su redacción.

—Ida, por favor.

Otra vez esa palabra. Por favor. La he dicho hoy más veces que en los últimos diez años juntos, y cada vez sabe más amarga.

Se detiene ante la puerta. Un segundo. Quizá dos. Está de espaldas a mí y veo cómo sus hombros suben y bajan, en una única y profunda inspiración, y luego gira la cabeza, solo un poco, lo suficiente para que vea su perfil.

—Eres un buen mentiroso, Damon. Victor probablemente también lo sea. Uno de los dos miente y, después de todo esto, ya no puedo creerte a ti.

La puerta se cierra.

Sin estruendo. Sin un golpe seco. Solo un clic suave, el sonido de un mecanismo que encaja, y luego el silencio. El ático es grande. Demasiado grande para una sola persona. Nunca me había dado cuenta de eso antes.

Me quedo allí, en medio del salón, con el expediente rojo sobre la mesa, su lado de la cama vacío y el aroma de su champú todavía flotando en el aire. Y por primera vez, estoy en mi propio hogar y no tengo ni la más remota idea de qué hacer a continuación.

Capítulo 19

Ida

El aire nocturno me golpea la cara como un chorro de agua fría.

Estoy de pie frente al edificio, con la chaqueta abierta, el bolso al hombro, y respiro.

Una, dos, tres veces, y a la tercera la respiración me tiembla tanto que tengo que apretar los labios para que no se escape ningún sonido.

Aquí no. No en la acera, donde cualquiera podría reconocerme, la mujer de Damon Reed, llorando frente al edificio, haciendo que parezca que me acaba de echar. Aunque sea al revés. Aunque sea yo la que se ha ido.

Pido un taxi a través de la aplicación porque mis dedos lo hacen automáticamente, porque la memoria muscular aún funciona, aunque el resto de mí se sienta como una bola de nieve a la que alguien ha agitado y luego ha estampado contra la mesa.

Cuatro minutos de espera. Cuatro minutos en los que me quedo mirando la pantalla y sigo el pequeño icono del coche en el mapa mientras se mueve por calles que no veo, y mientras tanto pienso en la sala de exploración. En la luz de neón. En la cara del Dr. Brenner cuando cerró la puerta tras Damon y se giró hacia mí, con esa expresión que tienen los médicos cuando tienen que decir algo que no entra en la categoría de «agotamiento y falta de sueño».

—Sra. Reed, hay algo más.

Así es como empezó. No con una felicitación. No con una sonrisa. Sino con un «hay algo más», como si fuera una nota al pie, un anexo, una posdata debajo de una carta que ya se ha doblado.

—Hemos hecho una analítica completa, por rutina, y nos ha llamado la atención un valor.

Le miré y supe que no hablaba de falta de hierro. No de algo que se solucione con una pastilla y un vaso de zumo de naranja. Fue por su tono de voz, por la forma en que apretaba la carpeta contra su pecho, como si quisiera interponerla entre él y yo.

—Su nivel de hCG está elevado. Considerablemente elevado.

Conocía la palabra. hCG. Gonadotropina coriónica humana. La hormona que el cuerpo produce cuando decide construir algo que antes no estaba allí.

Y aun así, mi cerebro necesitó tres segundos enteros para establecer la conexión. Tres segundos en los que estuve sentada en la camilla, con las manos en el regazo, mirando al Dr. Brenner como si me acabara de decir que la Luna es de queso.

—¿Estoy embarazada?

—Es todavía muy pronto. El valor por sí solo no es una prueba definitiva, pero en combinación con sus síntomas, el síncope, las náuseas y el agotamiento, es muy probable. Le recomendaría que acuda pronto a un ginecólogo.

Asentí. Un asentimiento mecánico, como el de una muñeca a la que alguien tira de la cuerda.

Cuando poco después entró Damon con esa mirada tan llena de preocupación, de culpa y de esa necesidad imperiosa de arreglar algo, casi me eché a llorar. Ahí mismo, delante de él. Porque parecía que realmente se preocupaba. Y porque por un segundo pensé: «Tal vez. Tal vez no sea como parece. Tal vez Victor realmente mintió. Tal vez esto sea real».

Pero entonces pensé en el expediente. En las cinco semanas de silencio. En la palabra «consecuencia». Y le pedí que saliera antes de que pudieran brotar las lágrimas.

El Dr. Brenner me dio un vaso de agua. Se sentó en el taburete, ese taburete redondo de metal con ruedas que parece igual en la consulta de cualquier médico del mundo, y esperó a que terminara de beber.

—¿Necesita que llame a alguien?

Negué con la cabeza.

—Entonces, un consejo más, Sra. Reed: reposo. El estrés es el mayor factor de riesgo en las primeras semanas. Sea lo que sea lo que esté pasando en su vida, y lo digo porque tengo ojos y porque su marido en el pasillo parece haber perdido la guerra, intente buscar espacio. Para usted y para lo que está por venir.

Buscar espacio. Eso es exactamente lo que estoy haciendo ahora, en el asiento trasero de un taxi que huele a ambientador de vainilla y cuyo conductor, por suerte, no es de los que dan conversación. Busco espacio alejándome del hombre que me llamó consecuencia y que posiblemente ha desguazado Flint Enterprises como un carnicero una res, y que a pesar de todo es el padre del niño que está creciendo en mi interior. Un niño. Un niño increíblemente pequeño e increíblemente inoportuno.

Me pongo la mano en el vientre. No noto nada. Por supuesto que no. No hay nada que sentir, ni bulto, ni aleteo, nada. Solo mi propia mano plana sobre mi propio vientre plano y, aun así, este gesto lo cambia todo. Como si accionara un interruptor del que no puedo dar marcha atrás.

A través del cristal pasan las luces de la ciudad como pinceladas borrosas, y pienso en lo que le dije a Damon. Que ya no puedo creerle. Que uno de los dos miente. Y es cierto, sigue siendo cierto, pero al mismo tiempo hay ese otro pensamiento que se desliza bajo todo lo demás como una placa tectónica: los reproches podría haberlos vuelto a discutir. Tal vez haya algo de cierto en su versión. Tal vez Victor de verdad manipuló el expediente, tal vez las pruebas son prefabricadas, tal vez en algún lugar de toda esta historia enrevesada reside una verdad que no puedo ver porque alguien me ha empañado las gafas. De eso podría haber hablado. Sobre eso incluso podría haberme peleado, a gritos y de mala manera, con

acusaciones y contraacusaciones y, al final, quizá, quizá, algún tipo de entendimiento.

¿Pero un hijo?

Eso no es un argumento que se dispute en la mesa de la cocina. No es una prueba en un expediente. Es un ser humano. Un ser humano diminuto, que apenas existe, que no tiene la culpa de que sus padres mantengan un matrimonio por contrato construido sobre el cálculo, la desconfianza y el hecho de que dos familias necesitaran dinero.

No quiero imponerle un hijo a Damon. Esta frase se forma clara y rotunda en mi cabeza mientras el taxi cruza un puente y el agua brilla negra bajo nosotros. Me ha demostrado durante cinco semanas que no siente nada. Quizá no con palabras, pero sí con todo lo demás: la mirada vacía por la mañana, la espalda que me daba, la distancia que mantenía en el sofá, siempre a un brazo de distancia, siempre media conversación, siempre la distancia suficiente para decir, sin pronunciarlo, que soy intercambiable. Una variable. Una consecuencia.

¿Y ahora se supone que debo ir a verle y decirle: «Sorpresa, vamos a tener un bebé»?

¿Para qué? ¿Para que se quede? ¿Por sentido del deber? ¿Por esa misma mentalidad contractual que recorre todo nuestro matrimonio como una grieta en una pared que se tapa con papel pintado pero que sigue ahí? Le conozco lo suficiente para saber qué pasaría. Lo haría. Se quedaría, haría lo correcto, no rescindiría el contrato y, en su lugar, compraría una sillita para el coche, prepararía una habitación y fingiría que todo va bien. Y yo me despertaría cada mañana preguntándome si realmente está ahí o si solo está cumpliendo su parte del trato.

No. No le haré eso a mi hijo. Ni a mí misma.

Por eso me he ido. De forma precipitada. En realidad, volví con él al piso para recoger algunas cosas. Pero en cuanto entré, supe que no aguantaba allí ni un segundo más.

El taxi se detiene frente al piso de Leo. Un edificio antiguo, tercer piso, sin ascensor. La fachada se cae a trozos en las esquinas y la luz del portal parpadea porque Leo lleva tres meses diciendo que se encargará de ello y nunca lo hace. Conozco este portal. He subido cien veces, de adolescente, de estudiante, de mujer adulta, y cada vez me he sentido como si llegara a casa. Hoy me siento como si estuviera huyendo.

Llamo al timbre. Una, dos veces. Leo abre en camiseta y pantalones de chándal, con el pelo alborotado y una cerveza en la mano, y su rostro pasa de soñoliento a alarmado en medio segundo.

—¿Ida? Pero ¿qué...

—¿Puedo entrar?

Se echa a un lado sin preguntar. Así es Leo. Primero abre la puerta, luego hace las preguntas. Paso por su lado, al pasillo que huele al piso de Leo, a madera, a detergente y a la albahaca que cultiva en el alféizar de la ventana y que nunca riega, dejo mi bolso y me quedo allí de pie.

—Ida, ¿qué ha pasado? Son las once y media.

—Ya sé qué hora es.

—Tienes una cara de...

—No lo digas.

Levanta las manos, la cerveza se agita un poco. —Vale. No lo digo. Siéntate, te preparo algo caliente.

No me siento. En lugar de eso, voy al baño, porque el baño es la única habitación de una casa que se puede cerrar con llave sin que nadie pregunte por qué, y cierro la puerta, apoyo la espalda contra ella y me deslizo hacia abajo hasta que me quedo sentada en las baldosas frías, con las rodillas dobladas y las manos en las espinillas. El cuarto de baño de Leo es pequeño. De la barra de la ducha cuelga una sola manopla que parece haber visto tiempos mejores.

Y entonces llegan las lágrimas.

No con elegancia. No en silencio. Sino de la forma en que se rompen las cosas que se han mantenido unidas durante demasiado tiempo: de forma ruidosa y fea, y con ese sonido que sale del pecho y que suena como algo que se desgarra. Me presiono los ojos con la base de las manos y lloro, en el baño de Leo, sobre los azulejos fríos de Leo, mientras la lavadora hace su centrifugado y el mundo exterior sigue girando como si no hubiera pasado nada.

Embarazada. Estoy embarazada. De Damon Reed, el CEO de MediaTech, mi marido sobre el papel, un extraño, un hombre que me cogió de la mano, me besó y me sedujo como si significara algo para él, y que después me trató como una partida en su balance de resultados. De este hombre voy a tener un hijo.

Llaman a la puerta. Suavemente, con los nudillos.

—¿Ida?

La voz de Leo, amortiguada por la madera, preocupada pero paciente. Está ahí delante, lo sé, probablemente apoyado con el hombro en la pared y sosteniendo un vaso de té que habrá sacado de alguna parte, porque esa es la solución de Leo para todo. Té, estar ahí y esperar.

Me seco la cara con la manga. No sirve de nada.

—Ida, abre la puerta. Por favor.

Alargo el brazo hacia arriba y giro el cerrojo. La puerta se abre y ahí está Leo, exactamente como me lo imaginaba, hombro contra la pared, un vaso en la mano que, sin embargo, no es té, sino agua, y su mirada me dice que ha oído el llanto. Cada sonido. A través de la fina puerta.

Me mira. No dice nada. Deja el vaso sobre el borde de la lavadora, se pone de cuclillas para estar a mi altura y espera.

—Estoy embarazada —digo.

Las palabras salen como si estuviera escupiendo algo que he mantenido en la boca demasiado tiempo. Es solo una frase, pero el aire en el baño cambia.

Leo parpadea. Una vez. Su cara atraviesa en un segundo más fases que un semáforo: confusión, incredulidad, comprensión y luego algo oscuro, algo que rara vez veo en él, porque Leo es el tranquilo, el sensato, el que siempre tiene un chiste y nunca es el primero en levantar la voz.

—¿De quién?

Lo pregunta en voz baja. Controlada.

Le miro. No digo nada. No hace falta que diga nada.

El músculo de la mandíbula de Leo da un respingo. Respira por la nariz, despacio, y veo cómo su mano se apoya en el marco de la puerta, con los nudillos blancos.

—Le mato.

Capítulo 20

Damon

El whisky no sabe a nada.

Es lo primero de lo que me doy cuenta al tomar el tercer trago y sentir cómo el líquido me resbala por la lengua como agua del grifo templada con un toque picante. Macallan, dieciocho años, cuatrocientos dólares la botella, y no sabe absolutamente a nada porque tengo la boca entumecida, la cabeza en otra parte y todo mi cuerpo está sentado en este sofá como algo que alguien ha dejado ahí y ha olvidado.

El apartamento está en silencio. No es ese tipo de silencio agradable, no es de esos en los que te reclinas y piensas: «por fin, algo de paz», sino del tipo que te dice que falta algo. Que falta alguien. Que el aire en las habitaciones se ha vuelto más enrarecido desde que la puerta se cerró y los pasos de Ida se desvanecieron en

el pasillo, y yo me he quedado aquí como un idiota que no sabe si salir corriendo tras ella o sentarse, y que al final ha optado por sentarse porque ir tras ella significaría que sé qué decir. Y no lo sé.

Hago girar el vaso en la mano. El hielo se ha derretido, una fina película de agua flota sobre el ámbar y la condensación me resbala por los dedos. No me la limpio. No me importa. Ahora mismo me dan igual muchas cosas y, al mismo tiempo, nada me da igual; esta contradicción me da vueltas en el cráneo como una lavadora en el ciclo de centrifugado.

¿Cómo ha podido pasar esto?

A ver, puedo reconstruir los pasos. Puedo señalar el momento exacto en el que he visto el expediente esta noche y he intentado explicarle que todo lo que hay dentro es mentira. Puedo señalar las cinco semanas, esas malditas cinco semanas en las que me he recluido como un animal que se mete en su madriguera para tramar un plan y, mientras tanto, no me he dado cuenta de que estaba perdiendo a la única persona que merece la pena conservar.

Pero el «cómo» no explica el «porqué». No explica por qué un hombre que negocia fusiones mientras duerme y disecciona contratos como otros desmontan relojes no es capaz de decirle a una mujer lo que siente. No explica por qué me he quedado mirando cómo aumentaba la distancia entre nosotros, noche tras noche, centímetro a centímetro, y no he hecho nada, como si fuera una tendencia de mercado que se corrige sola.

Le doy otro trago. Sigo sin notar nada. Lujo insípido, mi especialidad.

Mi mirada cae sobre la encimera de la cocina, donde aún está la taza de Ida. Al lado, su cuchara, apoyada sobre el platillo como hace

siempre, y esa imagen, esa imagen ridículamente pequeña e insignificante, me golpea con más fuerza de la que Victor Drais me haya golpeado jamás.

Dejo el vaso sobre la mesa. Con demasiada fuerza. El whisky salpica por el borde, dejando una mancha oscura sobre la madera clara de la mesa de centro. Me quedo mirándola y pienso en la cara de Ida cuando me ha mirado. En el hospital. En cómo sonaba su voz cuando ha dicho que uno de los dos miente. En cómo ha dicho «vete», y en cómo esa sola palabra se ha sentido como si alguien diera un portazo a un cajón en mi pecho donde guardo todo lo que me importa.

Entonces suena el timbre.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza procese nada. Ya estoy de pie, olvidando el vaso, y voy hacia la puerta; mi pulso hace algo estúpido, algo esperanzador, porque una parte de mí piensa: «Ha vuelto. Se lo ha pensado mejor. Está ante la puerta con su bolso y sus ojos grises y va a decir que ahora vamos a hablar, pero de verdad, y yo le diré todo lo que debería haberle dicho, cada maldita palabra».

Abro la puerta.

No es Ida.

Leo Flint está frente a mí y tengo apenas medio segundo para leer su expresión —los labios apretados, las aletas de la nariz dilatadas, los ojos que parecen algo que arde— antes de que su puño impacte en mi barbilla.

El golpe viene desde abajo. Fuerte, preciso, con todo el peso de su cuerpo detrás, y mi cabeza sale despedida hacia un lado. Retrocedo dos pasos tambaleándome por el pasillo y mi espalda choca contra el perchero.

Dolor. Caliente y sordo, desde la mandíbula hasta la sien, y me sabe a cobre, esa película metálica en la lengua que te indica que algo se ha rajado.

—¿Pero qué co...?

Leo se me echa encima. Me agarra por el cuello, me empuja contra la pared y su cara está tan cerca de la mía que puedo oler su cerveza y la furia que emana de él como si fuera calor.

—Pedazo de capullo —dice. En voz baja. Eso es lo peor. No grita. Su voz suena como algo contenido a duras penas, con su último aliento, como un perro con una correa que está a punto de romperse—. Maldito capullo egoísta.

—Leo, ¿por qué...?

—Cierra la puta boca. Su agarre se tensa. El cuello de mi camisa se me clava en la nuca. —Te dije lo que pasaría si le hacías daño. Te lo dije a la cara y tú me miraste con tu mirada de director ejecutivo y asentiste como si te lo tomaras en serio. ¿Te acuerdas?

Me acuerdo y asiento.

—¿Qué te ha contado?

Leo suelta una carcajada. Breve, seca, sin pizca de gracia. —¿Que qué me ha contado? Está sentada en el suelo de mi baño llorando

como si se le fuera la vida. Eso es lo que me ha contado. No con palabras. Con el sonido que hace una persona cuando ya no puede más.

Algo se me encoge en el pecho. De forma brusca y repentina, como un calambre.

—Leo, puedo explicarlo.

—¿Explicarlo? ¿A mí? —escupe la palabra como si le dejara un mal sabor de boca—. Pregúntale a ella. Pregúntale a ella qué pasa, si es que no lo sabes. Pero eso de matrimonio falso, Damon, eso de que solo es un contrato... —suelta mi cuello, da un paso atrás y sus manos tiemblan; veo cómo cierra los puños para detener el temblor —. Eso de que no significa nada.

Me quedo apoyado contra la pared, con el sabor de la sangre en la boca, el abrigo de Ida a mis pies, y miro fijamente a Leo, que me observa como si yo fuera lo más despreciable de este mundo.

—Pregúntale a ella —repite una vez más. Ahora con la voz más baja. Casi cansado. Luego se da la vuelta y se marcha; la puerta se cierra tras él y me quedo solo.

Silencio.

Me llevo la mano a la barbilla. Me palpita, el dolor se siente profundo en el hueso y, al retirar los dedos, hay un rastro de sangre en ellos, de un rojo oscuro, proveniente del labio inferior partido.

Pregúntale a ella. Eso de matrimonio falso.

Vuelvo al salón. No me siento. Me quedo junto a la ventana mirando la ciudad, que no significa nada para mí, e intento comprender qué acaba de pasar.

Leo lo sabe. Sea lo que sea lo que Ida le haya dicho, Leo sabe algo que yo no sé, y es lo suficientemente importante como para que un hombre adulto cruce la ciudad en mitad de la noche para pegarle un puñetazo a otro en la cara. Es lo suficientemente importante como para que le temblaran las manos. Es lo suficientemente importante como para que haya dicho «eso de matrimonio falso» como si ese concepto fuera de repente un chiste que ya no le hace gracia a nadie.

Mi corazón late. Fuerte, rápido y a destiempo, como si alguien le hubiera cambiado el ritmo.

Y entonces, en este momento, comprendo varias cosas. El expediente. Victor. El consejo de administración. MediaTech. La estrategia, el plan, la partida de ajedrez que llevo semanas jugando mientras mi mujer se desmoronaba a mi lado y yo no lo veía, porque estaba tan ocupado protegiendo al rey que he acabado perdiendo a la reina.

Joder.

La quiero.

Quiero a Ida.

Y no es porque me haya dejado y la pérdida me haya convertido en un idiota sentimental. Ese sentimiento ya estaba ahí cuando me miró en la Gala con esa mirada que decía: «te calo y, aun así, sigo aquí».

Estaba ahí cuando se quedaba por las mañanas en mi camisa en la cocina, bebiendo su café mientras hacía el crucigrama con un bolígrafo detrás de la oreja. Estaba ahí cuando la besé y, sobre todo, estaba ahí cuando nos amamos durante esos tres días atrapados por la nieve y mi maldito plan maestro se fue completamente al traste.

Ha estado ahí todo el tiempo. Y yo lo he tratado como una variable extraña. Como un error en el sistema al que no se presta atención porque no encaja en los cálculos. Porque Damon Reed no tiene debilidades. Porque Damon Reed no es tan tonto como para enamorarse de la mujer con la que tiene un contrato.

Pero eso es exactamente lo que ha pasado y, durante cinco semanas, he tratado a la mujer que amo como si fuera invisible porque era demasiado cobarde para admitir que ella es mucho más que un contrato, y demasiado orgulloso para decírselo.

Cojo mi móvil. Marco su número. Suena. Una, dos, tres, cuatro veces y luego salta el buzón de voz; la voz de Ida, escueta y profesional: —Soy Ida, deja tu mensaje. Cuelgo. Marco otra vez. Buzón de voz. Una vez más. Buzón de voz.

No me lo coge. Por supuesto que no me lo coge. ¿Por qué iba a hacerlo?

Dejo el móvil en el alféizar de la ventana y me quedo mirándolo como si pudiera decirme qué hacer, y entonces mi mirada cae en el calendario, en la notificación que lleva horas parpadeando en la pantalla de bloqueo como un faro que he ignorado: reunión del consejo de administración. Mañana. 9:00.

La reunión por la que llevo semanas trabajando. La reunión en la que Victor pretende dar su gran golpe, en la que reunirá los votos que necesita para destituirme y hacerse con el control de MediaTech.

La reunión para la que he desarrollado contraestrategias, buscado aliados, preparado expedientes y aceptado noches sin dormir, mientras Ida yacía a mi lado creyendo que no siento nada.

En ocho horas estaré sentado en esa sala, ante esa mesa, frente a Victor Drais, y debería estar nervioso. Debería estar repasando mis documentos. Debería llamar a mi abogado y comentarlo todo.

En lugar de eso, voy al baño y me observo la cara en el espejo. El labio partido. Una sombra azulada en la barbilla que mañana será de color morado oscuro. Ojos inyectados en sangre por el whisky, por la falta de sueño y por algo más que no quiero nombrar, porque Damon Reed no llora, aunque ahora mismo Damon Reed se sienta condenadamente cerca de hacerlo.

Me limpio la sangre de la barbilla. Me seco la cara. Miro al hombre del espejo que me devuelve la mirada y lo digo en voz alta, en el vacío del apartamento, porque hay que pronunciarlo, porque tiene que hacerse real, porque ha estado demasiado tiempo encerrado en mi interior.

—La quieres, pedazo de imbécil.

Mi voz resuena en los azulejos. Suena patético. Suena real.

Vuelvo a la ventana. En unas horas estaré en esa sala de juntas, con mi traje y mi labio partido, y Victor me mirará y pensará que ha ganado.

Pero el plan ha cambiado.

No voy a entrar en esa sala para defenderme. No voy a entrar en esa sala para salvar MediaTech, ni para asegurar mi puesto, ni para

superar a Victor. Ese era el antiguo plan. El plan de un hombre que creía que su empresa era lo más importante que poseía.

Mañana a las nueve de la mañana entraré en esa sala de juntas. Y entonces, lo reduciré todo a cenizas.

Capítulo 21

Ida

Me despierto y, durante tres segundos, no sé dónde estoy.

Entonces huelo el detergente de Leo, esa cosa con aroma a brisa marina que huele a todo menos a mar, y mi espalda se queja con un dolor sordo porque el sofá de Leo es más o menos tan cómodo como una tabla con un cojín encima, y todo me viene a la mente de golpe. El expediente. El hospital. La cara de Damon en la puerta cuando me fui. El trayecto hasta aquí, durante el cual no lloré, ni una sola lágrima, porque me juré a mí misma no sollozar en el taxi, y luego el suelo del cuarto de baño de Leo, donde ya no pude aguantar más.

Me incorporo. La manta que Leo debe de haberme echado por encima se me resbala de los hombros. Fuera está claro, hay una luz matinal deslumbrante que entra por las persianas y dibuja rayas en

el suelo. En la mesa de centro hay un vaso de agua y una caja de aspirinas con un post-it pegado. La letra de Leos, grande y torcida: —Tómate una. Café en la cocina. Sin rechistar—.

Dejo la pastilla donde está, porque un pequeño ser humano está creciendo dentro de mí y no tengo ni idea de si puedo tomar algo así sin preocupaciones. Por eso, prefiero no hacerlo.

En la cocina, Leo está apoyado en la encimera consultando su móvil. Lleva la misma ropa que ayer, lo que significa que o bien no ha dormido o se ha quedado frito con la ropa puesta. Al verme, guarda el móvil y me estudia con esa mirada típica de los hermanos mayores, esa mezcla de preocupación e intento de no demostrarla.

—Buenos días —dice.

—Buenos días.

Me desliza una taza. Negro, sin azúcar, justo como lo necesito ahora. Le doy un sorbo; el café está demasiado fuerte y ligeramente quemado, pero está caliente y eso es lo único que importa en este momento.

—¿Cómo estás? —pregunta con cautela.

—Súper. Estupendamente. Todo genial. —Doy otro sorbo y yo misma noto lo falsas que suenan mis palabras. Pero estamos hablando de algo, eso es lo principal.

—¿Y tu mano? —pregunto, señalándola.

—Bien, por ahora. —Levanta la mano derecha. Tiene los nudillos hinchados, la piel sobre el dedo corazón en carne viva, y flexiona los

dedos un par de veces como si quisiera comprobar si todo sigue funcionando.

—¿Leo? —digo.

—¿Qué?

—Eso era innecesario.

Se ríe. Una risa corta y áspera. —¿Innecesario? Claro. ¿Ese tipo le rompe el corazón a mi hermana y yo tengo que quedarme sentado en casa tomando un té?

—Le pegaste. A eso me refiero.

—Una vez. Y se lo merecía.

—Ese no es el caso. —Dejo la taza. Con demasiada fuerza, el café salpica fuera. —El caso es que puedo solucionar esto yo sola. Que no tienes que cruzar la ciudad en plena noche para pegarle a alguien en la cara solo porque tu hermana esté sentada en el suelo de tu baño haciendo el ridículo. Tuve un momento de debilidad. Debería habértelo dicho ayer, en realidad. Pero estaba demasiado absorta en mis cosas, como ya notaste.

—No hiciste el ridículo.

—Sí, lo hice.

Leo me mira. Largo rato, tranquilo, sin parpadear. Luego se separa de la encimera, rodea la isla de cocina y me pone la mano en el

hombro. Sus dedos me aprietan una vez, de forma breve y firme; él no dice nada y yo tampoco, y eso vale más que cualquier palabra.

Luego me suelta y va hacia el frigorífico.

—¿Huevos revueltos o tostadas?

—Nada de eso.

—O sea, huevos revueltos. —Saca huevos y una sartén, y sé que es inútil llevarle la contraria, así que me siento en la isla de cocina, bebo mi café quemado y observo cómo mi hermano casca los huevos, intentando no pensar en cómo lo hacía Damon por las mañanas, siempre con una mano porque lo había visto en alguna parte y le parecía impresionante, aunque una de cada tres veces caía cáscara en el revuelto.

Tengo que dejar de compararlo todo con él.

Después del desayuno, que solo logro comer a medias ignorando la mirada silenciosa de Leo, me refugio de nuevo en el sofá. Leo me ha dejado el mando a distancia como si fuera un medicamento y voy pasando canales, porque zapear significa que no tengo que pensar. Programa de cocina. Siguiente. Documental sobre orcas. Siguiente. Algún reality en el que unos tipos están encerrados en una casa y sacándose de quicio unos a otros. Me quedo ahí, porque eso refleja bastante bien mi estado actual, solo que sin el equipo de televisión.

No funciona. Nada funciona. Porque detrás de cada imagen en la pantalla hay otra, una que solo se reproduce en mi cabeza, y muestra a Damon tal como estaba en la habitación del hospital. Cómo insistía una y otra vez en que el expediente es falso. Y yo no quise escucharlo.

¿Debería haberle creído?

Esa es la frase que da vueltas y vueltas como un tiovivo que no para. He leído el expediente, estaba todo negro sobre blanco. Pero Damon lo negó, intentó explicarlo, y yo me fui.

¿Y si dijo la verdad?

No. No, ese es precisamente el pensamiento que no me puedo permitir, porque ese pensamiento significa que he cometido el mayor error de mi vida, y ahora mismo no puedo afrontar eso, no en este sofá, con los ojos hinchados de llorar y el sabor a café malo en la boca.

Leo sale del dormitorio. Recién duchado, con otra ropa, el pelo aún mojado, y se sienta en el sillón junto al sofá. Observamos juntos la pantalla un rato, donde una mujer le explica a otra por qué ha usado su barra de labios como si fuera un crimen de guerra. Luego cambio de canal. Ahora sale un canal de noticias.

—Ida.

—Dime.

—Tengo que decirte algo y no vas a querer escucharlo.

Giro la cabeza. —Si vas a decirme ahora que debería volver con él, te tiro el mando a la cabeza.

—No estoy diciendo que vuelvas con él. —Se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas y la mano hinchada colgando relajada entre las piernas. —Digo que ayer le solté un viaje a ese tío y que me di cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—No se defendió.

Parpadeo. —¿Qué?

—Damon Reed. Metro noventa, en plena forma, el tipo que en cualquier negociación es el último en ceder. Me planto en su puerta, le pego en la cara y no hace nada. No se protege, no me la devuelve, ni siquiera llama a su gente. Se queda ahí y lo aguanta. Le conozco y esa no es su forma de actuar. Normalmente no.

No digo nada. Tengo la boca seca.

—Y luego le dije que te preguntara qué pasaba. ¿Y sabes qué cara puso? Parecía alguien que acaba de darse cuenta de que ha roto algo irreparable. No su empresa. No su reputación. —Leo me mira—. A ti.

—Leo, para.

—Ya casi acabo. —Se frota la frente con la mano sana. —Mira, Damon es un idiota. Un completo e integral gilipollas. Que me prometió no ponerte nunca la mano encima y...

—Leo, vuestro juramento infantil me importa un bledo ahora mismo —le espeto.

—Está bien. Tienes razón. Pero aparte de eso: has dicho que te ignoró durante cinco semanas. Solo por eso ya se merecía la tunda. Pero ese tío siempre fue leal. Siempre. Hasta papá lo decía, y papá no dice esas cosas por decir. Y mucho menos lo diría si lo que pone en el expediente fuera verdad.

El reality sigue en la pantalla, algún drama sobre una nevera, y apenas escucho las palabras porque las de Leo suenan más fuertes a pesar de que habla en voz baja.

Leo tiene razón. Papá nunca habló mal de él.

—No lo sé, Leo. No sé qué pensar.

—Ida, piénsalo. Cuando Flint Enterprises estuvo en crisis, ¿quién nos ayudó? Claro que ese estúpido acuerdo prematrimonial también le beneficia a él. ¿Pero tenía por qué hacerlo? ¿Quién habría tenido cien oportunidades de timarnos y no lo hizo?

—Eso no demuestra nada.

—No. Pero plantea preguntas. ¿Le diste la oportunidad de explicar lo del expediente?

No. No se la di. No quise escuchar su versión.

La palabra queda suspendida en el aire aunque no la pronuncio. Leo la oye de todos modos.

—No estoy diciendo que sea inocente —dice, recostándose en el sillón—. Solo digo que el expediente estaba metido en los álbumes de fotos de la antigua mansión de papá. ¿Por qué ahí? ¿Quién tiene acceso?

¿Víctor Drais?

El nombre se forma en mi cabeza antes de que pueda atraparlo, y con él una sensación parecida al hielo recorriéndome la espalda.

Pero es absurdo. ¿Cómo demonios lo habría hecho?

Damon dijo que Víctor colocó el expediente. Dijo que era una trampa. Y yo negué con la cabeza y me fui porque estaba tan furiosa, tan cansada y tan agotada que ya no podía escuchar más.

¿Y si debería haberle escuchado?

¿Y si ese Víctor realmente tiene los medios y las maneras de lograr algo así? ¿Sería posible?

Me subo más la manta y clavo la vista en la televisión sin ver nada. Mi cabeza calcula, ordena, coloca piezas del rompecabezas que antes no encajaban, y de repente algunas sí que lo hacen. El distanciamiento de Damon. Esas cinco semanas que interpreté como indiferencia y que quizá fueron algo completamente distinto.

¿Quizá protección?

—Todo esto es una maldita mierda —digo en voz baja.

Leo se limita a asentir.

—Es verdad —dice Leo.

Abro la boca para decir algo, algo sobre el expediente o sobre Victor o sobre el hecho de que anoche cerré la puerta sin escucharle, pero en ese momento el programa de televisión se interrumpe de golpe. En la parte inferior aparece un rótulo rojo y las palabras tardan un segundo en procesarse en mi cerebro.

ÚLTIMA HORA: Damon Reed dimite como CEO de MediaTech Inc.

Me incorporo bruscamente. La manta cae al suelo.

En la pantalla aparece una presentadora frente al edificio de MediaTech, con el viento despeinándola, y habla rápido y agitada, y las palabras me llegan como a través del agua: «sorprendente», «reunión del consejo de administración», «con efecto inmediato», «sin declaración oficial».

—Leo —digo, y mi voz suena extraña.

Leo se queda mirando la pantalla. Tiene la boca abierta.

El rótulo se repite. Las mismas palabras. Rojo sobre blanco.

Damon Reed dimite como CEO de MediaTech Inc.

—¿Por qué lo ha hecho? —susurro.

Pero sospecho que tiene que ver conmigo, con Victor o con ambos. ¿Ha perdido Damon su batalla? ¿Y solo por mi culpa? ¿Es posible que las cinco semanas tampoco fueran fáciles para él y yo no haya querido ver lo que pasaba en su mundo?

Capítulo 22

Damon

La sala de conferencias huele a cuero, al perfume caro de los hombres y mujeres que se han reunido en torno a la mesa.

Estoy sentado a la cabecera. Doce sillas, once ocupadas, y al otro extremo de la mesa está sentado Victor Drais, bebiendo su café como si la sala fuese suya. Lleva un traje de color antracita, corbata con rayas discretas, gemelos de plata, y luce esa sonrisa que probablemente ensaya ante el espejo; esa sonrisa paternal y de sabelotodo que dice: «Lo tengo todo bajo control».

No es cierto.

Solo que aún no lo sabe.

Me late la mandíbula, justo donde aterrizó ayer el puño de Leos, y aunque esta mañana me he aplicado hielo en la hinchazón, todavía es visible; una sombra azulada bajo la piel hacia la que las miradas de los miembros del consejo se desvían una y otra vez, como si quisieran preguntar y no se atrevieran.

Victor abre la sesión.

—Caballeros —dice, entrelazando las manos sobre la mesa—. Tenemos algunos puntos urgentes en el orden del día. Los resultados trimestrales, la reorientación estratégica en el sector digital y, por último, la cuestión de la estructura de liderazgo.

Se refiere a mí. Es su juego favorito desde hace meses: poner en duda mi posición sin atacarla directamente. Pequeñas pullas. Cumplidos envenenados. Insinuaciones en los pasillos. Y ahora el expediente que colocó en la villa de Arthur para que Ida lo encontrara e hiciera exactamente lo que hizo.

Todo destruido. Con un montón de papeles.

Podría haberlo evitado. Si no me hubiera quedado callado cinco semanas, centrándome solo en mis problemas. Quizás ella me habría hablado del expediente. Pero como pensé que podía solucionarlo todo solo, porque creía que mantenerla al margen era lo correcto, ahora estoy aquí sentado con la mandíbula dolorida, un labio hinchado, un ojo morado, viviendo en un piso vacío y con la certeza de que soy el mayor idiota de esta sala.

Y en esta sala está Victor Drais. Eso ya dice mucho.

—Antes de pasar a los resultados trimestrales —digo, y mi voz suena calmada, tanto que Victor posa la taza de café y me mira—, tengo

un punto que me gustaría adelantar.

Silencio. El tipo de silencio que se produce cuando once hombres con trajes caros se dan cuenta al mismo tiempo de que algo no va según el plan.

—Damon —dice Victor con esa paciencia aceitosa—. Tenemos un orden del día.

—Acaba de cambiar.

Abro la carpeta que tengo delante. Cuero negro, sin logotipo, nada llamativo. Jennings me la ha entregado esta mañana, sin decir palabra, con esa mirada que dice: «Yo he hecho mi trabajo, ahora haz tú el tuyo».

Ahí dentro está todo. Seis meses de trabajo de un detective privado al que contraté cuando Victor intentó por primera vez echarme de mi propia empresa. Nunca quise jugar esta carta. No así, no aquí, no ante una docena de miembros de este comité que después se irán a almorzar y se lo contarán a sus socios.

Yo mismo no era ningún santo antes de conocer a Ida. Sé cómo son las noches en esta ciudad cuando se tiene suficiente dinero y muy poca decencia, y no quería ser el que tirara piedras teniendo el tejado de vidrio.

Pero Victor no solo ha jugado conmigo. Ha herido a Ida. Ha arruinado su vida. Y eso lo cambia todo.

—¿De qué se trata esto? —pregunta Victor, y por primera vez oigo algo en su voz que no es fingido. Inseguridad. Fina como un hilo, pero está ahí.

Pongo la primera foto sobre la mesa. Se desliza por la madera pulida y se queda en el centro, a la vista de todos. Victor Drais, sesenta años, pez gordo en MediaTech Inc., fotografiado ante la puerta de un establecimiento en la calle 2 que se hace llamar discretamente «Salon Noblesse», aunque todos en esta sala saben qué ocurre allí. En la foto, Victor le entrega billetes a una mujer en la entrada. La iluminación es mala, roja y difusa, pero su rostro se ve con total claridad.

—¿Qué demonios...? —comienza Victor.

Pongo la segunda foto al lado. El mismo establecimiento, otra fecha, otra mujer. Victor desaparece tras una cortina de terciopelo hacia un reservado. Tiene la mano en la cadera de la mujer y su anillo de bodas brilla bajo la luz.

La tercera foto. Otro local, en la calle Taylor, esta vez, menos discreto, con más neones. Victor en la barra, una copa en una mano y la otra en el muslo de una mujer que tiene la mitad de su edad y apenas lleva ropa.

Se hace el silencio en la sala. Tan absoluto que puedo oír el zumbido del aire acondicionado y el tic-tac del reloj de pulsera de Richter, que está sentado dos asientos más allá y mira las fotos como si alguien hubiera puesto una granada sobre la mesa.

—Drais —dice Hoffmann, un miembro del consejo; su voz es plana y fría—. ¿Qué es esto?

Victor se levanta. Su silla chirría contra el suelo. —Esto es una insinuación escandalosa. Es obvio que estas fotos están manipuladas, y pienso...

—Siéntese, Victor.

Mi voz corta el aire de la habitación. Noto cómo los demás se sobresaltan, cómo miran de él a mí y de vuelta a él, como si fuéramos dos trenes en la misma vía.

Pongo el cuarto documento sobre la mesa. Esta vez un extracto bancario, con partes tachadas pero con los importes legibles. Retiradas de efectivo periódicas, siempre en viernes, siempre de entre quinientos y mil dólares, durante meses.

—Tengo material de seis meses. Fotos, datos, testimonios. —Me echo hacia atrás y miro a Victor—. A la prensa le encantaría esto. Pero no es eso lo que busco.

Victor sigue de pie. Se ha puesto rojo de ira. Las manos, que antes descansaban tan tranquilas sobre la mesa, ahora cuelgan a sus costados y los dedos le tiemblan. Muy levemente. Lo justo para que yo lo vea.

—¿Adónde quiere llegar? —suelta entre dientes.

—Está acabado, Victor.

Y entonces ocurre algo con lo que no contaba. No porque sea sorprendente, sino porque pensaba que Victor era demasiado controlado para algo así, demasiado vanidoso, demasiado empeñado en mantener la fachada.

Se ríe.

No es una risa real. Es el sonido que emite un animal cuando se ve acorralado y se da cuenta de que huir ya no es una opción. Una risa

que sabe a pánico y a odio, y que llena toda la sala hasta que Hoffmann se echa hacia atrás en su silla y Müller apoya la mano plana sobre la mesa, como si necesitara sujetarse.

—¿Acabado? —dice Victor, y su voz es distinta ahora, ronca, aguda y sin control alguno—. ¿Yo estoy acabado? Eso es bueno, Reed. Muy bueno, de verdad.

Se apoya con ambos puños en la mesa y se inclina hacia delante. Tiene la cara roja, las venas del cuello se le marcan como sogas y la saliva se le acumula en las comisuras de los labios.

—¿Quiere acabar conmigo? ¿Con unas fotos de un burdel? ¿Para eso ha pagado a un detective? —Pasa la mano por encima de las fotos y dos de ellas vuelan de la mesa, planeando hasta el suelo como hojas muertas—. No tiene ni idea de todo lo que he hecho. Es un ignorante y un arrogante...

—Victor —dice Hoffmann en tono de advertencia—. Cálmese.

Victor no lo oye. O lo oye y le da igual, lo cual viene a ser lo mismo, porque me clava unos ojos que brillan con humedad y tienen algo errático, algo expuesto, como si la máscara no solo se le hubiera resbalado, sino que se la hubieran arrancado.

—El expediente rojo —dice, y cada palabra gotea veneno—. ¿Sabe cuánto tiempo estuve trabajando en él? Meses, Reed. Meses. Cada detalle, cada transacción. Todo reunido minuciosamente y, a través de un contacto en el Ministerio de Justicia que me debe un favor, lo hice colocar exactamente donde esa zorra de su hija tenía que encontrarlo.

El silencio que sigue no es como los anteriores. Es físico. Tiene peso y temperatura, y me oprime el pecho como una mano.

Lo ha dicho. Delante de diez testigos. Ante todo el comité. Y ni siquiera se da cuenta, porque la ira le ha devorado la razón.

Me levanto. Lentamente. Mi silla rueda hacia atrás.

Victor sigue hablando, su voz se vuelve cada vez más chillona. —Y ha funcionado, ¿verdad? ¡Ha funcionado de maravilla! Encontró el expediente y corrió hacia usted, y ahora está aquí sentado con su ojo morado y sus fotos y se cree que puede...

El resto de la frase se pierde en el sonido que hace mi puño al golpear su barbilla.

No es un golpe limpio. No es un puñetazo de boxeador ni un gancho preciso. Es el movimiento bruto y sin filtros de un hombre que acaba de escuchar cómo ese individuo ha movido hilos, ha tejido mentiras y ha envenenado la vida de una mujer que no ha hecho otra cosa que ser sincera y buena.

Victor se tambalea hacia atrás. Su espalda choca contra el alféizar de la ventana, manotea en el aire, sus dedos resbalan por la madera y acaba sentado en el suelo. Así de simple. Está sentado en la alfombra de una sala de conferencias en el piso veintitrés, sujetándose la barbilla, mientras de su labio inferior partido brota sangre que cae sobre su cuello antracita.

Me arden los nudillos. El dolor me recorre la mano y el antebrazo, un latido caliente y agudo, y me hace sentir bien. Mejor que cualquier otra cosa que haya sentido en las últimas semanas.

Nadie se mueve. Richter se tapa la boca con la mano. Hoffmann se ha levantado, pero no se acerca. Algún otro contempla a Victor como si hubiera olvidado cómo se parpadea.

Victor escupe sangre en la alfombra. Cae formando una mancha oscura sobre el gris claro y la mira como si no pudiera comprender que es suya.

—Eso —digo, y ahora me tiembla la voz, muy levemente, no de miedo ni de arrepentimiento, sino por la réplica de algo que ha estado acumulado en mi interior demasiado tiempo— ha sido por Ida. Y no vuelva a llamarla así. No se atreva.

Victor no dice nada. Se queda sentado en el suelo agarrándose la mandíbula con aspecto de lo que es: un viejo que ha creído durante demasiado tiempo que el poder y la crueldad son la misma cosa.

Me dirijo al comité. Mi mano late, mi corazón martillea, pero mi mente está más lúcida que en semanas.

—Todos lo han oído —digo—. Ha admitido que colocó un determinado expediente. Ha admitido que lo manipuló para perjudicar a mi esposa. —La palabra se me queda trabada en la garganta. Porque es mi mujer, pero nadie aquí sabe lo del trato. Pero eso no importa—. Junto con las fotos, esto debería bastar para su decisión.

Hoffmann asiente despacio. —Reed, creo que todos estamos de acuerdo en que el señor Drais ya no es aceptable en este puesto. —Se aclara la garganta—. Y su posición como CEO, por tanto, queda por descontado que...

—No.

Hoffmann parpadea. —¿Cómo dice?

—Renuncio a mi cargo. Con efecto inmediato.

El silencio que sigue es distinto a todos los anteriores. Antes era conmoción. Ahora es estupefacción, de esa que abre bocas y arquea cejas, y que hace que Richter se quite las gafas y se las vuelva a poner como si hubiera oído mal.

—Reed, no hablará en serio —dice Hoffmann.

—Hablo muy en serio.

—Acaba de derribar a Victor Drais de su silla, literalmente, ¿y ahora quiere irse usted también? No tiene ningún sentido.

Para él no tiene sentido. Para mí, por primera vez en semanas, lo tiene todo.

Victor se incorpora con dificultad. Nadie le ayuda. Agarra su maletín y sus movimientos son bruscos, nerviosos; al levantarlo, se le resbala el asa de la mano. Lo recupera, se limpia la sangre del labio y se dirige a la puerta sin decir palabra, sin mirar a nadie, y cuando la puerta se cierra tras él, es como si la sala hubiera exhalado.

—Mis acciones —digo rompiendo el silencio— pasan a Ida Reed y Leo Flint, o bien a su empresa Flint Enterprises. Aclararé los detalles con los abogados.

—Reed, no podemos simplemente...

—Son personas que me importan —lo digo con calma, pero la frase tiene peso y yo mismo noto cómo flota en el aire, con más gravedad que cualquier otra cosa que haya dicho en esta sala—. Victor Drais no solo ha intentado derrocarme. Ha destruido el bienestar de una familia. No puedo probarlo todavía, pero lo sé. Y esto, mis acciones, mi puesto, es lo mínimo que puedo hacer para reparar lo que él les arrebató.

Hoffmann ahora también está de pie. —Damon, escuche. Vamos a hablar de esto con calma. Consúltelo con la almohada. Está bajo presión, es comprensible, y acaba de golpear a un hombre en la cara, lo cual podría tener consecuencias legales, así que quizá...

—La decisión está tomada.

Cojo la carpeta de la mesa, recojo el resto de las fotos y las guardo. Los extractos bancarios se quedan allí. Los necesitarán para el papeleo.

—Caballeros.

Me marcho. Mis zapatos resuenan en el suelo de mármol del pasillo y a mi espalda oigo voces, atenuadas por la puerta cerrada; un murmullo que crece como una ola, y capto fragmentos: «comunicado de prensa», «de inmediato», «comunicación de crisis», «qué demonios acaba de pasar aquí».

Me da igual.

En el ascensor me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Me late la mandíbula por el golpe de Leos de ayer, y me late la mano derecha por la barbilla de Victor de hoy, y juntos forman un ritmo que se siente como un latido, irregular pero vivo. La adrenalina que me ha

sostenido durante la reunión se desvanece, y debajo aflora algo más, algo crudo y claro, que parece el primer sentimiento honesto en semanas.

Miedo.

No por lo que acabo de abandonar. MediaTech, el título, el dinero, el poder. Todo eso se ha ido y me duele menos de lo que pensaba.

El miedo es otro. Tiene ojos grises y una forma de sacudir la cabeza que me desarma; y anoche cerró mi puerta por fuera y se subió a un taxi sin mirar atrás.

Llego al vestíbulo. Mi chófer me espera a la salida con la llave del coche en la mano; me ve la cara y los nudillos hinchados y no pregunta nada.

—Llévame al piso de Leos —le digo.

—¿La dirección?

Se la doy. Él asiente y nos dirigimos al coche. El trayecto dura veinte minutos. No digo ni una palabra. Mi chófer tampoco. Al aparcar, solo dice: «Ya hemos llegado».

—Espérame aquí —le ordeno.

—¿Todo el tiempo que haga falta?

—Todo el tiempo que haga falta.

Asiente y se queda sentado. Motor encendido, limpiaparabrisas en marcha, y yo camino hacia la entrada. No pulso el timbre porque la puerta principal está abierta y subo las escaleras; tres pisos. El corazón me va más rápido de lo que debería, pero no es por los escalones.

Finalmente, estoy ante la puerta. La puerta de Leos. Detrás está ella, quizá, probablemente, y no tengo ni idea de qué decir. Acabo de renunciar a una empresa, de soltarle un puñetazo a un hombre en la cara y de dejar los restos de mi carrera en una sala de conferencias, pero esto, esta puerta y lo que hay detrás, me asusta más que todo lo demás junto.

Y, aun así, levanto la mano y llamo a la puerta.

Capítulo 23

Ida

Ni Leo ni yo decimos una palabra. Escuchamos las noticias ensimismados, intentando comprender qué significa todo esto.

Entonces llaman a la puerta.

Leo me mira. Yo lo miro a él. Ambos nos imaginamos quién es, porque nadie más llama a la puerta de Leo sin haber tocado antes el timbre, y porque solo hay una persona que llame así: dos golpes cortos, una pausa y un tercero, como si tras el segundo se lo hubiera pensado un momento antes de decidirse a seguir adelante.

Leo se levanta. Se dirige a la puerta y oigo cómo la abre; entonces escucho la voz de Damon e inmediatamente se me encoge el estómago.

—No me pegues.

Silencio.

—Tenías razón —dice Damon—. En todo. ¿Está ella ahí?

No puedo ver a Leo, pero me lo imagino. De pie en el umbral, con los brazos cruzados, la mandíbula tensa y mirando a Damon como a una enfermedad a la que no quieres dar la bienvenida. Mi hermano tiene muchos talentos, pero el perdón no es uno de ellos. No de inmediato. No sin un periodo de prueba.

Pero se hace a un lado. Oigo sus pasos sobre el parqué, luego los de Damon, más pesados, más lentos, y cuando dobla la esquina y aparece en el salón, por un momento olvido lo furiosa que estoy con él.

Tiene un aspecto horrible.

El hematoma en la mandíbula que Leo le propinó ayer brilla con un tono verdoso bajo la piel, y tiene el ojo izquierdo hinchado, medio cerrado, con un semicírculo violáceo bajo la ceja.

Pero eso no es lo que me hace tragar saliva.

Es su mano derecha. Tiene los nudillos despellejados, la piel abierta y sangre seca entre las heridas. Eso no es de ayer. Es reciente.

Leo no dice nada. Señala el sofá con un gesto brusco, más una orden que una invitación, y se sienta en el sillón de enfrente. Damon se queda de pie. Me mira y en sus ojos hay algo que nunca antes le había visto.

Miedo.

No es la preocupación calculada de un hombre acostumbrado a controlar las situaciones. Es miedo real, desnudo; de ese que no se puede fingir porque se apodera de todo el cuerpo, encoge los hombros, suaviza la mirada y quiebra la voz.

Detrás de él, el televisor de Leo parpadea. Leo lo ha dejado encendido con el volumen bajo porque lleva una hora saltando de un canal de noticias a otro, y ahora emiten un programa especial donde se lee en la pantalla, con letras blancas sobre un faldón rojo: ÚLTIMA HORA – EL CEO DE MEDIATECH INC. DIMITE. Debajo hay una foto de Damon de tiempos mejores, afeitado, sonriente; el presentador mueve los labios pero no alcanzo a oír lo que dice, y tampoco importa, porque el hombre del que hablan está aquí, en el salón de Leo.

—Ya lo sé —digo, señalando con la cabeza hacia el televisor—. Llevan media hora poniéndolo.

Damon se da la vuelta. Mira la pantalla. Ve su propio rostro devolviéndole la mirada, pulcro y exitoso, totalmente distinto al que tengo ahora frente a mí. Se vuelve de nuevo hacia mí y la comisura de sus labios hace un amago, pero no llega a convertirse en sonrisa.

—Son rápidos.

—Siéntate —le digo.

Se sienta. No a mi lado, sino en el otro extremo del sofá, con un cojín de distancia como si tuviera miedo de acercarse demasiado. Apoya las manos sobre las rodillas y veo cómo cierra su mano

derecha herida en un puño y vuelve a abrirla, una y otra vez, como si no lograra asimilar el dolor.

—Tu mano —digo.

—No es nada grave.

—¿De quién es esa sangre?

—De Victor.

Leo, que hasta ahora había permanecido callado como una tumba, se inclina hacia delante en el sillón. —¿Has pegado a Victor Drais?

Damon lo mira. —Sí.

—¿Dónde?

—En la reunión del consejo de administración. Delante de todo el comité.

Leo se recuesta de nuevo. Su rostro permanece inexpresivo, pero conozco a mi hermano y noto el leve rictus en la comisura de sus labios que intenta reprimir. Aun así, no dice nada. Se levanta, va a la cocina, regresa con una bolsa de guisantes congelados y se la lanza a Damon al regazo.

—Para la mano.

Después vuelve a sentarse y se cruza de brazos. Esa es la versión de Leo de una rama de olivo.

Damon se coloca los guisantes sobre los nudillos y exhala un siseo suave. Entonces me mira. Directamente. Sin esquivarme, sin la máscara que suele llevar, sin esa sonrisa que abre puertas y mantiene a la gente a distancia.

—Ida.

Escuchar mi nombre en su boca hace que se me oprima el pecho.

—En la Gala —dice—. Aquella vez. No sabía lo que iba a pasar. No sabía lo que tramaba tu padre. No sabía lo que tramaba Victor. Por favor, créeme.

No digo nada. Sostengo mi taza fría y espero.

—El expediente que encontraste. El rojo. Todo lo que dice es cierto. Cada transacción, cada cifra, cada fecha —traga saliva—. Fue Victor. Hizo que un intermediario del Ministerio de Justicia lo camuflara entre los documentos de Arthur para que tú lo encontraras. Para que hicieras exactamente lo que hiciste.

Aprieto con más fuerza la taza. La porcelana está fría y suave bajo mis dedos; me concentro en eso porque es más fácil que asimilar lo que me está contando.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque lo ha admitido. Hoy. Ante todo el consejo de administración. —Damon se inclina hacia delante y los guisantes se le resbalan de la mano, pero no intenta cogerlos—. Perdió el control, Ida. Le enseñé las fotos que hizo mi detective y estalló. Lo soltó todo. Lo del expediente, lo del intermediario, que lo colocó para que tú lo encontraras. Todo. Delante de diez testigos.

Oigo las palabras. Las entiendo. Pero no terminan de encajar, flotan en mi cabeza como piezas de un puzle que aún no forman ninguna imagen, porque la imagen que formarían significaría que he estado cinco semanas enfadada con la persona equivocada.

—¿Y esperas que te crea?

Suena más duro de lo que pretendo. O quizás suena exactamente tan duro como quiero. Ya no lo sé.

Damon asiente. Lentamente, como si hubiera contado precisamente con esa pregunta. —En el comité hay gente a la que no le caigo bien. Hoffmann, por ejemplo. O Richter. Llámalos. Ahora. En este momento. Te confirmarán lo que dijo Victor.

Busca en el bolsillo de su chaqueta y saca el móvil, trastea un poco y me lo tiende. Veo que ya ha buscado el número de Hoffmann. Está listo.

No cojo el teléfono.

—¿Por qué has estado cinco semanas en silencio? —pregunto—. ¿Por qué me echaste cuando te necesitaba? Después de todo lo que pasamos allí en... —no soy capaz de terminar la frase.

Damon deja el móvil sobre la mesa de centro. Se le hunden los hombros y por primera vez no parece un hombre que acaba de renunciar a un imperio, sino alguien que está muy cansado y tiene mucho miedo.

—Porque soy un idiota.

Leo resopla suavemente desde su sillón. Damon lo ignora.

—Porque pensé que podría solucionarlo solo. Porque pensé que si te mantenía al margen no te pasaría nada. Y porque tenía miedo de que llegaras a importarme demasiado y terminaras haciendo exactamente lo que hiciste al final.

—¿Y qué es lo que hice?

—Te marchaste.

La palabra queda suspendida en el aire. Pesada. Cierta. Y me golpea con más fuerza de la que debería, porque tiene razón. Me marché. Sin darle la oportunidad de dar una explicación. Sin preguntar. Leí el expediente y me creí todo lo que ponía en el papel, pero nada de lo que decían sus ojos.

—Ida. —Se desliza más cerca. Solo unos centímetros, pero lo suficiente para que pueda oler su colonia, ese aroma que se ha quedado grabado en mi memoria y que probablemente no desaparecerá nunca.

—Y sobre todo, porque no quería admitir lo siguiente: te quiero. Desde hace años. Desde el primer segundo en que me miraste como si fuera transparente; y lo era, para ti siempre lo he sido.

Me escuecen los ojos. No. Ahora no. Aquí no, delante de Leo, que está sentado en el sillón fingiendo mirar a la pared aunque se está bebiendo cada palabra.

—Sin ti no soy nada —dice Damon, y se le quiebra la voz al pronunciar la palabra, no de forma dramática ni teatral, sino suavemente, como una rama que cede bajo el peso de demasiada nieve—. No lo digo como una frase hecha. Lo digo literalmente. Este puesto, esta empresa, todo lo que he construido no significa nada

para mí. Era una ocupación. Era lo que hacía porque no sabía qué quería en realidad. Y entonces llegaste tú, y lo supe.

Se me escapa una lágrima. Así, sin más. Me resbala por la mejilla y gotea sobre mi mano, cálida y salada, y no me la seco porque eso significaría soltar la taza, y la taza es lo único que me mantiene entera en este momento.

—Y tú no eres ninguna consecuencia —dice él—. No eres lo que queda después de que todo lo demás haya desaparecido. Las tres noches contigo fueron lo mejor que me ha pasado nunca. Ni el trato, ni la empresa, ni el poder. Tú. Cómo estás por las mañanas cuando aún no estás despierta del todo. Cómo bebes el café, demasiado caliente, como si no tuvieras receptores de dolor. Cómo te ríes cuando crees que nadie te mira.

Ahora las lágrimas caen de verdad. No puedo detenerlas y ya ni siquiera lo intento, porque él está aquí sentado, con aspecto de haber sido derrotado y sin nada de lo que antes lo definía, diciéndome cosas que nadie dice si está mintiendo. Las mentiras suenan pulidas. Esto suena rudo, roto y honesto.

—Quiero más de eso —dice en voz baja—. De todo. De ti. Solo eso. Todo lo demás me da igual.

Leo se levanta. En silencio, sin decir palabra, y se va a la cocina. Oigo cómo cierra la puerta tras de sí, no del todo, pero lo suficiente, y se lo agradezco, porque mi hermano no entiende muchas cosas, pero entiende cuándo tiene que marcharse.

Dejo la taza en el suelo. Me tiemblan las manos. Tengo los ojos empapados y la nariz me gotea, y probablemente tenga un aspecto espantoso, pero Damon me mira como si fuera lo único en la habitación que brilla.

—Te creo —le digo.

Se le corta la respiración. Veo cómo su pecho se eleva y se queda ahí, un segundo, dos, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo se respira.

—Pero también tienes que saber una cosa —digo.

Su mirada cambia. No mucho. El alivio que empezaba a extenderse por sus rasgos se congela. Se convierte en algo vigilante. Algo cauteloso.

—¿A qué te refieres?

Mi corazón late tan fuerte que debe de oírlo. Me retumba en los oídos, en la garganta y en las yemas de los dedos. Quiero acercarme a él, pero primero tiene que saber la verdad. Una verdad que posiblemente lo cambie todo.

—Estoy embarazada, Damon.

Su boca, que justo antes se estaba preparando para decir lo que fuera que venía a continuación, se cierra. Se le dilatan las pupilas de forma casi imperceptible y luego se quedan quietas. Completamente quietas.

Me mira y no dice nada; los segundos se estiran y no soy capaz de leer qué ocurre tras esos ojos castaños, si es alegría, pánico o algo totalmente distinto. Lo único que escucho es el suave zumbido del televisor a nuestras espaldas, mi propio latido y la lluvia que empieza a tamborilear contra la ventana de Leo.

Capítulo 24

Damon

—¿Estás embarazada?

Mi voz suena ajena. Hueca y débil, como si viniera de otra habitación. Ida está sentada frente a mí, con las manos entrelazadas en el regazo, los ojos rojos, la barbilla ligeramente erguida, y parece que se estuviera preparando para recibir un golpe.

—No hace falta que digas nada ahora —dice rápidamente. Demasiado rápido—. No espero nada de ti. Tienes que saberlo. Saldré adelante sola. Leo seguro que me ayuda, y he ahorrado lo suficiente, y no quiero que pienses que voy a usar esto como chantaje ni que te exijo nada, porque...

—Ida.

—... esto no estaba planeado, y sé que acabas de renunciar a todo, y lo último que necesitas ahora es...

—Ida.

—... una obligación que no has elegido, y de verdad que no quiero que pienses que...

Me río.

Simplemente brota de mí, un sonido ronco y húmedo que no suena a humor, sino a algo que ha estado bajo presión demasiado tiempo y por fin ha encontrado una válvula de escape. Me escuecen los ojos. Entonces sucede: me río y lloro al mismo tiempo, e Ida me mira como si hubiera perdido la cabeza, lo cual es muy posible.

—¿Por qué te ríes?

La agarro con ambas manos. La mano con la que golpeé a Victor me duele al rodear sus dedos, pero no me importa, porque necesito tocarla, ahora, de inmediato, o me volveré loco.

—La cláusula b —digo.

Ida parpadea. —¿Qué?

—El contrato. Nuestro contrato. La cláusula 4b.

Veo cómo su mente trabaja tras sus ojos grises, cómo retrocede semanas, meses, hasta la noche en que repasamos el contrato.

—La cláusula sobre... —comienza ella.

—Sobre posibles descendientes, sí —me limpio los ojos con el dorso de la mano y la sangre de mis nudillos se emborrona en mi mejilla, pero me da un poco igual—. Custodia compartida. Residencia compartida. Poder de decisión compartido en todos los asuntos.

Ida sacude la cabeza. Lentamente. —Era una cláusula estándar. Estaba ahí porque...

—Porque yo la incluí. Con mi propia mano. Mi abogado me preguntó si había perdido el juicio. Un contrato simulado con una cláusula sobre hijos. Dijo que no tenía ningún sentido.

Mi voz se vuelve más baja pero más firme, y sostengo sus manos para que no pueda escaparse, porque le estoy diciendo esto ahora mientras la miro para que lo entienda. Que lo entienda de verdad.

—No tenía sentido porque no era un negocio. Para mí no lo era. Ni por un segundo. Incluí esa cláusula porque tenía esperanza, Ida. En el fondo, bajo toda la mierda que me contaba a mí mismo, esperaba que algún día se convirtiera en algo real. Que algún día fuéramos una familia. De verdad. No sobre el papel.

A Ida le tiemblan los labios. Los aprieta, pero no sirve de nada, y al final se rinde y llora. Con sollozos y moqueando y todo, y es lo más hermoso que he visto jamás.

La atraigo hacia mí. Ella cae contra mi pecho, con el rostro en mi cuello, y sus lágrimas corren cálidas por mi piel hacia el cuello de mi camisa, y la rodeo con mis brazos y la sujeto con fuerza, tanta que puedo sentir los latidos de su corazón.

—Es lo mejor que me ha pasado nunca, Ida.

Ella se ríe. Una risa húmeda, rota y maravillosa, y sus dedos se clavan en la tela de mi camisa mientras escondo mi rostro en su cabello. Huele al champú de Leo y a ella, a Ida.

Detrás de nosotros se abre la puerta de la cocina.

Leo está bajo el marco con una taza de café en la mano, observándonos con la expresión de un hombre que acaba de entrar en una habitación en la que no quería entrar. Da un sorbo. Se apoya en la pared. Espera a que nos soltemos, lo cual lleva un rato.

—Bueno —dice.

Ida se limpia los ojos y se incorpora. Yo no la suelto del todo. Mi mano permanece en su espalda y ella se apoya en ella, de forma casi imperceptible, pero suficiente.

Leo me estudia. Luego estudia a su hermana. Sus ojos rojos, la sonrisa que se niega a desaparecer, la forma en que se apoya en mí como si yo fuera alguien en quien se puede confiar.

Da otro sorbo a su taza.

—Siempre voy a tener un problema contigo —me dice. Con naturalidad, sin hostilidad, más bien como un pronóstico del tiempo —. Porque es mi hermana. Eso no parará nunca.

Asiento. —Lo sé.

—Pero os queréis —no lo dice como una pregunta. Lo dice como si estuviera constatando algo que preferiría no ver, pero que ve de todos modos—. Se nota. Hasta yo lo noto, y no soy precisamente el tipo de persona que nota estas cosas.

Ida sorbe por la nariz. —Leo.

—Hacedlo bien esta vez —dice. Me mira, directamente— No es un consejo, es una advertencia.

—Entendido.

Da otro sorbo a su taza. Luego, tras una pausa lo suficientemente larga para resultar incómoda: —Y te pido disculpas por el puñetazo.

—No —digo—. Era necesario.

Leo levanta una ceja.

—A eso solo se atreve un verdadero amigo —me toco la mandíbula, el lugar donde aterrizó su puño—. Me hizo espabilar. Sin eso, ahora no estaría aquí.

Leo me mira durante un largo rato y, por primera vez, hay algo en su mirada que podría ser respeto. O al menos la ausencia de desprecio. Tratándose de Leo, uno se queda con lo que puede conseguir.

—Bien —dice—. Pues lo olvidamos —se termina el café, deja la taza sobre la cómoda y se encamina hacia el pasillo. En la puerta se da la vuelta una vez más. —Ida, llámame mañana.

—Lo haré.

—Hablo en serio. Mañana.

—Sí, Leo.

Él asiente. Luego vuelve a mirarme y su mirada dice todo lo que sus palabras no han dicho: *si le haces daño, un puñetazo no será suficiente*. Yo asiento. Él entra en su dormitorio y cierra la puerta, y nos quedamos solos.

Ida me mira. Sus ojos aún están húmedos, pero la tormenta ha pasado y lo que queda es claro, tranquilo y hermoso.

—Ven conmigo —le digo.

—¿A dónde?

—A casa.

Ella entiende a qué me refiero. Al Penthouse, que sin ella no es más que una colección de muebles caros en habitaciones de techos altos.

Coge su chaqueta y nos vamos.

***

El trayecto en taxi dura veinte minutos y no pronunciamos palabra. Ida está sentada a mi lado. Mi mano sobre su muslo, cálida a través de la tela, y la lluvia azota el parabrisas mientras los limpiaparabrisas marcan un ritmo más rápido que los latidos de mi corazón, aunque no por mucho.

En el ascensor se apoya en mí. Su espalda contra mi pecho, mi barbilla sobre su cabeza, y seguimos sin decir nada, porque las palabras no bastan para esto y tampoco hace falta.

La puerta del Penthouse se abre. Oscuridad. Silencio. La señora Kovač lo ha dejado todo recogido. Los cojines del sofá guardan una simetría perfecta y el aire huele al limpiador de limón que ella utiliza.

No enciendo la luz.

Ida se gira hacia mí. El resplandor de la ciudad se cuela por el ventanal, azul, naranja y blanco, y se posa sobre su rostro como un filtro que lo suaviza todo. Sus ojos están oscuros bajo esta luz, casi negros, y ella me mira, y yo la miro, y entonces la beso.

Sin cuidado. Sin dudar. La beso como si estas cinco semanas de distancia hubieran sido un dolor físico que solo esto puede curar, y puede que así sea. Mis manos se hunden en su pelo, tirando suavemente de su cabeza hacia atrás, y ella abre la boca bajo la mía, y el sabor de ella me golpea como un impacto.

Sal. Lágrimas. Y debajo, ella.

Sus manos buscan el cuello de mi camisa. Tira impaciente y los botones saltan uno tras otro, y entonces sus dedos están sobre mi pecho, fríos por el exterior, y yo suelto un siseo, pero no me aparto, sino que la acerco más.

—Espera —susurra.

Me detengo. Al instante. Mis manos en sus caderas, mi frente contra la suya.

—¿Qué?

—Nada —sonríe. Entre lágrimas, otra vez—. Solo quería ver si esperabas.

Me río. Suavemente, contra sus labios. —Llevo años esperando. Tengo práctica.

Ella me quita la camisa de los hombros y la tela cae al suelo. Sus dedos recorren mi torso.

Le subo la blusa. Lentamente. Mis manos sobre su piel y ella inspira bruscamente. Ese sonido es suficiente para apagar el último resto de sensatez que me queda. La levanto en vilo. Sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas y la llevo por el pasillo, pasando por los cojines perfectamente dispuestos, por la ventana con vistas a la ciudad que yace bajo nuestros pies y que no nos importa.

El dormitorio. Nuestra cama, que compartimos durante tanto tiempo y en la que, sin embargo, llevamos dos vidas separadas. La deposito sobre ella y ella me arrastra consigo, con las manos en mi nuca, y caigo dentro de ella, en su boca, en su aroma, en todo.

Le quito la blusa por la cabeza. Beso su cuello. Ese punto debajo de su oreja que la vuelve loca.

Sus manos luchan con mi cinturón. La ayudo, y el resto de nuestra ropa desaparece, pieza a pieza, hasta que no queda nada entre nosotros: ni tela, ni mentiras, ni contratos, ni malentendidos.

Solo piel.

Me mantengo sobre ella, con los antebrazos junto a su cabeza, y la miro. Su pelo desparramado sobre mi almohada. Sus labios hinchados de besar. Sus ojos, que me miran como si por fin me estuviera viendo por completo.

—Dilo otra vez —susurra.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué.

—Te quiero.

Cierra los ojos. Vuelve a abrirlos. Eleva sus caderas contra las mías, yo estoy duro y me deslizo en su interior, despacio, tan despacio que cada centímetro es una promesa propia. Ella gime, bajo y profundo, y lo siento en mi pecho, como si pasara directamente a través de mí.

Sus manos en mi espalda. Sus uñas clavándose en mi piel cuando empiezo a moverme. Despacio al principio. Profundo. Cada embestida es una frase que no puedo pronunciar. *Te he echado de menos. Te necesito. No me dejes nunca más.*

—Damon —mi nombre en su boca, entrecortado y sin aliento, y aumento el ritmo porque no puedo evitarlo, porque su cuerpo se presiona contra el mío y sus piernas se cierran con más fuerza a mi alrededor y sus dedos tiran de mi pelo.

Me incorporo. La subo conmigo. Ella se sienta sobre mí, con las manos en mis hombros, y nos movemos juntos, en un ritmo que no necesita guía porque nuestros cuerpos se acuerdan, mejor de lo que nuestra mente podría hacerlo jamás.

Su respiración se acelera. La mía también. La agarro de las caderas, sujetándola, y ella echa la cabeza hacia atrás.

—Mírame —le digo.

Lo hace. Y en esa mirada reside todo lo que nunca nos dijimos y lo que nunca volveremos a callar.

Ella llega primero. Lo siento, cómo todo se contrae a mi alrededor, cómo su cuerpo se tensa y luego se suelta, una ola que la atraviesa y se contagia a mí, y yo la sigo, segundos después, con su nombre en los labios.

Luego nos dejamos caer sobre el colchón. Pesados y sin aliento y sudorosos y completos. Su mano en mi pecho, sobre mi corazón, y mi brazo rodeando su espalda, y fuera llueve, e Ida está dentro, en mi cama, y en su interior crece algo que nos pertenece.

—Quédate —le digo.

—Si ya estoy aquí.

—No. Me refiero a: quédate. Para siempre.

Silencio. Sus dedos dibujan círculos en mi pecho. Luego: —Sí.

***

No duermo.

Cómo iba a hacerlo. A mi lado, Ida respira profunda y acompasadamente, acurrucada bajo mi edredón, con su pelo formando un abanico sobre mi almohada, y yo permanezco despierto mirando al techo y planeando.

A las tres me levanto. En silencio. Caminando descalzo sobre el suelo frío hasta el vestidor donde, al fondo del tercer estante, tras los gemelos que nunca me pongo, hay una cajita que compré hace meses y que lleva esperando allí desde entonces.

Mi joyero me preguntó quién era la afortunada y le dije que ella aún no lo sabía. Él se rió. Yo no.

Abro la caja. El anillo descansa sobre terciopelo negro, fino, de oro blanco, con una sola piedra, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, perfecto para Ida.

Cierro la caja y espero a que amanezca.

***

Las seis de la mañana. La primera luz se cuela por las ventanas, gris y suave, y la lluvia ha cesado. Ida yace de lado, con una mano bajo la mejilla y la otra extendida sobre la almohada, y duerme tan profundamente que casi no quiero despertarla.

Casi.

Me arrodillo junto a la cama. Con la rodilla sobre el parqué. La caja en mi mano, cerrada, y el corazón me late tan fuerte que duele.

—Ida.

Murmura algo. No se mueve.

—Ida.

Sus párpados aletean. Parpadea una, dos veces, y luego su mirada se enfoca y me ve. Ante la cama. Con una rodilla en el suelo.

Su mirada viaja hacia mi mano. Hacia la caja. Vuelve a mis ojos.

—Esto no es un contrato —digo mientras abro la tapa.

Capítulo 25

Ida

Un año después, vestida de blanco, y esta vez va en serio.

Nada de una cita en el registro civil que más bien parece una reunión de trabajo. Sin un contrato de treinta cláusulas. Sin negocios, sin cálculos, sin segundas intenciones. Solo un vestido que la señora Kovač ha planchado tres veces porque le parecía que el dobladillo no estaba perfecto, aunque lo estaba, un jardín que huele a jazmín, treinta sillas sobre el césped y ni un solo periodista a la vista.

Jennings se ha encargado de ello. Personalmente. Está de pie a la entrada de la finca, con los brazos cruzados y las gafas de sol puestas, con el aspecto de un hombre que disfrutaría arruinándole el día a un paparazzi. Creo que, en el fondo, lo está deseando.

Estoy detrás de la puerta acristalada que da al jardín y miro hacia fuera. Las sillas están ocupadas, pero no llenas. Solo hemos invitado a personas que conocemos y que nos conocen, y eso es menos gente de lo que uno pensaría cuando se llama Damon Reed. O Ida Reed; antes Flint.

Leo está sentado en la primera fila. Traje, camisa blanca, cuello abierto, porque ha dicho que una corbata es un arma y que él no lleva armas en las bodas. A su lado está mi padre.

Mi padre.

Porque, incluso después de cuatro meses, se siente como algo que no ha sucedido de verdad. Arthur Flint. Con más canas que antes, más delgado, con los hombros ya no tan anchos, pero está aquí. Presente. En una silla blanca sobre el césped, al lado de su hijo, y justo ahora se gira hacia atrás, como si me buscara a través del cristal de la puerta.

Hace cuatro meses, se presentó en la puerta del piso de Leo.

Yo estaba de siete meses y justo había ido a visitar a Leo. Leo había abierto y yo había oído su voz, y luego la voz de Leo diciendo qué demonios, y después se hizo el silencio. Yo salí al pasillo contoneándome, porque a los siete meses una ya no camina, se contonea, y allí estaba él.

Más viejo. Más bajito de lo que recordaba, o quizá yo me había hecho más grande, no físicamente, sino de otra manera. Tenía lágrimas en los ojos y Leo mantenía un puño a un costado; nadie decía nada hasta que mi padre dijo: —Puedo explicarlo.—

Y entonces lo explicó.

Victor Drais. Por supuesto, Victor Drais. Quién si no. Las deudas de mi padre habían sido reales: un bache económico, inversiones erróneas, un mercado que se hundió. Normal. Humano. Le podría haber pasado a cualquiera. Pero Victor lo había olido. Como un buitre que sobrevuela su presa. Se había infiltrado en las finanzas de Flint Enterprises, había movido los hilos y, cuando mi padre intentó defenderse, Victor le hizo una oferta que no era tal.

Desaparece. Renuncia a todo. O me encargaré de que les pase algo a tus hijos.

No era algo vago. No era una insinuación. Victor había dado nombres, direcciones, rutinas diarias. El restaurante favorito de Leo. Mi camino al trabajo. Detalles que solo conoce alguien que te mantiene vigilada.

Mi padre había renunciado a la empresa. A su casa. A su nombre. A nosotros. No porque quisiera, sino porque pensó que era la única forma de mantenernos con vida.

Cuando estalló el escándalo mediático en torno a Damon y Victor, cuando la prensa desenterró cada detalle y la fiscalía empezó a investigar, mi padre dio la cara. Primero ante el abogado. Luego ante la policía. Su declaración fue el último clavo en el ataúd de Victor.

Victor Drais está ahora en prisión preventiva. Extorsión, coacción, fraude en varios casos, y esos son solo los cargos que yo entiendo. Su abogado intenta reducir la condena. Fracasará.

Mi padre está sentado en una silla blanca sobre el césped, esperando a que su hija se case. Esta vez de verdad. Le hablé del primer matrimonio y estuvo profundamente agradecido a Damon por haber estado ahí para nosotros.

En la primera cena, los cinco —Damon, Leo, mi padre, yo y mi barriga—, mi padre no había podido levantar la vista del plato. Dijo que se avergonzaba. De las deudas, de la debilidad, de no haberle plantado cara a Victor, de haber dejado solos a sus hijos creyendo que los había abandonado. Dijo que quería compensarlo, y Leo respondió: —Entonces empieza ya—.

No todo fue bien. No de inmediato. Ni en una noche ni en un mes. Leo vuelve a hablar con él ahora, pero con cautela, en frases cortas, con pausas entre medias, como si tuviera que sopesar cada palabra. Yo he avanzado más. No porque sea más generosa que mi hermano, sino porque tenía a una niña en brazos cuando mi padre la vio por primera vez, y en su rostro se rompió algo que ya no tenía que ser recompuesto, sino que por fin podía quebrarse.

Lloró. Mi padre, Arthur Flint, que nunca lloraba, estaba en mi salón y lloraba, y yo le puse a mi hija en los brazos y le dije: —Esta es Ella —.

Desde entonces viene todos los jueves. Y hasta más a menudo si tenemos tiempo.

La puerta acristalada se abre. Leo está allí, con las manos en los bolsillos, y me observa de arriba abajo.

—Estás muy guapa —dice. Luego, tras una pausa—: Para ser una mujer que se casa con un Reed.

—Gracias, Leo.

—¿Lista?

Miro más allá de él, hacia el césped, a las sillas, a la gente que se levanta porque empieza la música, a mi padre, que se limpia los ojos aunque aún no ha pasado nada, y justo al frente, al final del pasillo, a Damon.

Está allí de pie con un traje oscuro, el pelo perfectamente peinado, por primera vez en semanas sin ojeras, y en sus brazos descansa Ella. Cuatro meses, pelo oscuro como su padre, ojos grises como los míos; tiene su puñito aferrado al cuello de la camisa de Damon y duerme. Así de simple. Como si una boda fuera el lugar más aburrido del mundo.

Damon me ve. Su mirada se suaviza y sonríe, y siento que el pecho se me queda pequeño para todo lo que está pasando ahí dentro.

—Lista —digo.

Leo me ofrece su brazo. Lo tomo y nos ponemos en marcha, por el césped, pasando junto a las sillas. Leo camina despacio, no por tradición, sino porque ha visto mis zapatos y sospecha que, con esos tacones sobre la hierba, la cosa podría acabar en catástrofe.

—Si te caes, te cojo —murmura.

—Si me caigo, te caes conmigo.

—Ese es mi trabajo.

A mitad de camino veo a mi padre. Está sentado en su silla, con las manos sobre las rodillas, y me dedica un asentimiento con la cabeza. Sin grandes sonrisas ni gestos con la mano, solo un gesto que dice: «Estoy aquí. Por fin estoy aquí».

Leo me entrega a Damon. Lo hace tomando mi mano, ofreciéndosela a Damon y diciendo: —Cuida de ella.—

Damon toma mi mano. Ella se mueve en su otro brazo, estira los dedos, yo le acaricio la mejilla y ella sigue durmiendo.

—Siempre —dice Damon.

Leo retrocede. Se sienta al lado de mi padre. Mi padre le pone una mano en el hombro y Leo la deja ahí, y eso es más de lo que me había atrevido a esperar hoy.

La oficiante independiente que hemos elegido comienza a hablar. Oigo las palabras, pero solo me llegan a medias, porque Damon me mira, su mano sostiene la mía y Ella está entre nosotros, cálida, pesada y perfecta.

—¿Quiere usted, Ida, tomar al aquí presente Damon como esposo?

—Sí.

Sin vacilaciones. Sin cláusulas. Sin letra pequeña.

—¿Quiere usted, Damon, tomar a la aquí presente Ida como esposa?

Damon me mira. Luego mira a Ella. Luego vuelve a mirarme a mí.

—Desde el día en que la vi por primera vez.

La jueza del registro civil levanta una ceja. —Un «sí» es suficiente.—

—Sí —dice él, y las treinta sillas se ríen.

Ella se despierta. No por el «sí», sino por las risas, y abre unos ojos grises, enormes e indignados, y entonces empieza a llorar. Damon la acuna mientras me besa. Yo me río contra sus labios y lloro de emoción al mismo tiempo. Todo es ruidoso y caótico y exactamente como debe ser.

Después hay champán en la terraza y zumo de naranja para mí, porque todavía doy el pecho. La señora Kovač ha horneado tres bandejas de pastel, aunque nadie se lo pidió. Me da un abrazo apretado y silencioso cuando entramos, y luego me quita a Ella y desaparece en el jardín; la oigo hablarle a mi hija en croata.

Leo está con Damon junto a la balaustrada. Hablan en voz baja y no puedo oír lo que dicen, pero Leo sonríe y Damon sacude la cabeza, y luego brindan con whisky, no con champán, porque hay cosas que nunca cambian.

Leo le ha regalado las participaciones minoritarias de Flint Enterprises, la empresa que ahora vuelve a pertenecernos a los tres. Leo la dirige. Lo hace bien, mejor que bien, con una tenacidad tranquila de la que mi padre carecía y que es justo lo que la compañía necesita.

Damon ha aceptado las participaciones, pero no se entromete. Fundó su propia empresa tres meses después del nacimiento de Ella: una pequeña oficina en el centro, cuatro empleados, sin ascensores de cristal, sin junta directiva. Está construyendo algo nuevo. Desde cero. Sin la sombra de Victor, sin viejas deudas, sin el peso de un nombre que nunca le perteneció de verdad.

MediaTech Inc. ya no existe. No de esa forma. El consejo de administración fue disuelto, las estructuras se desmantelaron y lo que quedó se integró en el proyecto de Leo, de forma limpia y

transparente y sin los cadáveres en el armario que Victor había escondido allí.

Mi padre se me acerca. Tiene un vaso de agua en la mano y parece que quiere decir algo, pero no sabe cómo.

—Papá.

—Estás preciosa —dice, en voz baja. Como si la frase fuera de cristal.

—Gracias.

—Sé que no tengo derecho a estar aquí.

—Papá, para.

—No, déjame —deja el vaso—. Sus manos tiemblan ligeramente y se las mete en los bolsillos para ocultarlo, pero aun así lo noto—. Os fallé. No importa por qué. El resultado fue el mismo. Estabais solos. Eso es imperdonable.

—Lo hiciste para protegernos.

—Debería haber encontrado otro camino. Debería haber ido a la policía, debería haber luchado.

—Luchaste. A tu manera.

Me mira y en sus ojos hay algo que no conocía en él. Vulnerabilidad. Desnuda y desprotegida; le saco la mano del bolsillo y se la aprieto con fuerza.

—Ella necesita a su abuelo —digo—. Y yo necesito a mi padre. Así que deja de disculparte y sigue haciendo lo que has hecho estos últimos meses.

Él asiente. Una vez. Con firmeza. Y luego me abraza, de forma torpe y rígida y demasiado breve, y es el mejor abrazo de mi vida.

Damon viene a mi lado cuando el sol está más bajo, la luz se vuelve dorada y Ella se ha quedado dormida otra vez, esta vez sobre el hombro de la señora Kovač. Se coloca detrás de mí, me rodea la cintura con los brazos y apoya la barbilla en mi hombro; nos quedamos ahí parados viendo cómo Leo le enseña a nuestro padre a plegar el cochecito, y nuestro padre lo hace mal y Leo pone los ojos en blanco.

—Señora Reed —dice Damon suavemente al oído.

—Señor Reed.

—¿Qué tal te sientes?

—Igual que la última vez. Solo que más ligero, porque esta vez de verdad quería hacerlo.

Damon me aprieta los labios contra la sien. Cálido, firme y presente.

—Y yo también quiero. Te quiero a ti. Para siempre.

Luego me besa y todo es perfecto.

FIN